

# EL ESPAÑOL

2'50  
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 24 - 30 julio 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 347

## LOS SABIOS SON CULPABLES

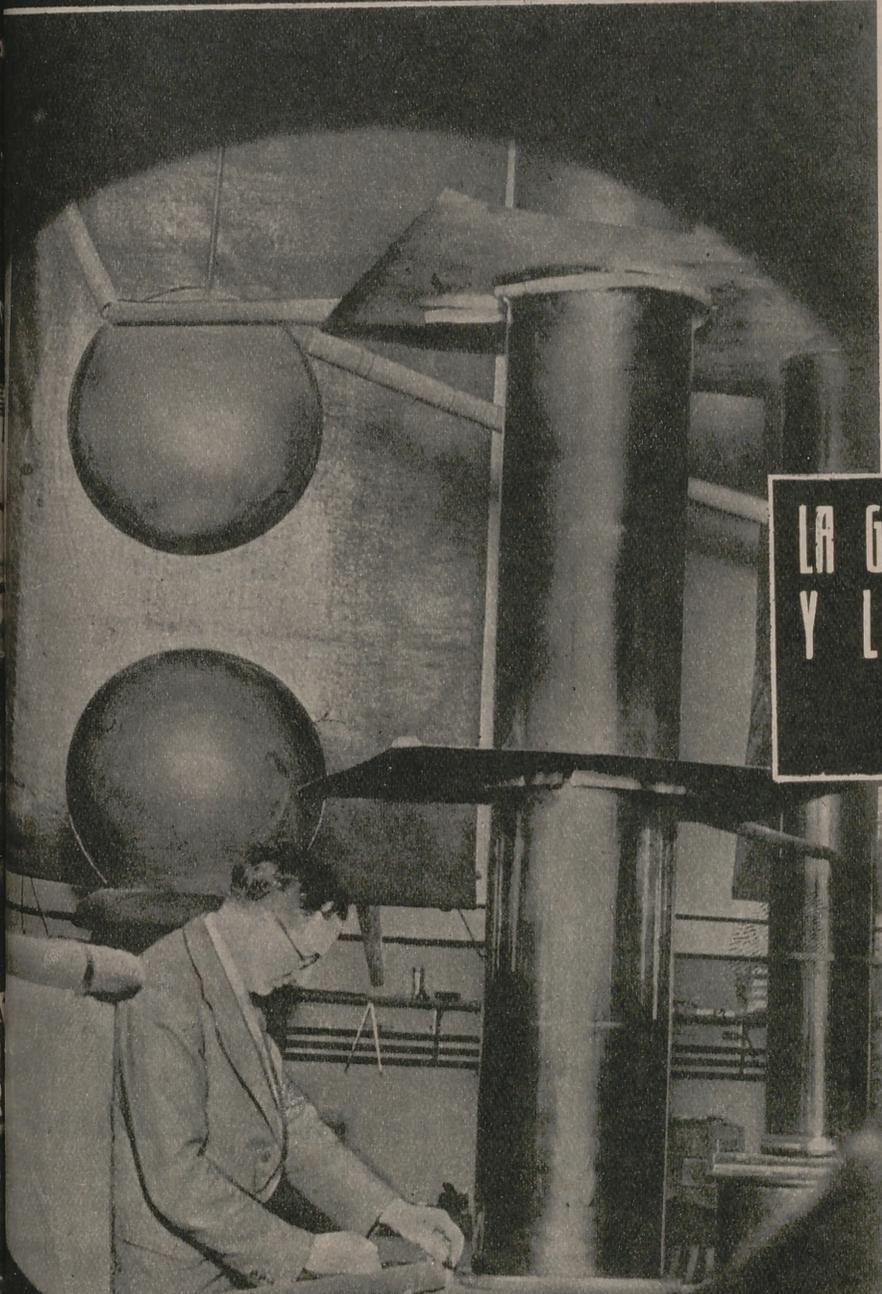
### EL ÚLTIMO SECRETO DEL TESTAMENTO DE EINSTEIN

### LA GUERRA ATÓMICA Y LA GUERRA DE PROPAGANDA

### Ginebra, manzana de la paz o de la discordia

Informe sobre los «cuatro grandes» reunidos a orilla del lago Lemano por Enrique Ruiz García (pág. 1). Carta del Director para don Juan de la Cierva y Peñafiel (pág. 9). Propaganda comunista (pág. 15). La nueva situación en Túnez, por Luis Antonio de Vega, enviado especial (pág. 19). \* La misión en Japón del maestro José Ignacio Prieto, S. J., por Ernesto Salcedo (pág. 25). \* El turismo español y las agencias de viajes (pág. 32). Entrevista con Evaristo Acevedo (pág. 45). \* Así fue Fouché, resumen del libro de Jean Savant (pág. 48). \* Europa, año 0 de liberación, por M. Blasco Tolosa, enviado especial (pág. 53). \* La guerra y sardanas en los valles pirenaicos, por J. Pol Girbal (pág. 58).

**VERANEO SIN FRONTERAS**  
Novela por Alejandro Núñez Alonso (pág. 38)



Uno de los primeros centros de investigación atómica en Cambridge en el año 1932. Desde entonces ha pasado el tiempo y sobre el mundo han explotado las primeras bombas «H».



¿QUE PREFIERE?  
¿QUE SE "OLVIDEN"  
DE INVITARLE O...

**SER  
EL ALMA  
DE LA  
FIESTA?**

Pues todo  
depende de usted,  
de su simpatía,  
de su amabilidad...  
y de su aliento.



Ni aúnel más brillante conjunto de cualidades  
puede hacer tolerable la compañía  
de quien padece halitosis (fetidez de aliento)  
Y nadie se lo dice... pero todos le huyen.

**EVITE TODO RIESGO**

enjugándose la boca frecuentemente con



**ANTISEPTICO**

**LISTERINE**

**CUATRO VECES MAS EFICAZ  
QUE LA CLOROFILA**



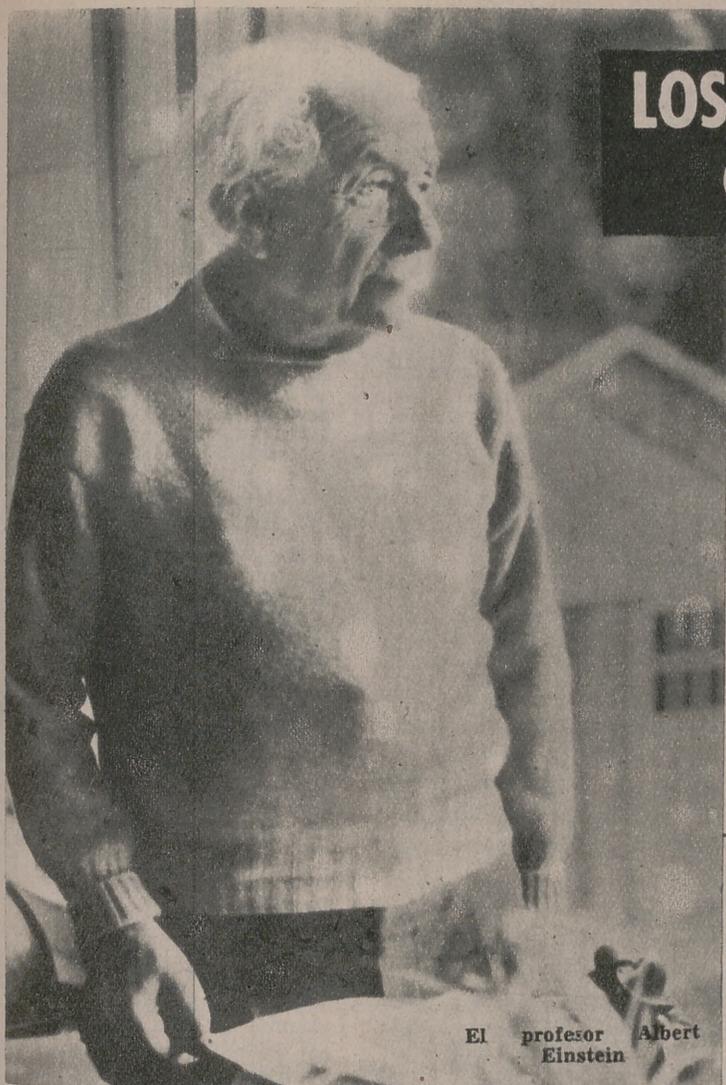
Complete la higiene de su boca usando  
Crema Dental LISTERINE con ACTIFOAM,  
la penetrante espuma activa anti-zímica  
que limpia profunda y completamente.

Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

# LOS SABIOS SON CULPABLES

## EL ÚLTIMO SECRETO DE EINSTEIN

### LA GUERRA ATÓMICA Y LA GUERRA DE LA PROPAGANDA



El profesor Albert Einstein

EN un momento en cierta manera importante y clave para la historia de nuestros días, es decir, casi en vísperas de la Conferencia de Ginebra, se ha leído en Londres por el filósofo y matemático británico Bertrand Russell una especie de última voluntad atómica de Einstein.

A la lectura asistieron los representantes de todos los periódicos que tienen representación en Inglaterra. Una reunión expectante y ansiosa que esperaba saber sinceramente el verdadero pensamiento del filósofo de la «relatividad». Con lenta voz, plateado el pelo y la mirada despierta y viva bajo las grandes bolsas de los párpados, el escritor inglés dió a conocer una declaración conjunta (firmada por cinco sabios galardonados con el Premio Nóbel y por dos grandes hombres de ciencia, aparte del propio Einstein) en la que se afirmaba que la guerra nuclear encierra así el riesgo de «muerte universal».

En realidad, todo el texto es una declaración abierta y clara sobre el peligro terrible, casi diabólico, que afectaría al mundo en caso de que esas armas terribles tuvieran un empleo intenso.

Lo cierto es que por muchas circunstancias, cuyos elementos principales daremos a conocer a continuación a nuestros lectores, el testamento de Einstein, retra-

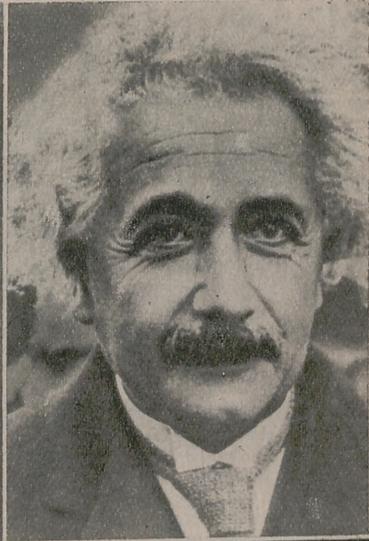
sado unos meses (falleció en abril), coincide, digamos casualmente con la campaña comunista.

Sin embargo, es imposible olvidar que toda esta gran campaña pacifista, que parece haber encontrado eco y resonancia en todas partes, que ha tenido y tiene de su parte a la gran Prensa

del mundo, coincide, otra vez digamos casualmente, con los propios y determinados objetivos actuales de Rusia.

Mucho tiempo antes, sin que se formara tan extensa corriente propagandística, Su Santidad el Papa había proclamado las ideas del mundo católico, en cuya órbita y obediencia total nos incluimos, sobre un conflicto nuclear y sobre las responsabilidades que pesaban y pesan sobre los científicos. En aquella y sucesivas ocasiones el Santo Padre había condenado la guerra atómica.

A su vez, Franco, en el último mensaje a los españoles con motivo del fin de año, decía: «Resulta doloroso que, sumando las naciones de Occidente una población superior al conglomerado so-



Einstein en dos momentos de su vida. Cuando llegaba a América con un violín bajo el brazo y poco antes de su muerte

viético y poseyendo industrias mucho más numerosas y potentes, se haya llegado a la triste conclusión, frente a los medios clásicos de combate que el comunismo ha acumulado, que la seguridad colectiva de Occidente tenga que descansar en el número y en el poder de aniquilamiento de sus armas atómicas. Ante esta gravísima realidad, nuestra conciencia de católicos se rebela... Si esta nuestra voz, que está en la conciencia de la humanidad, no es recogida, no se podrá decir que en la tierra de Francisco Victoria, donde el Derecho Internacional tuvo su cuna, admitimos sin protesta el silencio y la inhibición que reina sobre esta materia, que tantos daños y lágrimas puede costar al mundo.»

Está clara, pues, y además firmísimamente, la posición española ante la guerra atómica, ante un posible conflicto que desencadenara sin control la maquinaria terrible; pero igualmente no estamos ciegos para no ver las íntimas y extraordinarias contradicciones que existen en la actual campaña de sabios y publicaciones. Pareciera ser, dado el enorme empeño que tienen algunos científicos en destruir lo que ellos han realizado, que fueron los políticos los que, tras largas noches de laboratorio, descubrieron y se resolvieron a utilizar de una manera dramática y efectiva, las bombas atómicas.

La verdad absoluta es que fueron Einstein y el bloque cientí-

fico que tras él estaba los que influyeron decisivamente para que las bombas primera y segunda estallaran sobre las espaldas del pueblo japonés. Unos meses antes tampoco hubieran dudado en emplearlas sobre Alemania.

Esta terrible denuncia, comprobada y verificada por la realidad, parece demostrar, al parecer, que el mundo estaba dividido en dos mitades: de un lado, los países sobre los que se podían arrojar las bombas, y del otro, los países sobre los que no es posible hacerlo. Tal es la consecuencia innegable que tiene que hacer todo hombre que retire ante sí, de un manotazo, todo el largo y ancho aspaviento de la propaganda.

Porque, por qué no decirlo, fueron los científicos los que indujeron abiertamente a los Gobiernos a crear y proclamar los grandes centros atómicos bélicos. Para ello no hay nada más que mirar atrás. Mirar al pasado, que es una forma perfecta, al fin y al cabo, de reconocer el presente. ¿Cuáles fueren las razones que se dieron entonces?

#### UNA VIDA EN MARCHA Y TRES NACIONALIDADES

El 18 de abril, a las siete quintas de la madrugada, rendía su último aliento en el hospital de Princeton Albert Einstein. Hacía solamente tres días que había entrado para hacer, según los médicos, cura de repaso; pero los

setenta y seis años pesaban sobre la carne y el corazón se detuvo. Nadie supo nada. Ni un movimiento, ni un grito. Su hija Margot, que estaba en la habitación vecina tratándose, al parecer, de unos firmes dolores de ciática, no pudo llegar a tiempo a su cama.

La vida de Einstein, desde el puro y concreto carácter de la ciencia, es irreprochable. Es la vida de un hombre que lleva consigo, como una llama, la capacidad inventora y creadora. Bernard Shaw decía que era uno de los ocho creadores de mundos de la Historia. La lista comenzaba así: Pitágoras, Aristóteles, Ptolomeo, Copérnico, Galileo, Kepler, Newton. Detrás, según el famoso escritor inglés, estaba Einstein.

Pero detrás de ese cuadro, en el fondo de todo ello, ¿qué existía?

Hay que mirar por las ventanas blancas de su casa del número 172 de Mercer Street y encontrar frente a los ojos su mesa de trabajo de anchas patas. El alto sillón, la mesa llena de papeles y sobre ellos, humeante, la negra pipa. Su ropa de casa era siempre la misma: un suéter y unos anchos y viejos pantalones. Si hacía buen tiempo, gustaba ponerse unas sandalias de cuero. Si venían amigos, charlaban con ellos, y cuando eran músicos, formaban entre todos una pequeña orquesta. Tocaba el violín casi profesionalmente, con una maestría que un día incitó a uno de sus admiradores a ofrecerle un «Stradivarius». Sin embargo se encontró con una respuesta negativa:

—Prefiero el mío

Con el suyo, llevándolo bajo el brazo como una criatura, había salido de Alemania el 2 de diciembre de 1932 con motivo de las persecuciones judías. Albert Einstein, nacido el 14 de marzo de 1879, era israelita. Sus padres, de pura raza judía, deseaban ardorosamente su llegada, y fue, al revés, en los primeros años un verdadero sobresalto. ¿Por qué?

El niño Einstein, el «tododerecho» que le llamaban sus discípulos alemanes porque nunca hablaba con nadie, fue durante su infancia un retrasado. Tardó mucho tiempo en hablar y sus padres, Hermann Einstein y Paulina Koch, estaban asustados. Sus primeros pasos en la escuela de Munich, donde no se sabe por qué misteriosa razón los padres le mandaron a una católica, el hombre que iba a revolucionar el mundo, hacía escribir a su padre, que se dirigía a un hermano, en estos términos: «Alberto trabaja mal en la escuela. No quiere tocar tampoco el violín. Me temo que terminará mal...»

Donde estudia es en Munich. Son los años difíciles en los que no sale adelante. Oda a Munich, a Alemania, y se marcha a Suiza. Comienza así, uno tras otro, el cambio de nacionalidad: judío, alemán, suizo y norteamericano.

En Zurich había ingresado en la Escuela Politécnica. Los profesores quedaron aturridos ante el joven matemático. El retrasado, a los nueve años resolvía todos los problemas geométricos. A los catorce había asimilado las altas matemáticas.



**Pontecorvo, el científico de origen italiano, nacionalizado inglés, que huyó a Rusia llevándose secretos atómicos. Su pasaporte de hoy es ruso**



**Oppenheimer (extremo derecho de la foto) en momentos en que nadie dudaba de su personalidad. Más tarde se descubrió que los secretos atómicos desaparecieron de su despacho**

Un día, una mañana de junio de 1905, un hombre de veintiséis años, despeinado, entraba en la revista científica «Annales de Physique», de Zurich, para depositar sobre la mesa del editor un manuscrito delgado, de letra oscura y apretada. El manuscrito tenía 30 páginas y se titulaba «Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento». Era, para qué decirlo, el libro que contenía lo más esencial de la teoría de la relatividad. Treinta páginas que le iban a convertir en el padre de la bomba atómica. En un creador de mundos.

Los padres, en esa época estaban en Italia. Solo, separado de las gentes, tomando la nacionalidad que le convenía a cada instante, contrae matrimonio con una joven matemática, de origen balcánico, que le da dos hijos.

Después del Premio Nobel vuelve a Alemania, donde recibe un trato extraordinario. Lueven sobre él los honores, y así están las cosas cuando comienzan las escaramuzas políticas con las tropas de Hitler. Einstein abandona Alemania.

### «YO HE APRETADO EL BOTÓN DE LA BOMBA ATÓMICA»

Einstein ha sido el jefe de fila, potencialmente, de todo el movimiento científico que de una forma u otra ha tenido que ver con la energía. El mismo ha dicho: «Yo apreté el botón.» ¿Cómo fué así?

Algunas semanas antes de la declaración de la segunda guerra mundial Einstein vive en Princeton. La Universidad es su refugio, y en el amplio parque arbolado se le ve pasear, con buen o mal tiempo, en la mañana. El 2 de agosto de 1939 un visitante, el húngaro Leo Szilard, se sienta en el despacho de Einstein y le dice:

«Estoy trabajando con el italiano Enrico Fermi sobre investigaciones de física nuclear, y le traigo el resultado de nuestras experiencias.»

El profesor húngaro, que daba clases en aquel tiempo en la Universidad de Columbia, dejó sobre la mesa un pequeño cuaderno en que están resumidas todas sus observaciones. El trabajo, decía Leo Szilard, «hubiera sido imposible sin sus fórmulas».

Al día siguiente el Presidente Roosevelt recibía la siguiente carta:

«Señor: Los resultados de las investigaciones efectuadas recientemente por Enrico Fermi y Leo Szilard, que me han sido sometidas en manuscrito, me demuestran que se puede esperar que el uranio sea transformado, en un porvenir inmediato, en una nueva e importante fuente de energía. Este nuevo fenómeno puede conducir a la creación de bombas extremadamente potentes... Yo tengo informaciones que me permiten afirmar que los nazis trabajan en el asunto. Los Estados Unidos deben adelantarse a su trabajo, o la civilización perecerá...»

No había, pues, la menor duda en cuanto a la posibilidad de su empleo. Se ha gastado un torrente de tinta, muchas veces mojado en tintas que buscaban precisamente ese objetivo, para demostrar que Einstein no quiso que las bombas construidas se empleasen. Nada menos cierto. Dentro de su frase «yo he apretado el botón», aunque amarga y pesimista, cabe en toda su dimensión la lógica precisa de que sabía necesariamente que debían de emplearse. Las razones que se dieron fueron, ya se sabe también, que el nazismo amenazaba la libertad del mundo. Como no hubo tiempo de emplearlas contra ellos, se emplearon contra los japoneses. Desde ese momento, el superior y posterior conflicto Rusia-Occidente, con el que en la euforia inicial no se había contado, vino a cambiar y a entorpecer todos los argumentos. Si los nazis amenazaban la libertad

del mundo, ¿Rusia no? Si en un caso fué moralmente para los creadores de mundos el empleo del terrible y espantoso procedimiento, ¿ya no existía ese problema?

Aquí entra otro problema. Albert Einstein, genio físico y matemático, está por encima de toda duda y duerme ya al lado, verdaderamente, de ese escaso y corto número de hombres que han cambiado el curso del universo. Pero, sin embargo, Einstein tiene una historia de hombre político, que conviene no perder nunca de vista.

### «EL INTERNACIONALISMO, UNA CUERDA DE SU SER INTIMO»

Uno de sus amigos, Philippe Frank, dice que su internacionalismo sionista, que era su verdadero nacionalismo, «fué la verdadera cuerda sensible de su ser íntimo». Antonina Vallentin escribe: «Diseminado a través del mundo, había guardado fidelidad a esas ideas.»

Una tras otra, en su condición de hombre político se van instalando, fatalmente, las contradicciones de su pacifismo. Objeto de conciencia, determinado furiosamente contra la guerra, contestaba en 1929 a una encuesta con las siguientes palabras textuales: «En caso de guerra rehusaré sin condiciones cumplir cualquier servicio militar, directo o indirecto, y me esforzaré para persuadir a mis amigos que tomen idéntica actitud, y esto por encima del juicio que pueda tener sobre las causas de la guerra.»

Cinco años más tarde declara: «Ningún ser humano razonable dejará de cumplir el servicio militar, al menos en Europa, cuando en los momentos actuales todo está rodeado de peligros.»

¿Cuáles son los cambios?

Einstein admite unas guerras y otras no. Cuando comienza el Movimiento Nacional toma, sin tomarse la molestia de verificar un solo dato, sin tener una idea concreta de cuáles eran las cau-

sas que habían producido los dramáticos momentos españoles, causa por los rojos. Son palabras famosas, que tomo de Alfred Fabre-Luce, las que dedicó a un efímero y escaso éxito de los rojos en España: «Suenan en mis oídos como un canto angélico.»

Siempre que pudo hizo lo posible, entre organizaciones y movimientos antiespañoles, para que Francia interviniera directamente en España, y se indignaba de su abstención.

A su vez, durante la primera guerra mundial le molesta y le extraña el nacionalismo del país donde reside. En una carta escrita a un amigo conjura a los Aliados de ir hasta el fin, es decir, hasta el total aplastamiento de Alemania. Asombrado de esa dureza, el escritor francés Romain Rolland escribió: «Observo la extrema injusticia, por exceso de justicia, a la que llegan con respecto a su país los espíritus que dicen ser más libres: Morel, en Inglaterra, está pasando el riesgo de ser considerado como anglofobo; Einstein, en Alemania, es un germanófobo.»

Pero la hondura y separación mental de Einstein en relación a Alemania se vuelve también contra Norteamérica. Después de la guerra, América le recuerda la Alemania de Guillermo II, y, según sus propias palabras, cree ver en Washington «un nuevo Potsdam».

En ningún país se siente a gusto y conforme. Declina en su día la presidencia del Estado de Israel y se convierte, sin embargo, en dócil discípulo del líder sionista Weizmann.

Le queda Rusia. Pero, terminada la guerra, el conflicto entre Occidente y Rusia es tan notable, tan distintos los propósitos, tan tremendas las diferencias, que no queda entre uno y otro nada más que un foso: la bomba H.

#### CARACTERÍSTICAS DE UNA PROPAGANDA

El hombre que según Antonia Vallentin había afirmado, la mirada detenida en los árboles del parque de Princeton, que él era, efectivamente, «el padre de la bomba», tiene que asistir, expectante, a una nueva guerra: la de las propagandas de los campos adversos.

En esos momentos, cuando las cosas se mostraban favorables en el terreno atómico al menos a Norteamérica, la intervención de Einstein es un paso atrás. Porque las manifestaciones de Einstein que muestra la figura apocalíptica de un mundo consumido por la guerra nuclear dejan a Occidente desnudo e indefenso, psicológicamente, ante Rusia.

Por otra parte, tiene enorme interés el observar ahora, con la perspectiva de unos pocos años, cuál fué la tesis mantenida por Rusia durante aquellos años de peligro. La idea principal, que se extendió machaconamente por los periódicos, las consignas y los cuadros «neutralistas y progresistas» del mundo, fué la siguiente: «La bomba H podría significar el fin del mundo, pero del mundo capitalista e imperialista».

Como anécdota que resume el fin de esa posición y el comienzo de la nueva: destrucción de las armas atómicas, podría señalarse

el conflicto que surgió hace tres meses en el seno del partido comunista francés.

#### CRISIS ATÓMICA DE THOREZ, JEFE DEL PARTIDO COMUNISTA FRANCÉS: «NO ES PRECISO EXAGERAR»

Recordemos los hechos. El jueves, 3 de marzo de 1955, el periódico comunista «L'Humanité» publicaba una carta de Maurice Thorez a M. Bordage, director del periódico «Les Nouvelles de Bordeaux et du Sud-Ouest».

Después de felicitar a M. Bordage por haber dedicado unas columnas a «predicar» sobre el peligro y la amenaza de una guerra atómica (desencadenada, naturalmente, por los occidentales enemigos de la paz y todo eso) Maurice Thorez observaba que hablar a propósito de la bomba H como si con ello fuera posible que saltara nuestro viejo Continente, le parecía una exageración. Maurice Thorez clamaba contra esta afirmación citando las palabras de Molotov, «no es la civilización mundial la que perecerá, sino el sistema social con su base imperialista...»

El caso es que esta declaración de Maurice Thorez se producía con notable retraso. Nuevas consignas funcionaban ya por el mundo comunista e inmediatamente fué comentada severamente. El científico Joliot-Curie dirigió una carta personal a Maurice Thorez para recordarle que el argumento esencial del partido comunista había sido siempre, al contrario, demostrar que la bomba H podría terminar con toda clase de vida sobre el globo terrestre.

Joliot-Curie, miembro del partido comunista y uno de los sabios que han dado mayores datos terroríficos sobre el porvenir del mundo atómico en la encuesta de «France-Soir», le hacía las siguientes observaciones: I. Que en la resolución adoptada por unanimidad (comprendidos los delegados soviéticos) en marzo de 1954, en Viena, por el Consejo Mundial de la Paz (controlado por los comunistas) se había decidido que «las fuerzas inmensas liberadas por la ciencia no lo han sido para hacer desaparecer al hombre de la superficie de la tierra».

No quedaba, sin embargo, reducida la polémica interior del partido (ajuste exacto a los móviles constantemente cambiables de la política soviética) a esos términos. Resultó que la opinión de Maurice Thorez sobre la bomba H estaba en contradicción con un artículo, reproducido en abril de 1954 por el semanario comunista «France-Nouvelle», en el que se decía, explicando las posibilidades de destrucción de una bomba H «que si fuera lanzada sobre París aniquilaría la ciudad y proyectaría al espacio cenizas radiactivas sobre Francia entera».

Al mismo tiempo, Jacques Duclos, en un número especial de la «Democratie Nouvelle», resumía el porvenir atómico citando constantemente todas las opiniones susceptibles de probar que el peligro atómico amenazaba la humanidad entera. Una frase resaltaba

tomada de Jules Moch): «Desarmar o correr el riesgo de perecer, tal es la elección del género humano».

Esta anécdota íntima, reveladora de lo difícil que resulta aún para los «leaders» comunistas el cambio total de consignas, muestra por dentro, en toda su tremenda realidad, y con un hecho que ha ocurrido hace unos meses y ante nuestros ojos, en qué medida el comunismo ha convertido en táctica política, en misión de propaganda, el hecho en sí de la guerra atómica. Conviene, sin más, a su juego. No se trata de ningún problema de moral o de preocupación humanitaria. Bien claro lo dicen Joliot-Curie y Duclos: se trata de atemorizar.

¿Qué resultados prácticos se consigue con eso? Probablemente, y en principio, la explotación sistemática de la esperanza del mundo occidental de encontrar un momento de respiro entre el temer. Esa simple victoria psicológica está condicionada por un hecho indiscutible: que es siempre la dialéctica y los procedimientos comunistas los que dirigen, por reacción, toda la diplomacia occidental. Bien saturada ahora de temor la conciencia universal, los rusos pueden permitirse, entre el inefable sueño de paz occidental, de hablar del desarme atómico y, aun si quieren, de desarme general. Cuanto más cedan, más firmes estarán. Si la supremacía occidental descansaba en la hora actual en las armas atómicas, los rusos pueden prescindir totalmente de ellas: la guerra contra Occidente la pueden realizar desde los mismos pueblos, usando sus partidos, sus organizaciones controladas, sus sistemas de propaganda.

Pero, por otra parte, las pruebas son infinitas.

#### EL ACTA MAC MAHON: INGLATERRA Y LA TRAIICION DE LOS SABIOS ATOMICOS

Incansable, Rusia ha ido demoliendo mientras llegaba ella también a determinadas y profundas investigaciones atómicas, todo el sistema de confianza occidental. Por lo pronto, cuando Inglaterra y los Estados Unidos parecían estar dispuestas a confiarse, respectivamente, los secretos atómicos, desaparecieron de Inglaterra, sin dejar rastro, los sabios Fuchs y Pontecorvo.

—La inasible persona de Pontecorvo, cuyos pasos se siguieron hasta Helsinki, produjo una conmoción en Norteamérica que se tradujo en dos fórmulas de idéntica calidad: de un lado, en una permanente desconfianza hacia el «Intelligence Service». Del otro, la aparición de las famosas disposiciones de la «Mac Mahon Act» que impedían la comunicación de secretos atómicos.

Así, en los momentos decisivos, por encima de los altibajos de su propia política, Rusia ha asestado golpes bajos al arma atómica occidental, cuyo resumen más importante es el proporcionado por el mismo Pontecorvo.

Después de la ruptura de relaciones atómicas entre Inglaterra y los Estados Unidos, la primera se dedicó en solitario a abrir su propio capítulo termonuclear. Un

hombre tímido, con gafas de miopía, iba a ser el protagonista esencial de la aventura inglesa. El era quien el 26 de octubre último, en el campo de tiro de Woomera, en pleno desierto australiano, dice Michel Clerc, dirigía las operaciones que iban a dar como resultado la explosión de la primera bomba H «made in England». El hombre se llama sir William Penney y en él confiaban los ingleses completamente para resolver sus diferencias con los americanos.

Así ha sido. En el transcurso de los últimos meses la situación era lo suficientemente favorable para pensar en una alteración completa del Acta Mac Mahon. Sir William Penney fué invitado a los Estados Unidos. ¿Qué ocurre en ese momento?

Que los rusos, el 5 de marzo, sacan a la luz a un personaje de guardarropía: a Bruno Pontecorvo, el sabio atómico de Harwell que desapareciera hace cuatro años.

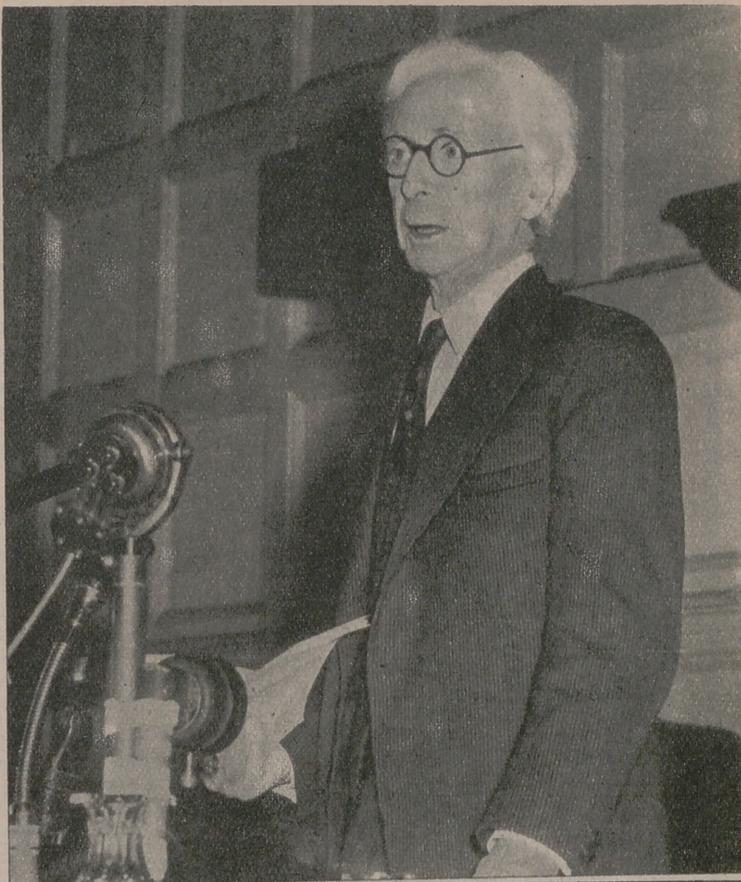
La representación, que no otra cosa se puede llamar, ocurrió en Moscú el 5 de marzo. Todos los periodistas y diplomáticos acreditados en Moscú se sentaron en los escaños de la Academia de Ciencias para escuchar y oír a Pontecorvo, Premio Stalin de segunda clase. Nadie, hasta ese momento, había sabido una sola palabra de él. Nadie en Rusia tenía conocimiento de que hubiera un Premio Stalin ignorado.

No conforme Pontecorvo con presentarse a sus oyentes y pronunciar machaconamente sus nuevos dogmas, publica en los periódicos «Pravda» e «Izvestia» un amplio argumento sobre sus esperanzas, su doctrina y las consignas del partido: «Es preciso prohibir el arma atómica. Los sabios deben rehusar trabajar para la guerra. Pongamos la ciencia al servicio de la paz...»

Parece, desde luego, poco lógico con sus palabras la huida que realizara de su país hace cuatro años. Abandonó a sus amigos, a su país de adopción, y entregó los secretos que poseía a otro país. Quizá, dentro de la dialéctica comunista eso sea una conducta pacífica. De Bruno Pontecorvo, cabe hacer, entre paréntesis, una guía más de internacionalista: su primer pasaporte fué italiano, luego inglés, y ahora, según ha mostrado a los corresponsales ingleses en Moscú, su pasaporte es ruso.

La aparición de Pontecorvo en el cuadro de la estrategia atómica rusa, es bien sencillo. Por lo pronto, volver a dictar a Norteamérica de desconfianza porque su mensaje va dirigido a todos «sus compañeros que han trabajado con él». Está claro que se dirige al equipo de Harwell. ¿Puede haber alguna defecación nueva?

Por otra parte, y en muy singular manera, su aparición cae en un momento en el que Inglaterra está prácticamente dividida en el terreno atómico. Todos estos «golpes de escenas» debilitan al mundo occidental que, por cada paso que da hacia adelante, necesita consultar o preparar a sus pueblos. De esa lenta, medida y necesaria naturaleza política del



El filósofo británico sir Bertrand Russell, lector en Londres de la última voluntad atómica de Einstein

mundo occidental, se aprovecha Rusia.

#### LA TRAICION DE OPPENHEIMER

De la misma naturaleza, y por el mismo camino, habría de considerarse lo ocurrido en Norteamérica con el sabio atómico Oppenheimer. Contribuyó éste, como Einstein, a la creación de las bombas. Posteriormente se descubrió que había contribuido, directa o indirectamente, a que determinados secretos pasaran a Rusia. El mismo hizo una declaración en la que destacaban estas palabras: «Comencé a preocuparme de política en el año 1936, en la época de los Frentes Populares. Contribuí a los fondos de huelga y entré en numerosas organizaciones donde los comunistas estaban asociados a los non-comunistas para objetivos (el mismo y viejo sistema) humanitarios. Como otros, dediqué sumas para los rojos españoles que pasaban por intermedio de los comunistas y yo lo sabía, pero en aquella época no les consideraba peligrosos...»

Tal es como lentamente, abusando de la estupidez, la ceguera o la traición, pero produciéndose con infinita paciencia y cautela ha llegado Rusia a convertirse prácticamente en defensora de la paz. De la paz atómica a la que llega, no porque la guerra sea, efectivamente, contraria a su espíritu, sino por la convicción de estar en condiciones de inferioridad científica. Nunca, por mucho que hiciera, conseguiría llegar al nivel norteamericano. Sería una carrera perdida.

Por eso mismo, y de acuerdo con sus principios, ha llegado a su objetivo por el camino menos expuesto, haciéndose eco de una campaña universal, movida y preparada por sus propios hombres, para llegar al fin propuesto: quitar de las manos occidentales una supremacía infinita.

No hay que decir, pero no importa repetirlo, que nuestra condena de una posible guerra atómica, nada tiene que ver con el análisis verdadero de la situación. Al hacerlo, advertimos que todo se ha ido preparando científicamente y que la mayor parte de los sabios que no dudaron un solo momento en apretar el botón de la descarga sobre otras espaldas (que amenazaban, según ellos, la libertad del mundo), no han dicho una sola palabra que sirva, al menos de orientación, sobre Rusia, el país que tiene bajo su poder naciones enteras y una masa universal de esclavos dentro de sus fronteras.

Y una vez más, como siempre, tenemos la convicción de que si bien el desarme atómico es un hecho posible, el mundo occidental perecerá si cree que ha conseguido con ello sólo la paz. La paz se ganará únicamente cuando sea la política occidental la que oriente y defina cuál ha de ser el futuro. Hasta ahora, la diplomacia y la política de Europa vive tras la cortina de humo de Rusia. Es una especie de diplomacia de reacción que se siente encantada cuando los estupefactos van llenando de buenas noticias y de buenos regalos sus ojos y sus manos.

# CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

SEÑOR DON JUAN DE LA CIERVA  
Y PENAFIEL

SIN estar enterado de que su viuda la excelentísima señora doña María Cordoniu, guardaba el borrador de sus Memorias, pedía desde EL ESPANOL, en una carta a mi muerto más presente, a mi padre, que en paz descansa, que se escribiese y publicara una biografía suya para honrar la gestión de su vida pública y para el pedagógico servicio a la juventud, a la que se debe ofrecer arquetipos. La carta iba dirigida a mi progenitor, fallecido con bastante anterioridad a su muerte; porque, sin ser ciervista me había mostrado su figura como la única que sobresalía en España y como la única que nos hubiera transformado en un país fuerte, próspero y moderno. El niño que era yo había leído a su antiguo correligionario, aunque después tránsfuga, don José Martínez Ruiz, más conocido por el seudónimo de Azorín, quien redactó varias apologías de su persona de político con un lenguaje lacónico y moderno. Habrá usted observado que he repetido un par de veces la palabra moderno en son de elogio, como si no supiera que hace unos cuantos siglos el poeta Baltasar de Alcázar se interrogó, sin atreverse a responder, si la taberna, cuyo encomio verificaba, era una invención moderna, así datada y calificada textualmente. Pero aun en mi mocedad perduraba el apogeo del modernismo que había producido escuelas poéticas, un estilo en el mobiliario y en la decoración, más una desviación religiosa condenada por la Iglesia. Por cierto que Azorín, en un opúsculo apologético acerca de su dinamismo y su oratoria, le ponía la ideología de Charles Maurras con música de fondo, en la víspera en que el nacionalista francés iba a ser reprobado por la Santa Sede. Sin embargo, Azorín, que aparentemente ha oscilado entre el nacionalismo integral y el anarquismo integral, ambas creaciones francesas, y, por lo tanto, ha parecido ser valedor tornadizo, inconstante, es un hombre de una gran constancia, de una permanente fidelidad a Francia, al «A B C», a don Juan de la Cierva. Lo que le ha ocurrido, cual a otros muchos escritores en un pueblo en el que disponen de escasísimo poder social, es que a veces se ha tenido que camuflar, como otras veces se ha tenido que irritar.

Usted también, don Juan de la Cierva y Penafiel, a pesar de su independencia económica, ganada en el foro, tuvo que alternar los berrinches con los disimulos, y gracias a esta práctica del aguante y del estallido se ha retardado desde 1932, en que con nervosismo pergeño en un hotel de Biarritz sus confesiones de gobernante en el destierro, la eclosión de la verdad que ha estallado esta primavera durante la Feria del Libro. Las verdades suelen ser explosivas en un terreno en que no se miente, sino que hay una verdad a medias, una verdad pactada, convencional. La parte más dramática de su libro es la referente a las crisis, aquellos momentos en que el Rey despedía a un Gabinete y nombraba a otro. Las crisis de Doña Isabel II fueron famosas por su picardía de esperpento valleinclanescas, pero las crisis de su nieto prepararon a la Monarquía la espantada del 14 de abril. La Corona se trastrocó en gorro frigio porque don Antonio Maura tuvo que llorar ante sus ministros como doña María Guerrero y porque Abd-el-Krim se aprovechó de los resortes de la Constitución de 1876 más que de los conservadores españoles. Las lágrimas de Maura y las cóleras frías que soportó su temperamento de estadista están superadas, por no decir vengadas, a partir del 18 de Julio. Ya no hay crisis a semejanza de aquella del «papelito»

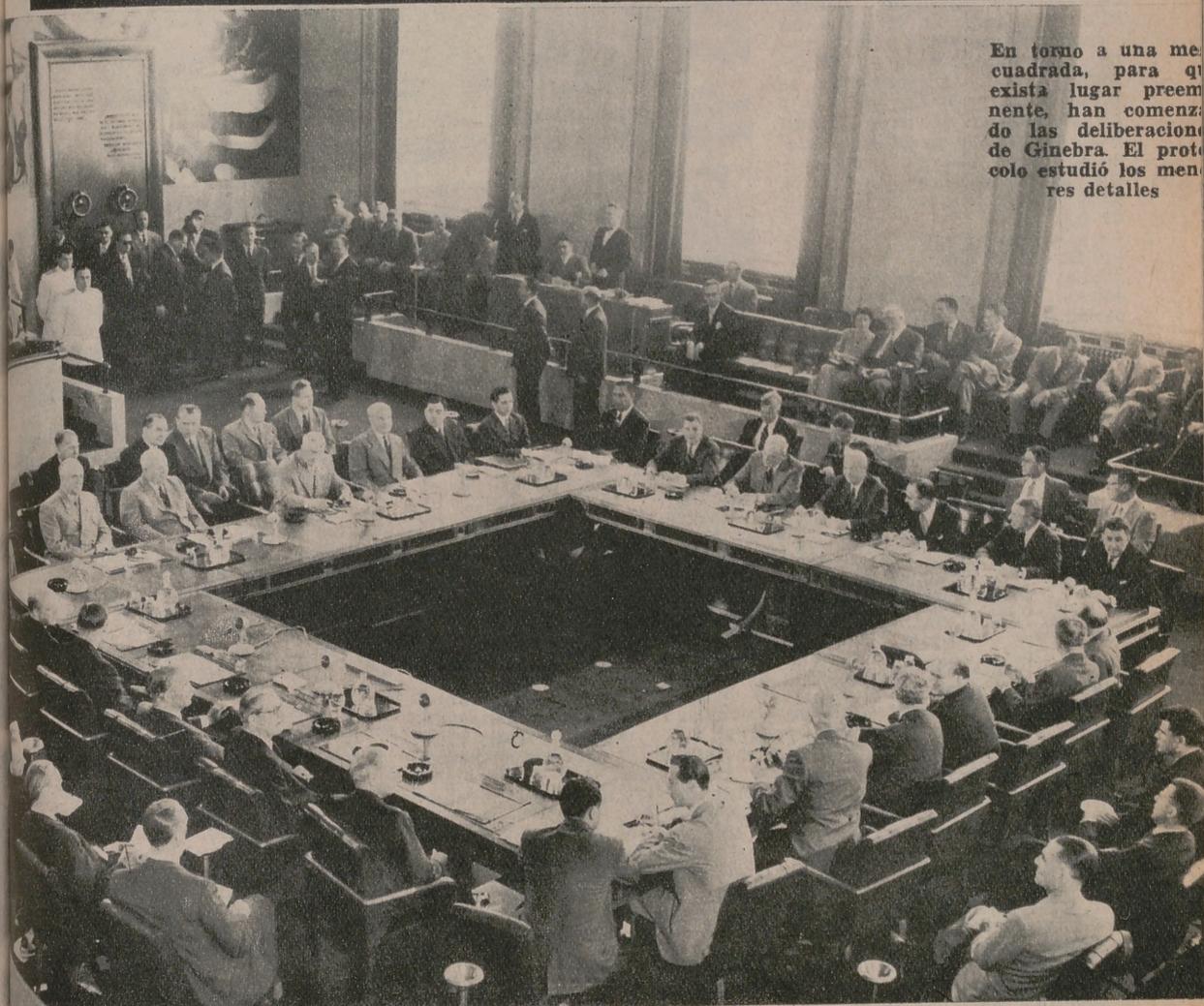
o con otros nombres de comedia de entredo, y hay que remontarse al siglo XVIII, como ha recordado su periódico favorito «A B C», para encontrar el antecedente de una permanencia de catorce años de José Antonio Girón en el Ministerio de Trabajo.

Los Ministros de Franco perduran, aunque cada español nazca con el designio oculto de ser Ministro, como antaño existía una propensión difusa y generalizada hacia el funcionariado, cuando ser burócrata era el colmo de la irresponsabilidad y la negación o la ignorancia del bien común. Un Ministro de Franco, nuestro Ministro don Gabriel Arias-Salgado, ha puesto los puntos sobre las íes en este tema exigiendo a sus escalafones la escala de deberes que convierten a la burocracia en un sacerdocio. Servir es un verbo ilustre, y mucho más ilustre cuando están desapareciendo las criadas de servicio. Los Ministros de Franco sirven para su ministerio, pero asimismo sirven al conjunto de ideas comunes y poéticas, de pensamientos originales, propios y de más allá de su especialidad respectiva. El ejemplo principal lo suministra Franco, que cuando habla presenta una riqueza de conceptos y una unidad de eficacia; una gama de saberes, de técnicas, de experiencias y, al mismo tiempo, una convergencia de tanta multiplicidad enjundiosa en el ideario firme y tenaz del Movimiento. Detrás de Franco, sus Ministros proporcionan esta coherencia en el mandar y en el expresarse, que usted hubiera envidiado, don Juan de la Cierva.

Los discursos de don Blas Pérez tienen la trama sólida de su autor, catedrático de Derecho Civil; pero por encima y por debajo bullen la perspicacia sutil de su cargo y un hálito lírico que acaso sea un lejano alisio de su isla nativa. Los discursos de Raimundo Fernández-Cuesta se estremecen de elocuencia y de doctrina, dejándonos en la incertidumbre admirativa de cuál puede más de los dos. Los discursos de don Alberto Martín Artajo son prudentes y certeros, como los discursos de don José Antonio Girón son mazazos en la nuca de las fuerzas feudales y opresoras de lo social. Los discursos de don Antonio Iturmendi y de don Francisco Gómez de Llano, los dos abogados del Estado, son como si el Estado perorara con su mesura y su ponderación, con su recto y equilibrado conocimiento de las cosas. Los discursos del conde de Vallengo son los discursos del letrado del Consejo de Estado, a quien sacrificó su fogosidad de expertísimo parlamentario. Los discursos de don Manuel Arburúa, de don Rafael Cavestany, de don Joaquín Planell son los discursos en que la temática de la técnica especializada se vuelve ágil gracias al conocimiento profundísimo, al dominio directo del asunto. Los discursos de don Joaquín Ruiz-Giménez son los discursos de otro catedrático con estro político y poético; mientras que los discursos de don Gabriel Arias-Salgado son los discursos de un teólogo que desentraña la esencia del ser y lo eleva hasta la órbita trascendente. Los discursos de los señores Ministros restantes son las arengas militares de estirpe gloriosa o son el silencio y el trabajo, que en ocasiones son la suprema sabiduría.

Azorín redactó para usted un librito precioso, que se titula «Un discurso de La Cierva», donde colocó en contraste sus ganas de hacer, expresadas en una oratoria activa, y el estatismo, el quietismo, el anquilosamiento de la política española. Yo le ofrezco, don Juan, este homenaje al referirme a los discursos de unos sucesores suyos en el Gobierno de la Patria, cuyo verbo, como honrado, potente y verdadero, se ha convertido en creación.

# GINEBRA, MANZANA DE LA PAZ O DE LA DISCORDIA



En torno a una mesa cuadrada, para que exista lugar preeminente, han comenzado las deliberaciones de Ginebra. El protocolo estudió los menores detalles



Eisenhower, Presidente de los Estados Unidos, y Foster Dulles fotografiados al entrar en el Palacio de las Naciones, en Ginebra, junto al lago Lemán

## La Conferencia a orillas del lago Lemán, a diez años del error de Postdam

Diecisiete dólares de propina anticiparon la reunión de Ginebra

HACE un mes llegaba a San Francisco por la enorme estación de Oklahoma el viajero Viacheslav M. Molotov, ministro de Asuntos Exteriores soviético. Se había adelantado en veinticuatro horas, haciendo un mínimo acto de presencia en Nueva York, a la llegada de los ministros occidentales. Como es su costumbre, dados los tres botones de la chaqueta (un traje gris a rayas, corbata azul y ca-



La señora Eisenhower, la primera a la izquierda, ha tenido un gran éxito personal en Suiza. El secreto es su primer nombre, que es como el de la ciudad de la Conferencia

misa blanca), el recién llegado, antes de apearse del tren miró su reloj de pulsera. Sus maletas (dos) las cogió, antes que nadie pudiera disputárselas. un mozo de estación avisado. Cuando Molotov entraba en su coche, un «Cadillac» que había venido desde la Embajada rusa en Washington, el mozo, sonriente, se presentó ante él. Los policías y los periodistas le vieron contar, calmadamente, unos billetes. Luego se los entregó. No había partido apenas el coche cuando los periodistas rodearon al portador de equipajes.

—¿Cuánto ha sido?

—Diecisiete dólares.

Unas horas más tarde, en una edición de últimas noticias, un periodista americano solicitaba de la poderosa opinión pública una respuesta a este sabio y extraño acertijo: «¿Por qué 17 y por qué no llegó a los 20?»

Una respuesta llegó al periódico: «La reunión de San Francisco es la reunión previa de los ministros de Asuntos Exteriores a la Conferencia en Ginebra de los jefes de Gobierno. Yo creo —decía el arriesgado profeta— que la Conferencia de Ginebra vale sólo eso: 17 dólares.»

#### LA LLEGADA A GENOVA DE LOS «CUATRO GRANDES»

El Presidente Eisenhower, que volaba en su «Colombine II», el «Superconstellation» personal, tuvo mal tiempo en el camino, y «Mamie» Eisenhower miró alguna vez hacia el Atlántico, cruzado por patrullas navales que dibujaban sobre el agua la ruta norteamericana. Con el Presidente y su esposa viajaba también el comandante Eisenhower, es decir, su hijo.

En Ginebra, mientras tanto, se vivían unas horas extrañas y expectantes. Ciento sesenta y cinco mil ginebrinos, con la mirada clavada en el cielo, se disponían al divertido juego de los pronósticos.

—¿Quién aterrizará primero?

Parece que Molotov es un hombre con prisas. En Ginebra, una vez más, se presentó antes que nadie. El 16, a las diez horas y cuarenta minutos, su avión aterriza.

La Policía había cercado completamente el aeródromo y las pistas de Cointrin, y aun en el caso de periodistas y fotógrafos de periódicos y semanarios famosos en el mundo, tuvieron que someterse a un lento y pintoresco registro de pies a cabeza. Pero el sistema de vigilancia, que ya he dicho, por ese detalle, que era muy estrecho, tenía su corazón en la torre de control de Cointrin. Desde ella el jefe del aeropuerto comunicaba al jefe de la Policía ginebrina todas las noticias. Cada llegada de avión, cada movimiento oficial o particular se trasladaba inmediatamente al jefe del Gobierno, Max Petitpierre.

Tan pronto como el aparato aterriza le dirigen hacia un gran hangar, bien decorado con flores y banderas, donde se proporcionaba al viajero o a los viajeros la primera recepción. Tres hombres han estado presentes: el jefe del Gobierno suizo, el alcalde de Ginebra y el embajador



En un coche ruso (un «Ziss»), la Delegación soviética recorrió el camino que va desde el aeropuerto de Cointrin hasta la villa del lago Lemán. Bulganin hacía su primera visita oficial al mundo occidental

del país que, respectivamente, acogiera a su jefe de Gobierno.

Las tropas militares, extendidas y compactas, creo que del 26 regimiento, vigilaban todos los accesos montadas las armas automáticas.

Inmediatamente comenzaban los himnos. Con esto hubo un hecho curioso y pintoresco. Después de varias consultas parece que se hizo indispensable reemplazar el himno nacional suizo por el no menos famoso «Canto a Suiza». Parece que el himno nacional recuerda extremadamente al «God save the Queen» de los ingleses, y podía dar motivo a confusiones. Tal era lo que contaban al menos los ginebrinos.

Una vez en marcha el convoy, los motoristas anunciaban a la ciudad, por cierto muy engalanada con las banderas norteamericanas, rusas, inglesas y francesas, que la comitiva se dirigía hacia sus respectivas residencias.

Las órdenes eran muy severas. La circulación quedaba detenida instantáneamente. Nadie podía abandonar el sitio en que se encontrara en el momento mismo del desfile. Barrios tan populares como los de la orilla derecha del lago, sobre todo los que se encuentran entre Bellevue y Betsch, han tenido una semana agitada: se han hecho pruebas, algunas de una hora de duración, para que nada fallara el día de la llegada. La capital, entre divertida y disciplinada, ha soportado gustosamente estos pequeños sinsabores para poder ser, al fin y al cabo, la capital de la diplomacia.

#### EL DIFÍCIL HIMNO SOVIÉTICO

El director de la banda de música, el sargento Hönneger, se ha convertido, entre una y otra llegada de aviones, en un personaje tan importante como un ministro. El jefe del protocolo se le acercaba: «ahora el inglés», «ahora el ruso». El hombre no ha dejado de tener sus dificultades. Primero, como ya he contado, se encontró con la preocupadora posibilidad de que el himno nacional suizo hiciera pensar a todos en el inglés, y se decidió que tocara el «Sechslauten»; pero no hubo menos dificultades a la hora del himno soviético. A

pesar, según dicen, de los conocimientos musicales de Hönneger, no conocía cuál era el ruso! Tuvo que tomarlo de una revista de música y trasladarlo, posteriormente, a un disco. Así se ensayó, para conocimiento de los cazadores de anécdotas, la marcha del mariscal Bulganin.

En esta estampa de los primeros momentos no cabe olvidar, ni mucho menos, la espléndida estampa de los soldados. La compañía de honor había recibido uniformes nuevos, lo que, según los periodistas del país, es un hecho sin precedentes en Suiza, donde, como todo el mundo sabe, cada soldado de la Confederación conserva en su casa el uniforme, el casco y el fusil.

#### CUATRO RESIDENCIAS A LA ORILLA DEL LAGO LEMÁN. — BULGANIN, PROXIMO AL PALACIO DE LA O. N. U.

Cada uno de los «grandes», de acuerdo con el protocolo y la estricta vigilancia que ya he relatado, se dirigió, después de la recepción oficial, a su residencia privada.

Saliendo de Ginebra hacia Versoix o Miex, siguiendo la carretera de la orilla derecha, que tiene su punto inicial en el Palacio de las Naciones (donde se desarrollan las conferencias), la primera residencia es la de Bulganin; después, la de Eden; a continuación, la de Eisenhower, y, por último, la de Edgar Faure. Es decir, la de la delegación soviética es la más próxima a la capital, y la de Edgar Faure, en bastantes kilómetros, la más distante.

Los rusos ocupan—porque los rusos son tres: Bulganin, Krutchev y Molotov—una villa de estilo mal definido, con un edificio central de amplias ventanas, que las autoridades suizas han tenido que amueblar rápidamente. Sin embargo, como siempre, ha sido difícil encontrar un alojamiento apropiado para la enorme o casi gigantesca delegación rusa. Provisionalmente han ocupado el hotel Metropol, donde las aceras, para estímulo de la curiosidad ginebrina, se han vis-



De-  
ino  
bin-  
nan.  
ofi-  
los primeros momentos el único ruso iba a ser Bulganin, des- se le unió Kruchev. Luego, a los el general Zukov. ¿Quién manda quien? ¿Quién visita a quién? Ese gran misterio de la Conferencia

to convertidas en verdadero parque de automóviles de marcas rusas. Allí están cada día, al lado de los grandes «Ziss» y «Zim», inspirados en los «Packard» de antes de la guerra, su último modelo: un «10 CV» de carrocería clara.

**EISENHOWER NO TENIA CASA**

El chalet de Eisenhower, su «Casa Blanca», como quieren oír decir los ginebrinos, es un pequeño hotel particular de quince habitaciones, cuya fecha de construcción se calcula que sea del siglo XVII. Lo curioso es que, por negligencia de la Misión americana en Suiza, no se encontró con el tiempo suficiente una casa que reuniera las condiciones necesarias, y a última hora tuvieron que recurrir a la ayuda oficial. Esta se enderezó hacia el dueño de esta propiedad, que sólo después de muchos ruegos de las autoridades suizas decidió abandonarla. El último día de su estancia en ella los policías vieron salir a su propietario muy emocionado. Alguien le dijo:

—Son sólo ocho días.  
—No se trata del tiempo—contestó—. Es que mi perro acaba de ahogarse en el estanque del jardín.

Cuando llegó el Presidente Eisenhower habían extraído ya al animal con unos largos palos.

**MISTER EDEN DUERME EN LA CAMA DE LEOPOLDO III Y TIENE UN COCINERO DE SETENTA Y DOS AÑOS, MAGNIFICO**

Sir Anthony Eden, «premier» de Inglaterra, es el que ha escogido mejor. Su casa, que fué en la que habitó el año pasado, es una residencia magnífica, situada en la misma carretera de Lausana, desde la que se domina desde lo alto de una corta cuesta la ciudad de Ginebra y el lago.

Lo pintoresco en esta ocasión es que la finca, rodeada de bello arbolado, fué ocupada durante el exilio por Leopoldo III. Todavía en el salón de música, mezclados con las máquinas de escribir que ha traído el equipo de mister

Eden, el piano y el facistol cumplen y llenan su papel.

En el avión del primer ministro, entre otras cosas importantes, vinieron el whisky y la «gin». Inmediatamente, el personal de servicio ha comprado en la ciudad los vinos franceses y los vinos suizos. «Una buena mesa, dice el diplomático de los sombreros, es más importante que un discurso.» Por eso, anticipadamente, contrató los servicios de un maravilloso cocinero de setenta y dos años cuyo valor culinario conocía de un año antes. Este hombre se llama Edmon Berthel.

Por último, Edgar Faure, el jefe del Gobierno francés, habita una pequeña villa en Miex a unos siete kilómetros, más o menos, de la de Bulganin.

Es una casa pequeña, cuyo nombre es «Prevorzied», pero que tiene unos jardines maravillosos y posee en su sentido total una de las mejores y más prodigiosas vistas del lago. Dicen que el cónsul general de Francia en Ginebra, Manzierly, ha recorrido los días pasados las mejores y más ricas casas de los franceses para llevar algún adorno especial a la casa.

A su vez, los ministros de Asuntos Exteriores ocupan casas o fincas inmediatas dentro o muy cercanas, a las de sus jefes. De todas, la del francés, monsieur Pinay, es la más importante. Es un enorme caserón vacío al que ha sido necesario amueblar. De París (para diez días) se trajo un

gran tapiz, y, entre otras cosas, veinte sillas doradas y unos treinta despachos administrativos standard. Su cama, estilo Imperio, había sido encargada por el ex Presidente Auriol para el castillo de Rambouillet.

**EL PROTOCOLO EN TORNO A UNA MESA CUADRADA, EL PROTOCOLO EN LOS VIAJES Y EL EXITO DE «MAMIE» EISENHOWER**

Cada nueva conferencia tiene, entre sus cortos días, anécdotas fabulosas, gastos inimaginables, lados humorísticos que se pierden en el «alto secreto», pero que alguna vez traspasan los pechos de los funcionarios.

En esta ocasión, una vez más, han tenido que realizarse reformas en el Palacio de las Naciones para que cumpliera sus objetivos. En primer lugar, unos días antes de la llegada de los jefes de Gobierno, los funcionarios encargados de preparar la sala de la conferencia privada entre los «cuatro» se encontraron con un grave problema de protocolo. ¿Lo suponen ustedes? Se trata, simplemente, de una mesa.

Protocolariamente, desde todos los puntos de vista, en una mesa cuadrada no existe, aparentemente, un lado que tenga superior significación que otro. Pero los «cuatro secretarios generales del Secretariado cuatripartito de la conferencia de los «cuatro» (perdón por el abuso), cuando tenían preparada la sala cayeron en la cuenta de un grave problema: la mesa estaba situada entre unos ventanales, dos a la derecha y dos a la izquierda. Una de estas cuatro posiciones, según los expertos, podía ser considerada como preferente.

Las graves discusiones que han tenido como origen el protocolo ni se han acabado ni se acabarán, porque, como de costumbre, el mayor misterio corresponde a la delegación rusa. ¿Quién manda? ¿Quién es el primero? A Yugoslavia, sin ninguna duda, y tomando con toda serenidad el mando y ocupándolo casi escandalosamente, fueron Bulganin y Krutchev, pero era el último quien ocupaba el lugar preferente. Ahora, en Ginebra, el lugar

Cada lado de la mesa cuadrada es la base de operaciones de una Delegación. He aquí a la francesa



preferente, en determinados momentos oficiales, lo ocupa Bulganin. ¿Se trata de un juego?—se preguntan inocentemente en el lago Lemán.

Pero el protocolo con lo que respecta a la Conferencia de Ginebra no termina ahí. Ni tan siquiera comienza. El mismo Eisenhower se ha visto sometido a tener que servir a esa vaga, pero dura cárcel de los procedimientos oficiosos. Al parecer, antes de salir de Washington, su propósito era pasar unas horas con «Mamie» Eisenhower en París. La esposa quizá lo deseaba, pero el protocolo le dió la siguiente noticia:

«Para no provocar un enfriamiento diplomático con Londres, debía renunciar a pasar por París.»

El Presidente, naturalmente, insistió, y el departamento de Estado le hizo saber que esta prioridad concedida a Francia molestaría a los ingleses, tanto a los diplomáticos como a los simples ciudadanos.

Por eso, Eisenhower tuvo que hacer viaje directo. Ginebra estaba al fin de su viaje. Menos mal que «Mamie» Eisenhower ha tenido un éxito fulgurante en la capital suiza. Resulta que se ha descubierto que el primer nombre de la esposa del Presidente Eisenhower es el de Genève (Genève es el verdadero nombre, sin traducción, de Ginebra) y el relato ha gustado mucho a los ginebrinos. Le preguntaron:

—¿Cómo fué ponerle ese nombre?

—En recuerdo —decía la señora Eisenhower— de una vieja canción que le gustaba cantar a mi madre.

Un centenar de personas la han vuelto a cantar bajo sus ventanas: «Oh, cher las de Genève!». El fin del asunto es que «Mamie» Eisenhower, como familiar y cariñosamente se la llama en Norteamérica, ha ganado una batalla diplomática.

Mientras tanto, para que Ginebra tenga de todo, un gentío divertido escucha en el parque de Eaux-Vives, situado justamente en el Palacio de las Naciones, al predicador americano Billy Graham, que ha traído el propósito de evangelizar a Ginebra. Lo más temerario es que este pintoresco caballero, ha recibido una invitación para ir a Rusia. Es de suponer que, en los ratos de ocio, puede irse del parque de la villa de Bulganin, también muy cercana, y comenzar, sobre la marcha, la predicación.

#### GASOLINA DIPLOMÁTICA Y GASOLINA CIUDADANA

Frente al enorme Palacio de las Naciones se ha montado una gasolinera que distribuye gasolina exclusivamente a los coches de los conferenciantes. Los chiquillos la han tomado como centro de su toma de contacto con las distintas delegaciones, y el público, haciendo un bonito juego de palabras, llama a la gasolinera el centro de «la essence diplomatique».

El hecho cierto es que es una gasolina relevada de los impuestos y derechos aduaneros. Cien-



Mister Eden inaugura con su etapa de «premier» de Inglaterra, ¿Recordará en el momento de la fotografía la Conferencia de Yalta?



La Vuelta Ciclista a Francia, el famoso «Tour», y la Conferencia se han convertido para los vendedores de periódicos en la mejor propaganda

tos de automóviles diariamente hacen cola.

Porque esto de los automóviles fué otro problema.

La delegación norteamericana se vió en la precisión de alquilar cincuenta en los garajes o a los particulares de la ciudad... pero con determinadas condiciones. La primera fué que tenían

que ser necesariamente americanos. La segunda, mucho más difícil, determinaba que los coches no tenían que ser de modelos anteriores a dos años. Aquí falló el propósito: hubo que aceptar la antigüedad de tres años. Es decir, «la juventud» en Europa.

#### LA SESION DEL CONSEJO ATLANTICO

Dos días antes de partir para Ginebra los tres ministros de Asuntos Exteriores occidentales consagraron una sesión al Consejo de la O. T. A. N. La reunión duró dos horas y los miembros de los quince países que forman la O. T. A. N. publicaron a continuación un comunicado extremadamente lacónico, indicando que el Consejo reafirmaba la solidaridad de la alianza atlántica. En la discusión se ofrecieron, sin embargo, las dos preocupaciones máximas de la Conferencia de Ginebra. Todos estaban de acuerdo con un hecho concreto: la reunificación de Alemania, pero uno de los oradores, M. Pearson, puso la cuestión en su punto clave: «La existencia misma de la O. T. A. N. no puede ser discutida en Ginebra».

—¿Qué se podía responder a eso?

Es evidente que la Conferencia de Ginebra, por parte de Rusia intenta romper las alianzas del mundo occidental. El sistema, aliado a una intensa propaganda sobre el «cambio» interior de Rusia (cuyos momentos cumbres han sido, respectivamente, las dos visitas de Bulganin y Krutchev a las Embajadas de los Estados Unidos y Francia para terminar en la conferencia de Prensa de Bulganin, desarrollada a la manera occidental) está claramente desarrollado hacia ese lado. Hace un mes, en San Francisco, tanteando el terreno, Molotov lanzó en plena conferencia una terrible filípica sobre el mundo occidental, en la que dijo:

«El Oeste es el responsable de la guerra caliente. Todas sus medidas militares, todas sus bases estratégicas y recientemente los acuerdos de París volviendo a crear un Ejército alemán, son actos de agresión. Al contrario, la U. R. S. S. no ha proseguido más que una política limpia y pura, cuyas letras son simplemente las de Paz.»

Al llegar a este párrafo se organizó un incidente grave. Nnñez Portuondo, representante de Cuba, apoyado por el filipino Carlos P. Rómulo, se levantó indignado. A gritos comenzó: «Mientras se disfraza de paloma de Picasso tiene sometida a esclavitud un tercio de Europa.»

Espontáneamente los espectadores aplaudieron al cubano, y durante un cuarto de hora la reunión fué totalmente suspendida. Pero la continuación de esa escena tenía su desarrollo general al día siguiente.

Veinticuatro horas más tarde del incidente, Antonio Pinay, ministro de Asuntos Exteriores de Francia, era el orador. Siguiendo su costumbre, demostrando una ausencia total de interés por el orador, Molotov hacía un cuidadoso inventario de todo lo que tenía en los bolsillos depositándolo

ante su mesa. De pronto, Molotov prestó repentina atención. A sus oídos habían llegado unas palabras que no estaban en la pieza del discurso de Pinay que, desde dos días antes, tenía en su poder. Estas palabras eran que Francia permanecía «francamente y netamente fiel a la O. T. A. N.» Ninguna de esas palabras estaban en el discurso anteriormente escrito. La explicación es la siguiente: A continuación de la filípica de Molotov, Pinay, en colaboración con los ministros occidentales, transformó totalmente el texto del discurso. Esa fue quizá la gran sorpresa de San Francisco. Inmediatamente después Molotov y Bulganin hacían declaraciones singularmente pacíficas y conciliadoras. Parecía, dentro del maquiavelismo de su política, que Molotov no había buscado otra cosa que eso: saber el grado de voluntad «atlántica» de los aliados. Porque, al fin y al cabo, es la O. T. A. N. la que recibe los mayores golpes. Así, pasan de la noche a la mañana, de la requisitoria a dejarse colocar en la cabeza un sombrero, como Molotov, de «cow-boy».

#### A CIENTO VEINTE KILOMETROS DE GINEBRA DESCANSA O ESCUCHA EL CANCELLER ADENAUER

El principal plan occidental en Ginebra es conseguir la reunificación de Alemania, pero sin que ésta sea neutralizada. Es el caso alemán el problema número uno de la Conferencia, y nadie sabe todavía la forma en que se resolverá. El hecho cierto es que mientras se abren y se cierran diariamente las reuniones (unas seis horas de trabajo útil por día), un hombre ha venido a pasar unos días de vacaciones a la aldea de Muerren, muy cerca de Gstaad. En línea recta, cruzando el cielo suizo, el canceller Adenauer está a 120 kilómetros de la sede de la Conferencia: del Palacio de las Naciones. Un oído, en realidad atento y preocupado.

Oficialmente, sobre todo del lado americano, hay tono de euforia. Del lado inglés, Eden se manifiesta evidentemente más cauto. El es, al fin y al cabo, uno de los pocos supervivientes de las últimas grandes conferencias, y pesa sobre él, manifestamente, parte de la hecatombe política que se llamó Conferencia de Yalta.

Pero no se puede olvidar que en Ginebra se encuentran al mismo tiempo, todas las ideas existentes actualmente sobre la paz. Todos los planes, pasando por el de Eden (reunificación de Alemania; establecimiento de un sistema de seguridad y la elaboración de un plan de desarme progresivo), no pueden olvidar un elemento sustancial y decisivo, que el senador Knowland ha dejado el día 11 de julio sobre el «bureau» del Senado: no habrá paz si los pueblos sojuzgados por un despotismo extranjero no pueden volver a gozar de su derecho a disponer de ellos mismos...

El senador Knowland, líder de la minoría republicana, declaró entonces que su resolución había



La Comisión rusa, Kruchev, Bulganin y Molotov, funciona al unísono. Están siempre juntos y dicen siempre las mismas cosas



Ginebra está sometida a innumerable vigilancia. Los paseantes o los ciclistas se encuentran en la carretera de Lausana con los soldados. Es la nota pintoresca de la Conferencia: la paz con armas automáticas

sido depositada «con la plena aprobación del departamento de Estado y del Presidente Eisenhower».

#### EL MISTERIOSO MISTER BARUCH

La Conferencia de Ginebra tiene ante sí tales y tan complicados problemas, que sería casi milagroso que cumpliera, de sus numerosos objetivos, uno o dos. Lo casi inmediato es que la Conferencia tenga continuación en otras sucesivas, que elaboren, sobre cada problema apuntado en Ginebra, una serie de soluciones. Porque, ¿cómo engañarse? El desarme progresivo y la nivelación de fuerzas, así como el plan original de Eden del establecimiento de una zona desmilitarizada entre Oriente y Occidente, apenas si tiene sentido. Lo dramático y terrible es que el desarme apenas hay que contarle entre las posibilidades de la naturaleza humana. ¿Quién se iba a desarmar ante Rusia?

No es imposible, naturalmente, pero la verdad es que el momento crítico, a pesar de la campaña esperanzadora, no ha cesado.

Otro problema que está en Ginebra es el atómico. Conviene recordar que el 28 de junio, mien-

tras Molotov estaba en Nueva York dispuesto a tomar el paquete para regresar a Europa, después de la sesión extraordinaria de la O. N. U., realizó un gesto sorprendente: desayunó con Bernard Baruch, viejo hombre de Estado americano, que es el creador del plan del control internacional de la energía atómica presentado a la O. N. U. y rechazado por Rusia en 1945.

Unos días después, el 13 de julio, el Presidente Eisenhower llamaba a la Casa Blanca al financiero americano. Es evidente que Molotov, jugando una carta más, ha querido tener de su parte al multimillonario americano que es una potencia en Wall Street; pero es también evidente que el control de la energía atómica sobre todo en el terreno militar, tiene que hacerse a base de recíprocas y auténticas soluciones. Caso contrario, no se haría otra cosa que dejar las cosas, sinceramente, en mayor peligro que en el momento actual. Y todo eso, día tras día, suena en Ginebra. Pero nadie podrá olvidar, sombriamente, que hace diez años, y el mismo día, comenzaba la Conferencia de Potsdam. El error gravísimo de Potsdam.

Enrique RUIZ GARCIA

# JUSTICIA, TRABAJO Y LIBERTAD

[ A crisis mundial en la que colea el viejo liberalismo exigía también para España formas nuevas de convivencia. Formas nuevas, originales, al mismo tiempo que auténtica y legítimamente españolas por su raíz y su ejercicio.

El Movimiento liberador—como ha dicho recientemente el Caudillo en su discurso al III Congreso Nacional de Trabajadores—no ha venido a cambiar los sanos conceptos políticos, sino a enaltecerlos por el camino de lo auténtico, por la vía verdadera de la sinceridad y el servicio al pueblo, muy por encima de todo interés partidista.

Aquella ficción política de los partidos tur-nantes dió en nuestro país demasiadas pruebas de su insinceridad hasta en su tan cacareado servicio al pueblo. Los intereses de grupo, de clase, las facciones de bandería y clan, los «trusts» y «cartels» industriales y los grupos de presión de las fuerzas ocultas hicieron estériles muchos intentos laudables de superación nacional por parte de las minorías más sanas. Preciso es reconocer que aun en los años más tristes anteriores a 1936 hubo esfuerzos individuales que desde el plano político y sectores contrapuestos se encaminaron tímida y hasta en alguna ocasión temerariamente hacia el bien general. Pero tenía que venir la profunda buena fe con su impulso nuevo, con su audacia y su aire de juventud, a abrir un camino de superaciones, abatiendo primero el tinglado de estrecheces de una política chata, claudicante, timorata, concesionaria y liberal, que en las últimas etapas de vigencia en nuestro país ni siquiera era en la práctica capaz de garantizarle al hombre las seguridades y derechos más fundamentales.

Aquel sistema de división ni siquiera era apto para proteger la integridad del hombre de la calle cuando las ciudades se vieron invadidas gradualmente, y sobre un plano estudiado desde los resortes del Poder, por la ley de la selva.

Pero no solamente la práctica no era viable en nuestro país, sino que no lo era siquiera la teoría, porque las izquierdas y las derechas españolas tenían su falta grave y su parcialidad.

Mientras las llamadas izquierdas españolas estaban en posesión de una aprovechable inquietud social y una experiencia y hasta un asentimiento obrerista, no tenían, en cambio, un sentido nacional. Los dirigentes de las fuerzas obreras no pensaban como españoles, sino como piezas de una gran máquina, cuyos mandos obedecían ciegamente a directrices internacionales.

De otro lado, las llamadas derechas españolas, si bien eran capaces de vibrar con un loable sentimiento patriótico, estaba éste carente de una verdadera solidaridad nacional pues era más bien exclusivista. No se distinguían precisamente por su inquietud social.

Tenía que venir el Movimiento para que el espíritu social de los tiempos nuevos quedase insertado en la constante nacional. Para que todo lo aprovechable se salvara a un mismo tiempo, y lo nacional y lo social se supeditasen igualmente al imperio del espíritu, que frente al burdo materialismo marxista quedaba colocado por encima y en el centro justo de lo nacional y lo social, como el fiel de una balanza que quiere la justicia para todos.

La democracia inorgánica suponía el triunfo del más fuerte en número o del más poderoso económicamente. La victoria electorera del que podía manejar en un momento dado una mayor cantidad de muñidores y adquirir un nú-

mero más grande de votos irresponsables entre gente sencilla y de manejo fácil.

No podía ocurrir de otra manera, porque, por paradójico que parezca, eso es en la práctica la democracia inorgánica.

El Estado neutro y supeditado al balanceo de los partidos, al juego de pesas, a los tanteos casi continuos, a las improvisaciones históricas, a las alianzas mixtificadoras, a las coaliciones y los combinados de cada oportunidad viene a ser como un peligroso juego de equilibrio inestable, en el que cuenta muy poco el verdadero interés de los trabajadores, porque el viejo Estado liberal los dejaba indefensos. Con pretexto de no ponerle a nadie ataduras, dejaba libre paso a la ley del más fuerte, a la facción mejor organizada.

Aquel dejar hacer, que parecía a los intelectuales débiles la panacea universal de todos los arreglos, entrañaba la inhibición insolidaria de las necesidades obreras, técnicas y patronales. Era dejar al país en un sálvese quien pueda y que cada uno se defienda con sus propios medios en el choque general de unos grupos contra otros, en medio de la gran quema estéril de energías.

Como ha dicho Franco al III Congreso Nacional de Trabajadores, el Movimiento ha venido a establecer un diálogo directo entre el pueblo y el Estado, que ya no tienen entre sí aquella barrera de intereses bastardos y miras personalistas que estaban encarnadas en los intermediarios, a los que un desmedido deseo ascensional colocaba entre la bondad popular y los órganos de gestión pública.

Pero aunque «jamás ha existido una etapa de la vida española en que se hayan atendido con mayor celo, entusiasmo y eficacia todos aquellos problemas» que parecían no tener solución para los trabajadores españoles, es evidente que el Estado no tiene medios universales para hacerlo todo en un día. Ni tampoco sería un ideal el tener un hipotético Estado-providencia que repartiera el maná en un pueblo sin iniciativa.

El Estado tiene que establecer un orden de urgencia en las necesidades, porque todo no puede realizarse de una vez, como en un milagro de las fuerzas humanas.

Existen unas premisas económicas que es preciso no desconocer, por más que se busque un orden nuevo de la economía nacional, bien purgado de abusos e injusticias. Pero, esto no quiere decir que pueda hacerse tabla rasa de las leyes inexorables de la economía.

Así como existe una confianza política, hay también una confianza económica que hace posible las inversiones dinerarias y la creación de nuevas fuentes de riqueza. Preciso es tener en cuenta—lo ha dicho Franco—que no hay dinero del capitalismo, sino que el dinero es de toda la nación. Por eso, en todo lo que sea justo, es preciso respetar aquellas partes de la renta nacional que repercuten con sus beneficios sobre toda la comunidad. Ya que del conjunto de bienes y servicios de todo el país depende el bienestar de la comunidad nacional y hasta el sostenimiento de tan grandes ideales como se anuncian en la trilogía del reciente discurso del Jefe del Estado al III Congreso Nacional de Trabajadores. Depende de ellos el avance social con las conquistas, cada vez más importantes, hacia objetivos de justicia, trabajo y libertad.

EL ESPAÑOL

LEA "POESIA ESPAÑOLA"

# LA KOMINTERN NO HA DEJADO NUNCA DE EXISTIR



EL DINERO DE LA PROPAGANDA COMUNISTA SIGUE TENIENDO EL MISMO ORIGEN



Arriba: Mitin comunista en el Foro Mussolini, de Roma. Izquierda: Edificio del diario «L' Humanité», en París. Derecha: Reunión del P. C. francés de Solidaridad con los dirigentes italianos

LA Internacional Comunista fue fundada en el mes de marzo de 1919 y se disolvió, aparentemente al menos, en mayo de 1943; es decir, en unos momentos en los que Rusia necesitaba imperiosamente recibir ayuda de los aliados, y sobremanera de los Estados Unidos.

Esa fue la razón apaciguadora que movió a Rusia a determinar el fin del «apparat» de la conspiración internacional. Una contramedida que en las capitales del mundo occidental se consideró, con excesiva prisa y urgencia, como medida importante «para mejorar las relaciones internacionales».

Por lo pronto, evidentemente, su disolución dejaba entender claramente la importancia que podía darse a una medida semejante. Lo cierto es que si la Komintern era una organización que sujetaba férreamente los partidos comunistas nacionales a la alian-

za y obediencia a Rusia, lo cierto es que nada cambió en el cielo de las relaciones y conexiones de los partidos con el ruso. Si hubieran de darse pruebas, éstas se encontrarían a cientos, pero ninguna que tenga la fuerza y la importancia de los sucesos ocurridos en Francia durante la guerra de Indochina. Todo un enorme y colosal «affaire» de fugas de secretos militares pasaron por las manos de los agentes comunistas a los de Ho-Chi-Minh y ello, como es sobradamente conocido de todos, en un tiempo en que la difusión de los secretos militares acarrea innumerables pérdidas humanas francesas, y daba motivo al abandono de posiciones que parecían inexpugnables.

Nadie ha sido capaz de rebatir de forma seria la conexión y servicio del comunismo francés al comunismo indochino y una serie de debates parlamentarios han dejado en los periódicos la información suficiente, con espías que llegaban a estar en el mismo seno de las deliberaciones más secretas de la Defensa Nacional, para poderse afirmar en qué medida se cumplió aquella disolución.

El hecho cierto es que a la Komintern sucedió en 1947 la Cominform, y que, de una forma o de otra, los partidos comunistas nacionales han seguido siempre la «línea» de la política rusa aun en aquellos casos que iban contra la propia nación. Así, como dice Gorkin en «Destin du XX siècle, los jefes de los partidos comunistas se presentan a Stalin. Fue Stalin, en efecto, quien, de acuerdo con las proposiciones del Ejecutivo de la Internacional,

les designa e impone; la propaganda—dice—se encarga del resto. En casos determinados se establece un periodo de prueba, de emulación y de competición entre dos o más candidatos al puesto supremo. Las pruebas de fidelidad y de permeabilidad política son superiores, para la elección final, a las cualidades personales, intelectuales o de cualquier otra clase. Por táctica, y porque quieren tener en su mano en todo momento una segunda persona o un equipo completo para el cambio, los hombres de Moscú explotan hábilmente las rivalidades entre los miembros de los cuadros de dirección. El Kremlin no acuerda—dice Gorkin, que ha permanecido durante más de treinta años como miembro activo del comunismo—nada más que una importancia relativa a la base de los partidos. Su interés permanece y se concentra en la sección de los cuadros burocráticos. «La masa —añade—, de la que se habla tanto, no cuenta, o no cuenta apenas: los jefes lo son todo.»

#### EL EJEMPLO DE FRANCIA: LA EXPLOTACION DE LA RIVALIDAD

Un ejemplo de los más típicos de esta rivalidad fué la lucha que enfrentó en Francia a Driot y a Thorez. Driot, favorito de Zinoviev durante cierto tiempo, pareció tener ventaja, entre 1925 y 1931, sobre su oponente Thorez. Sin embargo, dejó de tener la confianza de Moscú y manifestó cierta independencia—el pecado máximo—, por lo que Thorez pasó al primer plano y fué elegido. Driot, que había llegado a tener cierta popularidad, fué perseguido y difamado totalmente. «La propaganda comunista—dice Gorkin—puede convertir a un militante mediocre en un jefe genial, igual que puede hacer un loco del ídolo de la víspera. El ejemplo reciente de André Marty, que ha llegado de falso héroe del mar Negro a falso policía al servicio de los occidentales, confirma esta regla»

La Policía recoge una edición de «L'Humanité», en mayo de 1952



Por estas razones no se pueden olvidar dos cosas: que los jefes de los partidos más numerosos y mejor organizados de Europa, Palmiro Togliatti y Mauricio Thorez, han sido prácticamente poco más que dos funcionarios de la Internacional Comunista, y que jamás han dejado, de reconocer y actuar de otra forma que bajo esa dependencia.

De ahí que haya que entenderse la propaganda comunista dentro de un solo y único sentido. La Internacional Comunista—Kominintern—no ha dejado nunca de existir, y es ella la que suministra y concede, dentro de las necesidades de cada partido nacional, los presupuestos extraordinarios, por encima de las cuotas y de otros ingresos que son necesarios cada año.

#### LOS «PRESUPUESTOS» NACIONALES

«Todos los funcionarios comunistas son en realidad—dice el mismo autor—funcionarios soviéticos». Tal afirmación, ya sobradamente conocida de todos, pone el dedo en la llaga sobre el financiamiento de los partidos comunistas nacionales y sobre los fabulosos gastos que dedican a la propaganda.

Un informe, «top secret», de los Estados Unidos determina, sin género de duda, que existen unos presupuestos que operan funcionalmente sobre la vida económica de la burocracia comunista en cada país de Europa y América.

Existe lo que se llama la cuota básica, que funciona con carácter anual y exactamente igual a como funciona cualquiera de los presupuestos de funcionamiento. Durante el año 1953 la cuota básica de algunos países europeos (cuota que ha subido notablemente en 1954) fué la siguiente:

Para Francia, 150 millones de dólares; para Italia, 48 millones de dólares; para Inglaterra, medio millón; para Alemania Este, 30 millones de dólares.

Pero en el caso concreto de Alemania, la suma descrita se consideraba destinada a la propaganda en Alemania Occidental. Por otra parte, y bajo las mismas premisas, pueden existir en casos determinados los presupuestos extraordinarios.

De todas formas, y para que

no haya engaño, se ha adiestrado perfectamente a los diversos partidos nacionales en la técnica del control económico de la nación.

Si tomamos, por ejemplo, el caso de Italia, veremos que los Congresos comunistas reconocen, a través de su *relator financiero*, que los ingresos por recaudaciones de cuotas y de otras indoles superan en mucho los 200.000.000 de liras.

En el caso de las últimas elecciones italianas, el P. C. puso en circulación entre sus 97 Federaciones una especie de empréstito interno, llamado curiosamente «Fondo para la consolidación republicana». La forma de recaudación de estos «fondos» es distinta en cada región—según la fuerza política que se pueda ejercer sobre ella—, pero caracterizada inequívocamente por la presión. Empresarios y sociedades mercantiles son subvencionadores secretos de todos estos casos, con la esperanza falaz de que les dejen tranquilos. De las cifras que alcanzan los «empréstitos» no se habla nunca en los Congresos de forma efectiva. «L'Unità», sin embargo, ha declarado en alguna ocasión que las mayores Federaciones Provinciales, es decir, Roma, Milán, Bolonia, Turín y Génova, llegan a contribuir con sumas que alcanzan los 80 millones.

Ya que hablamos de Italia hay que considerar que el partido de Togliatti, con más de dos millones de afiliados militantes o adheridos, se colcula que tiene 360.000 burócratas que reciben directamente un sueldo del partido, y que, por tanto, entran de lleno en la definición de Gorkin de ser «funcionarios soviéticos».

#### EL MISTERIO DEL FINANCIAMIENTO

El misterio del financiamiento de los partidos comunistas deja de serlo cuando se atiende a un hecho central y que resulta ser el común denominador de la situación: las casas de comercio intermedias.

Reciente está el caso del millonario francés de falso nombre, Igoin, que fué acusado de ser el vehículo transmisor de los capitales que llegaban al comunismo francés para propaganda. La acusación, sobre la que se ha echado tierra al asunto, no hacía otra cosa que poner de manifiesto el sistema, que es en sí viejo.

Las normas suelen ser la compra o adquisición por personas aparentemente honorables de grandes negocios de exportación e importación con los países más allá del telón de acero. Otras veces simplemente son «casas de confianza», que por tener garantizados sus negocios con el Este juegan al gran juego de servir en bandeja los millones de la subversión. Así, de esta forma, la Policía italiana ha llegado a la convicción de que el P. C. italiano ha llegado a convertirse en la organización económico-política más rica de Italia. Y además, de acuerdo con el espíritu de conexión de unos partidos con otros, esta organización italiana «del comercio» está ensamblada perfectamente con la francesa. No hace muchos años se llegó a asegurar en los medios financieros londinenses que ese juego de combinaciones económicas del co-

mercio de los partidos comunistas con el Este había llegado a afectar al «Stock Exchange» de Londres.

De la misma forma, uniendo el provecho con el proselitismo, han conseguido conquistar gran parte del control de los espectáculos y de las editoriales.

En Italia son numerosos los cines que pertenecen de una forma directa a organizaciones comunistas. En cuanto a editoriales, conocidas son de todos la «Einaudi», «Editrice Coop», «Milano Sera», «Gioventu Nuova» y decenas de otras que o son del comunismo o navegan subterráneamente para conseguir mejores efectos bajo la misma bandera. Todo ello simplemente implica una organización y un desprecio total a los problemas morales.

### LA TACTICA Y LA DIRECCION A SEGUIR

Si se examina la documentación que, de origen soviético, determina el criterio y la propaganda que han de efectuar cada partido comunista a lo largo del año o en determinado momento se tiene la impresión de que se dirige hasta el más mínimo de sus movimientos.

Existen siempre dos fórmulas a cumplir. Una es la que se refiere a la táctica estrictamente nacional, y otra fundamental, que es la propaganda que ha de realizarse sobre los asuntos internacionales.

Así, la misma documentación que presenta las cuotas base para determinados países europeos concreta interesantes síntesis sobre la propaganda a seguir. Veamos, por ejemplo:

1. «La Unión Europea hay que presentarla en Francia como un plan de rearme de los militaristas alemanes, que buscan la revancha de su última derrota.»

2. «Pero en Alemania Occidental hay que presentar el pacto de la Unión Europea como un plan para mantener a Alemania permanentemente dividida y asegurar con ello la supremacía francesa en Europa.»

De la misma forma, y ello valdría la pena de relacionarlo con actitudes políticas muy sospechosas, en cuanto a la táctica política en los respectivos países las instrucciones son las siguientes:

«Buscar la representación nacional, provincial y municipal; organizar demostraciones; intentar la formación de Frentes Populares para suplir la falta de representación numérica y apoyar a otros partidos como el socialista y el laborista en determinadas campañas.»

Estas instrucciones comenzaron a circular, al mismo tiempo que la «cuota de base, en Italia y Francia. Durante el tiempo que va de su puesta en vigor a la hora presente, todo el aparato propagandístico se ha movido en esa dirección, y ya desde mitad de 1954 comienza a ser patente para el hombre medio que existía en estado de opinión hacia los Frentes Populares.

Si se parte de ahí, las últimas situaciones políticas de Francia y de Italia, donde al ser más numerosos y mejor organizados los partidos puede ser más eficiente y práctica la tarea propagandística, serán plenamente claras.

Por el mismo orden, las ins-



Mitin comunista con motivo del primero de mayo, en 1952, en Roma. Abajo: Manifestación de comunistas italianos contra la bomba «H» y la Comunidad Defensiva Europea

trucciones detallan la táctica a seguir en el campo industrial. Hablan, en principio, «del control de los Sindicatos, principalmente los de las industrias estratégicas y los de transportes».

El control de los Sindicatos es un arma que nunca ha sido olvidada, pero que, por iguales causas, ha vivido ahora una fase de aceleramiento. Francia ha vivido la inquietud del Congreso último de la C. G. T.—bajo control comunista—, en el que se aspiraba, creando un espíritu de tribuna pública, a la unidad sindical. Pero el Congreso de la C. G. T. francesa, a pesar de la laboriosa propaganda periodística que se ha puesto a su servicio, no ha podido ocultar un hecho concreto: la C. G. T., que era, pudiéramos decirlo así, la más fuerte organización paracomunista de Francia, ha visto reducidos sus efectivos—según la grn información de Michel-P. Hamelet—de cinco millones de sindicados en 1947 a 2.700.000 en 1953.

Por otra parte, ha habido manifiesta desobediencia en la base

sindical de la C. G. T. hacia las órdenes de «arriba». En algunas ocasiones, como es sabido de todos, determinó fracasos imprevistos en las huelgas.

La misma situación se ha planteado en Italia, donde la C. G. T. de este país, la más fuerte organización sindical comunista, ha perdido núcleos industriales que parecían serle fieles, desde 1945. Todo ello ha determinado que todo el «apparat» trabaje en la conquista de tan importantes órganos de contacto con la clase trabajadora, donde curiosamente se han producido las más importantes deserciones a la política emanada por el P. C. Así se ha dado el caso de que los obreros acataran o votaran por el Sindicato en sí—en las elecciones de los Comités de Empresa—y luego, sin embargo, no obedecieran determinadas disposiciones cuyo carácter estaba claro tenía un solo y exclusivo cometido comunista.

El mismo Augusto Lecoer, cuando todavía era secretario del P. C. francés, denunció ante la Conferencia nacional, celebrada en

Gennevilliers el 5 y 6 de marzo de 1953, la oposición ascendente de la clase obrera a las órdenes de la C. G. T. «cuando la política del partido comunista aparecía concretamente a través de ellas».

En otros aspectos, por ejemplo en el de la difusión, las instrucciones siguen el rumbo conocido y resaltado en EL ESPAÑOL por el testimonio de Koestler: por el enmascaramiento. Dicen así:

«Hay que sacar y apoyar nuevos periódicos y publicaciones, y en el caso de los que no se controlan, así como también en las radios y estaciones de televisión, es imprescindible filtrarse entre el personal. Trátese de organizaciones de hombres, de mujeres—añaden las instrucciones—, hay que filtrarse en todo lo existente, pero sin olvidar el frente propio.»

Todas estas órdenes encaminadas a dirigir la táctica de la propaganda se distribuyen a todos los países donde el comunismo tiene organizados sus caballos de Troya, y van desde el gran país al pequeño. Hasta Luxemburgo, con una población aproximada de 300.000 habitantes y un censo de 3.000 comunistas.

#### LA PROPAGANDA COMUNISTA EN HISPANOAMÉRICA

De los tres billones de dólares que se calcula componían el presupuesto de cuota básica de los partidos comunistas financiado por Rusia, una cantidad enorme ha sido dedicada a Hispanoamérica.

Un punto neurálgico de la propaganda y difusión ha sido la Argentina, donde en 1954 conseguir—según la información secreta comunista—un aumento de 10.000 nuevos miembros afiliados, lo que representaba un aumento de un 30 por 100 sobre 1953.

Si se quiere pensar un poco sobre lo anteriormente expuesto

de las consignas de infiltración en los Sindicatos, no extrañará que a última hora esa formación del partido comunista en los Sindicatos argentinos haya producido una virazón y unos problemas que en estos momentos todavía no están perfectamente clarificados. El hecho cierto es el haberse reconocido su presencia.

En cuanto al pensamiento de la Unión Soviética, sobre la América española conviene seguir lo que nos cuenta sobre ella Julián Gorkin. «La América latina—dice— contrariamente a Europa y a Asia, no constituía hoy un punto neurálgico en el plan de la estrategia mundial. Por tanto, el Kremlin dedicó desde hace algún tiempo una gran importancia a estos vastos territorios. En octubre de 1934 dos conferencias secretas se derrollaban en Moscú: la de los partidos comunistas de Asia y la de los partidos comunistas latinoamericanos. Conforme a esas instrucciones, los partidos comunistas han procedido a los cambios tácticos más sorprendentes en todos los países hispanoamericanos. Y casi siempre—añade—se les ha encontrado mezclados en todas las conspiraciones y en los golpes de Estado, como pescadores de aguas turbias que son... y siempre—los puntos suspensivos son del autor citado—, sea cual fuere la forma de Gobierno, han ensayado de intruarse en el aparato del Estado y recoger los mayores beneficios posibles, tanto en lo político como en lo económico.»

Por si fuera poco, Eudocio Ravines (que fuera antes de su separación del partido comunista uno de los hombres más destacados de la Internacional en la América española) dice en su libro «La gran estafa» («El camino del Yenan, en inglés») «que no hay un solo dictador en la América latina que no haya tenido en sus servicios de propa-

ganda revistas, etc., que no sean dirigidas, escritas y editadas por comunistas cualificados».

En las instrucciones comunistas se habla de que el éxito de las pequeñas fuerzas comunistas de América española estriba en identificarse con los intereses extremistas, no comunistas, y excitar todo pretexto contra el imperialismo yanqui. Un dato de gran valor, añaden. Al referirse a las condiciones de crisis en que quedan los países que acometen reformas sociales y económicas sin haber aumentado antes la riqueza nacional de una forma efectiva, dice: «Los Gobiernos que acometen reformas económicas y sociales—muy dependientes del apoyo popular—son vulnerabilísimos a las revoluciones.»

Y otra vez, como siempre, se extienden en las consignas base para Hispanoamérica: la unificación de los trabajadores contra el imperialismo, proteger y ayudar todos los «frentes de liberación nacional» y «mantener la propaganda contra todos los pactos militares de los Estados Unidos».

Tal es la estrategia puesta, al descubierto y que, cruzando las fronteras, multiplica día tras día, con el enmascaramiento, los peligros de la hora actual. De ella dice Gorkin: «El Kremlin aplica a través del mundo las tácticas más variadas, pero su estrategia y su objeto no cambian nunca: dividir y ablandar al adversario.»

#### EL AGITROP EN FUNCIONES

El Agitrop es la Sección de Propaganda y Agitación de la Internacional Comunista. Oficialmente cambió de nombre y se enmascaró como la Komintern. Pero sobre el frente de la escala internacional, he aquí los principales centros del Agitrop en Europa:

Organización	Sigla	Cuartel principal
1. World Peace Council	W. P. C.	Viena
2. World Federation of Trade Unions	W. F. T. U.	Viena
3. International Union of Students	I. U. S.	Praga
4. World Federation of Democratic Youth	W. F. D. Y.	Praga
5. Womens International		
6. World Federation of Scientific Workers	W. F. S. W.	Berlín
7. International Association of Democratic Lawyers	I. A. D. L.	Bruselas
8. World Federation of Treachers Unions	F. I. S. E.	Viena
9. International Organization Journalists	I. O. J.	Praga
10. International Broadcasting	O. I. R.	Praga
11. International Organization of Resistance	F. I. R.	Viena

A su vez, los servicios del Agitrop tienen como órganos difusores de sus consignas las siguientes publicaciones:

«Defense de la Paix», editada en inglés, francés, ruso y español.

«World Strade Movement», que aparece en inglés, francés, alemán, ruso y español.

«World Student News» (en los mismos idiomas).

«Women of the World», en inglés, francés, alemán, español y ruso.

«Science and 'Mankind», que llega al público en inglés, francés, ruso y chino.

«Democratic Journalist», que se

extiende propagandísticamente en inglés, alemán, ruso, francés y español.

«Resistance Unie», francés y alemán.

De la misma forma, las instrucciones comunistas dedican el mayor interés a la constitución y ampliación de sociedades de «Amigos de la Unión Soviética», a través de las cuales se puede realizar una efectiva propaganda. No hay que olvidar que, según Koestler, «Los amigos del libro de Izquierda» contaba en Londres con varios millares de socios sobre los que se efectuaba, con el pretexto de las publicaciones, una decidida corriente de propaganda.

Y por proporcionar un dato revelador, valga decir que la sociedad rumano-soviética (ARLUS) contaba en 1948 más de 12.000 ramas, con 1.500.000 miembros activos y obedientes a Moscú. Mientras que la Chinesse-Soviet-Friendship (amistad chino-soviética) cuenta ya con 68.000.000 de miembros y con 613.000 locales, muchos de los cuales publican sus propios periódicos y revistas.

Tales son los hechos de los que cabe extraer consecuencias importantes. Entre ellas, en primer lugar, que la Komintern sigue funcionando con la misma táctica y función que en sus comienzos en 1919.

# LA NUEVA SITUACION EN TUNEZ

## ¿POR QUE EL CONVENIO DE BARDÓ HA SATISFECHO A LOS FELLAGHAS?

### LA SORBONA ES LA MEJOR FABRICA DE SEPARATISTAS DEL MUNDO

### LA COLABORACION FRANCO - TUNECINA HA COMENZADO YA

Por Luis Antonio de Vega  
(Enviado especial)

¿EN qué consiste el convenio entre Francia y Túnez? ¿Cuáles son sus disposiciones generales y por qué ha satisfecho al Neo Destur hasta el extremo de que milagrosamente todo ha quedado apaciguado en el beyelato, los fellaghas han depuesto las armas y ha cesado el estado de rebelión permanente?

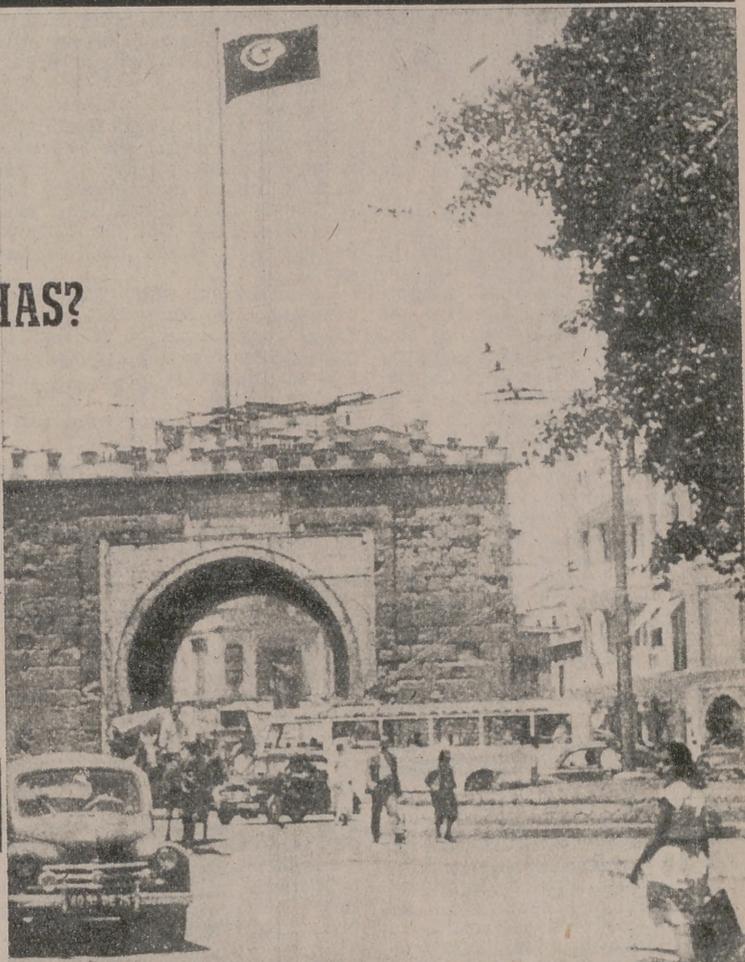
Véamoslas.

El artículo 4.º precisa la nueva situación en la siguiente forma: «A partir de la ratificación de los presentes convenios, Francia reconoce y proclama la autonomía interna de Túnicia que no tendrá otra limitación que la resultante de estos Convenios y de los Convenios actualmente en vigor, entendiéndose que en lo que afecta a la defensa y a la diplomacia, continuará el estado actual de cosas».

En el artículo 7: «El árabe es el idioma nacional y oficial de Túnez. La lengua francesa no será considerada extranjera».

El tratado de Bardó señala que «se conservarán intactas la soberanía interna y la autonomía del estado tunecino, y Francia no tiene ningún derecho a inmiscuirse en la Administración interna de Túnicia». Este tratado concede únicamente a Francia el derecho a ocupar militarmente algunos puntos estratégicos con el fin de permitir a las tropas francesas asegurar la seguridad de la frontera y del litoral».

El artículo primero del Convenio de La Marsa ha quedado abolido. Decía así: «S. A. el Bey con el deseo de facilitar a Francia el cumplimiento de su Protectorado



La bandera de Túnez ondea sobre Bab-el-Bahar

se compromete a proceder a las reformas administrativas, judiciales y financieras que el Gobierno francés juzgue útiles.»

Como los convenios de 1955 ponen fin al Protectorado francés en Túnez, naturalmente que el artículo primero del Convenio de La

Marsa no podía continuar teniendo vigencia, ya que su finalidad era la de facilitar a Francia el cumplimiento de una función que deja de existir: el propio Protectorado.

Los gastos necesarios al funcionamiento de todos los servicios



Edificio de la Residencia francesa en Túnez

franceses los abonará el Gobierno francés, y el tesoro tunecino se verá en lo sucesivo, libre de dichos gastos motivados por la extinguida soberanía francesa: Residencia general, Control Civil, Gendarmería francesa...

Intento examinar la situación imparcialmente, y el resultado es éste. Francia sin obtener el menor provecho de Túnez va a pagar los gastos de un Ejército de muy limitada ocupación, además de los que supongan determinados servicios que no afectan para nada a la independencia interior de Túnez.

Como negocio no parece que sea muy brillante.

Después del tremendo error que separó de Holanda a la Indonésia y, de hecho, le regaló al comunismo ochenta y dos millones de seres humanos, ningún problema colonial ha tenido solución de ninguna clase, ni con la represión, ni con el sistema de política de los Calzones Caidos.

Ratificado el Convenio, Tunicia ha logrado su independencia completa, que puede llegar por dos caminos, por el de unas elecciones que lleven al Parlamento una mayoría de diputados separatistas, cosa fácil de conseguir si el Neo Destur se lo propone, o porque Francia tire la esponja, cansada de sostener un Ejército sin ninguna utilidad y cansada también de ver que la situación de Italia en Tunicia es la misma que la suya, y no le cuesta una lira.

Sólo una justificación tiene la entercada presencia francesa—que no es la Presencia Francesa—: cubrir el flanco argelino, pagar con la independencia de Túnez su neutralidad en el conflicto. No es fácil que se pueda conseguir este propósito. La Liga Árabe que no parece sentir gran entusiasmo por Burguiba excomulgaria a todo el beyelato. La actitud de Egipto sería más hostil a Francia. En Argelia y Marruecos a Tunicia la considerarían como un baldón de vergüenza del Islán.

Abandonar Indochina para conservar África del Norte. Abandonar Túnez para conservar Argelia, abandonar Argelia para conservar Marruecos, abandonar Marruecos para no conservar nada...

Es el fin de la época colonial. Túnez no cubrirá ningún flanco. La independencia le ha sido con-

cedida a cambio de nada, o si se prefiere, a cambio de un poco de sosiego.

## BAJO DOS BANDERAS

Los estudiantes neodesturianos publican un semanario bien escrito y con una importante tirada, titulado «L'Action», en lengua francesa. Elementos posiblemente menos conformistas publican otro hebdomadario, en lengua árabe, llamado «Assabah».

Fuí a visitar a los primeros. La redacción está en el primer piso, en el núm. 17 de la calle Al-Jezire. Estaban el redactor-jefe, la secretaria y un par de empleados. Me recibieron no con simpatía, sino con efusividad. Con un istiglali no hubiesen estado más cordiales.

Les dije cómo había seguido la campaña de Burguiba por Es Sahel y que esperaba su regreso para celebrar una entrevista. Se interesaron por lo que iba a preguntar al jefe del Neo Destur y le mostré una copia de la carta que le remití desde Madrid.

En «L'Action» tuve una muestra de que la colaboración francotunecina ha comenzado ya. La señorita secretaria, veintipocos años, fina, bonita, asistía a nuestro diálogo.

Le pregunté si era tunecina.

—No. De París —dijo el redactor jefe.

—Sí. Soy parisina.

Fuí discreto. No hice más preguntas. Pero el caso merecía la pena examinarlo. En el Neo Destur, hasta ayer enemigo de Francia, tenían empleada una muchacha francesa... ¿Por qué? ¿Era neodesturiana? ¿Y dónde se le despertó la simpatía hacia el separatismo tunecino? ¿En París?

Posiblemente, en París. Y, probablemente, el corazón no sea del todo ajeno a esta conquista hecha por el Neo Destur.

Aj día siguiente volví a verla, única mujer en un grupo de jóvenes árabes. Estos neodesturianos han pasado todos por la Sorbona, que es la mejor fábrica de separatistas que se conoce en el mundo.

Se hallaban en un café que hay en el patio de unas galerías situadas junto a la avenue de Jules Ferry. No pude acercarme a sa-

ludables porque esperaba a otro grupo de neodesturianos que me habían señalado no sólo el local, sino hasta la mesa donde nos encontraríamos.

Llegaron puntuales y acompañados de dos «girl-scouts» árabes, que llevaban la cara descubierta, blusa de color marrón y falda clara. Les invité a que se sentaran con nosotros. Se disculparon por no poder aceptar la invitación porque era viernes (que, como es sabido, es el día de fiesta de los musulmanes) y tenían que postular en beneficio de los niños pobres.

—Cómpranos una tarjeta.

—Les compro diez si me prometen venir mañana. Tengo que preguntarles muchas cosas.

—Aceptamos.

En la tarjeta había un grabado de línea que representaba una niña y un niño mahometanos bastante escuchimizados. Costaba 100 francos tunecinos cada una.

Las muchachas se acercaban indistintamente a los franceses y a los árabes. Todos, aunque no les dieran nada, las acogían con simpatía. Un musulmán grueso, que se hallaba sentado cerca de nuestra mesa, les compró cincuenta.

—¿Recaudan mucho? — pregunté a los estudiantes.

—Mucho. Y eso que a estas chicas les ha tocado el peor distrito.

—¿El peor distrito es la avenida de Jules Ferry? Aquí están los mejores comercios, los cafés más elegantes...

—Sí; pero esto no son los zocos. En la ciudad árabe, hasta la gente más pobre contribuye con su óbolo a la obra de protección a la infancia mahometana. En los zocos de los oreros, de los sederos y de los perfumistas se hacen recaudaciones muy importantes.

—He observado que algunos franceses también adquieren tarjetas...

—¿Por qué no? Incluso, habrá quien pertenezca al grupo Presencia Francesa. ¿Qué tienen que ver las ideas políticas con la infancia necesitada?

—Ciertamente, nada.

—¿De qué quiere usted que le hablemos?

—En primer lugar, del asunto de la bandera. Ayer pasé por Bab el Bahar y sobre un alto mástil vi izada la bandera francesa. Oí algunos comentarios...

—¿A quién?

—A unos árabes.

—¿Qué decían?

—No fué mucho lo que pude oírles. Algo referente a que hace unos días había estado izada la bandera tunecina.

—Algo más oíría...

—No; nada más.

—Efectivamente. ¿Estaba usted en Túnez el primero de junio?

—No.

—¡Lástima! Se ha perdido el mejor espectáculo que se ha presenciado desde la derrota de Escipión.

—Me causaría inmensa satisfacción saber que Escipión había sido derrotado. Por desgracia, el vencido fué Hanmi Baal, al que nosotros llamamos Aníbal.

—Eso es lo que dicen las Historias que escribieron los romanos. Cartago no fué vencida por



El Círculo de Djerba, famoso lugar tunecino

Roma, sino por las tribus nómadas y por los mercenarios sublevados. Pasemos de los cuentos antiguos a la verdad moderna. El 1 de junio el pueblo de Túnez esperaba a Burguiba... Trescientas mil personas... Estábamos todos emocionados. La Goleta, llena de gente; el camino, también, y la avenida de Francia, y la plaza de Bab-el-Bahar... Yo, que vivo en la entrada de la Medina, vi un grupo de mujeres llorando. Se habían quitado los pañuelos y se besaban unas a otras. Los comerciantes, el personal que salía de la ciudad vieja por la calle de la Iglesia Católica, todo el pueblo se detenía y miraba a lo alto... La gente no podía apartar la mirada del rectángulo rojo y blanco... Yo lloré como lloran las mujeres... Creí que era que los convenios comenzaban a aplicarse.

—Y no era así...

—No. Parece que los teléfonos sonaron furiosamente entre el Ayuntamiento y la Residencia, entre la Residencia y la Presidencia del Consejo... Suponían que la bandera de Francia había sido arriada para izar la de Túnez, lo cual hubiera sido lógico y justo. Hubo quien se alarmó más de lo conveniente. Organizaron con rapidez una investigación. Los que izaron la bandera de Túnez no necesitaban arriar la de Francia, porque no estaba izada. No la izan más que sábados, domingos y días de fiesta.

Aquel asunto pudo terminar mal... La plaza de Bab-el-Bahar estaba rebosante de público. Aplaudían, enronquecían vitoreando nuestra enseña nacional... A las doce en punto se presentó un representante del Neo Destur que arrió la bandera. Después fueron elevadas juntas la de Francia y la de Túnez. A la gente no le gustó aquella especie de compromiso; pero se resignó y no sucedió nada.

Se dijo que aquel acto representaba la era nueva de la patria tunecina y que significaba la reconciliación de dos pueblos después de la firma de los convenios.

Permanecieron izadas hasta el lunes. Pasó la semana entera sin que volviesen a ondear. Otra semana más, y el sábado apareció sola la bandera de Francia.

—¿Presencia francesa?

—Tal vez, en este caso concreto, no... Esto ha producido irritación en Túnez. Es un incidente lamentable... De todas formas, en cuanto se ratifiquen los convenios, no flotará más bandera que la tunecina... ¿Verdad que es bonita?

—Preciosa... ¿Y si no se ratificasen?

—Es mejor no pensarlo.

Yo preferí pensarlo. Si no se ratificasen los convenios, ¿cuántas divisiones tendría que pedir Francia a la O. N. U. que le permitieran retirar de Europa? ¿Y se lo permitirían? Después de lo de Argelia se puede vaticinar que no.

### SI SOY UN VIEJO TURBANTE

Después de leída la propaganda del Neo Destur, es seguro que Túnez no continuará siendo una teocracia.

—¿Qué régimen han pensado ustedes instaurar? Quizá resulte un poco prematuro plantear esta cuestión.

—No, no lo es. Este problema que nos presentará el mismo día que se ratifiquen los convenios. El primero que tendremos que resolver... Túnez es una teocracia absoluta, únicamente en teoría. En la práctica, no. El Neo Destur piensa en una monarquía constitucional. Por fortuna el cambio se establecerá sin revoluciones ni violencias, como ha sucedido en otros países. Suponemos que las cosas sucederán de la manera siguiente. Su alteza el Bey pasará a ser Su Majestad el Bey y una vez que se haya realizado la ratificación, nombrará una especie de Consejo de la Corona y les encargará que preparen la Constitución del país, que primero será presentada al soberano, quien, a su vez, la otorgará al pueblo.

—Una especie de Carta Real, a la que no sería difícil encontrarle algunos inconvenientes.

—No algunos. Muchos. El primero que el pueblo no sería consultado... Otro procedimiento: que el Bey convocara elecciones para formar una Asamblea Nacional provisional. Esta Asamblea, en el término de un año, presentaría una Constitución a Su Majestad... ¿Le parece?

—Ya lo creo. Me gusta mucho Túnez. Procuren proclamar la República en unos meses que no haga demasiado calor y vendré a ver qué sucede.

—¿La República?

—El caso de Musadeq que no es fácil que se repita. En los países musulmanes las monarquías constitucionales no arraigan. O monarquías absolutas o repúblicas. Siria, Líbano, Pakistán, Egipto... El Neo Destur puede ser republicano. No hay nada que lo impida. A que sea absolutista se opone todo, la formación de sus dirigentes, su historia, su propaganda... Si se retrasa la independencia total, el pueblo se impacientará, recabará un cambio de Gobierno. De todo esto debe saber algo Faruk. Cualquiera caudillo Joven Árabe es un Kemal Pachá en potencia. Los valores de las mujeres y los turbantes de los hombres, están condenados ya.

—Usted es un Viejo Turbante...

—Desde hace cerca de treinta

años, desde que desembarqué en Larache. Reconozco que los Jóvenes Turcos han hecho grandes cosas en su patria pero no me siento con ánimo de cambiar de postura. Si era Viejo Turbante cuando tenía poco más de veinte años, ¡fígúrese ahora!

### UNA HUELGA TONTA

Los neodesturianos no se encuentran totalmente satisfechos con los convenios, pero los aceptan como una etapa en el camino de la independencia total.

—Sin duda que los derechos que se han concedido a Francia y a los franceses superan en amplitud a lo que es costumbre admitir en esta clase de tratados. De todas formas las exorbitantes concesiones tunecinas no modifican la naturaleza del contrato. Es menos grave para nosotros conceder ventajas en bienes y en dinero que tolerar un reparto definitivo en el ejercicio del poder. El contrato expresa la coyuntura de la hora, y el equilibrio de fuerzas del momento. Mantendremos al principio de la unidad de nuestra soberanía. Esta es, por ahora, limitada, pero la conseguiremos en su totalidad.

—¿Y para el porvenir?

—El porvenir no lo vamos cerrado y no siempre durará la hipoteca que sobre él pesa. El porvenir lo formarán los hombres que mañana tengan en sus manos el poder. Dispondrán de un instrumento, aunque imperfecto, que les permitirá si son hábiles artesanos, completar la obra.

Los redactores del periódico nacionalista «Assahab» no se manifiestan demasiado cómodos con la Presencia Francesa. Es de suponer que aludían a dicho grupo al decir:

—Algunos franceses de Túnez particularmente estúpidos consideran que la firma de los acuerdos es una catástrofe que les afecta en sus personas y en sus bienes. Dicen estar dispuestos a apartar las exigencias de la situación.

Por nuestra parte, opinamos que los convenios establecidos son un derecho legítimo del pueblo tunecino.

«Estas dos concepciones son muy dispares; pero estamos convencidos de que la razón y el derecho se impondrán a la His-



Plaza final de los bulevares tunecinos



El mercado Fun-Tatanin

toria y a la ceguedad de los preponderantes.»

«Los acuerdos francotunecinos son una parte de lo que se nos debe. Los que piensan de manera distinta, los que cierran deliberadamente los ojos ante la evidencia, son dignos de vivir con un siglo de retraso. No tienen puesto en un mundo en el que la libertad ha conquistado los espíritus. Los tiempos de la desvergonzada explotación han terminado para siempre... Que los franceses que se obstinan en la imbecilidad lo mediten.»

La situación a que se había llegado ha podido ser salvada por grandes esfuerzos y por concesiones hechas por los unos y por los otros en este litigio que parecía que no iba a tener más solución que la guerra.

Si las negociaciones hubieran fracasado, las cosas no se habrían limitado a la protesta de los países árabes en la O. N. U.

Quedan otros grandes problemas por resolver: Argelia y Marruecos.

Que el Parlamento francés no aceptaría los convenios sin discusión lo tenían equivocadamente previsto los árabes. Temían que ni siquiera llegaran al Parlamento francés; quiero decir al actual Parlamento francés. Una larga experiencia iniciada cuando terminó la guerra demuestra que los Gobiernos de Francia tienen poca solidez y poca duración.

No era de esperar que Presencia Francesa limitase su acción al Africa del Norte. La política

la extendería a París. Haría todo lo posible por que el acuerdo no se ratificase. Me parece que con ojos neutrales se ven más claras las cosas, pues no las enturbia ni la pasión ni las conveniencias personales. No compartía la opinión de los tunecinos porque a Francia no le quedaba más recurso que la ratificación.

Debo decir que en todas partes fui tratado con amabilidad y con simpatía. No hubo más que una ligera excepción, de la que hablaré después.

Los franceses con quienes hablé me expusieron sus puntos de vista y escucharon cortésmente mis opiniones, incluso los marxistas. Los españoles me obsequiaron constantemente, aunque no ignoraban que mis apreciaciones acerca de la política no eran las suyas. Me refiero a grupos de emigrados, de quienes me alegré extraordinariamente saber que se han situado bien en el beyelato. Algunos me invitaron a almorzar en sus casas, con sus familias. A nadie le oculté que era en Túnez un enviado especial de EL ESPAÑOL y que soy director de un periódico que fué fundado al principio de nuestra guerra y que en dieciocho años no ha modificado una tilde su línea política.

El mayor apoyo, lo que me permitió hacer bastantes cosas en un limitado tiempo, lo recibí de nuestro cónsul general, don Gonzalo de Ojeda, que me puso en relación con todo el mundo oficial y no oficial que pudiera

serme útil, y del canciller del Consulado, don Manuel Alexandre, que se puso a mi disposición y siempre que lo necesité me prestó su coche.

Pero, aunque en menor cantidad, también me prestaron su concurso un doctor español que es considerado como uno de los mejores de Túnez y todos los españoles a quienes me dirigí.

En lo que se refiere a los árabes desde Sidi Habid Burgui-ba hasta los vendedores de los zocos pasando por los estudiantes nacionalistas, las «girls scouts» y las damas que conducen la campaña antipolígama, no recibí más que amabilidades, favores y toda la información que les pedía.

He mencionado a los vendedores de los zocos porque una tarde que recorría la medina me detuve en la puerta de una tienda para preguntar cual era el camino más corto a Bab-el-Bahar. Sin duda, les extraño que un europeo dijese Bab-el Bahar (Puerta del Mar), y no plaza de Francia. Me preguntaron si era español. Insistieron en que tomara con ellos un refresco y me regalaron un alfiler con el retrato de Burguibá. No me lo puse —tampoco me hubiera puesto una insignia francesa—; pero agradecí el obsequio.

La pequeña molestia la tuve en la aduana. Los aduaneros, afectados por los convenios que les obliga a marcharse para ser sustituidos por funcionarios tunecinos, habían declarado la huelga más rara de que tengo noticias. Lo contrario de la de brazos caídos, la del excesivo celo.

Una manifestación de mal humor que no puede tener otros resultados, que hacer retrasar la salida de los aviones y que los extranjeros se pongan incómodos y nerviosos y se pregunten si les hubieran fastidiado tanto de haber sido sustituidos ya, por los neodesturianos.

A una dama italiana que se hallaba delante de mí, la marearon. Le preguntaron cuantos dólares llevaba. Los contaron, los volvieron a contar, le abrieron cuatro veces el bolso.

Cuando llegó mi turno se informaron de cuánto dinero tenía.

—Tres mil pesetas.

—¿Cuántos francos tunecinos son?

—No lo sé.

—¿Cómo no lo sabe?

—Porque no soy corredor de bolsa, ni empleado de banca. Soy periodista.

De todas formas el avión Argel-Madrid-Nueva York salió a su hora.

¡Qué huelga más tonta, y qué ineficaz!

## LA BATALLA DE LA RATIFICACION

La situación del beyelato era la de un período de espera, en el que todo quedaba sometido al bulo y al rumor. No se ven lo mismo las cosas desde Túnez que desde París. En la metrópoli podrán atreverse a ratificar los acuerdos. En Túnez meditarían despacio esta posibilidad.

En el caso de que no se ratificaran los convenios, preveíamos dos guerras, una en el campo con los fellaghas envalentonados, y al mismo tiempo, poseídos de una

Está a la venta el número 41 de

# "POESIA ESPAÑOLA"

en el que encontrará las firmas de

Manuel Alcántara, Benjamín Arbeteta, Javier de Ben-gochea, Ramón Cid, Francisco-Tomás Comes, José María Farias, Margarita Feal, Jean-Claude Ibert, Leopoldo de Luis, F. Martín Iniesta, Manuel Molina, José Miguel Naveros, Carlos Edmundo de Ory, Vicente Ramos y Félix Ros

terrible indignación, otra en las ciudades entre neo-desturianos y presencia francesa. Repetición del caso de Casablanca.

Las guerras coloniales son siempre duras y difíciles. Se asegura que la vecindad de un Estado árabe independiente constituye para el separatismo tunecino la ventaja de tener a mano un arsenal.

La guerra entre Francia y Túnez, en condiciones normales, la ganaría, indudablemente, Francia. El que haya perdido la de Indochina no significa nada. Estaba situada bajo otro signo político que la de Túnez, tenía enfrente a una nación de quinientos millones de habitantes, que, de haberles ido las cosas mal a los comunistas indochinos, hubieran intervenido de la misma forma que intervinieron en Corea, y tenían a Estados Unidos, escarmentados por la experiencia coreana y sin el menor deseo de que estallase la tercera guerra mundial por Vietnam, ni por Tonkin, ni por Camboya.

Si Túnez hubiera declarado la guerra a Francia, los franceses, si no querían tener un flanco al descubierto, tenían que ocupar Libia.

Rozar siquiera a Libia significa la guerra inmediata con todos los países de la Liga Árabe.

Supongamos que los franceses hubieran prescindido de la ocupación de Libia. ¿Les permitiría la O. N. U. que llevaran una guerra a sangre y fuego en Túnez? Seguro que no. Estos, hoy monárquicos y mañana republicanos, tunecinos estaban dispuestos a todo.

En Túnez había rumores para elegir. Unos franceses, otros neo-desturianos. El asunto de la bandera de Bab-el-Bahar lo considero un error. En nada ofendía a Francia que al lado de su bandera ondeara la de Túnez, ni aun en el caso de que no se ratificaran los acuerdos. Ratificados, tienen que arriar la suya de todas formas; igual que si hubieran perdido la guerra con una nación extranjera.

Los tunecinos tomaron a broma la reunión de los porteros y su acuerdo de oponerse a la ratificación. Preocupaban un poco más las conversaciones en las terrazas de los cafés de Jules Ferry y los conciliábulos que se celebran en los zaguanes de determinados hoteles.

Los dirigentes del Neo Destur no dieron señales de impaciencia durante la espera. Dos ministros que en lugar de hallarse en sus ministerios se encontraban en viaje de propaganda política neo-desturiana por el Pacífico regresaron a Túnez, llamados urgentemente por sus compañeros de Gobierno, para que tuvieran preparado todo el dispositivo que permitiera poner en marcha cuanto se refiere a la independencia interna de Túnez el mismo día que se ratificasen los convenios.

En pocos días quedó todo dispuesto. Los textos que hay que suprimir y los que les sustituirán, los cambios que se realicen, la sustitución de la Policía, la salida de jueces y magistrados franceses de las Audiencias, que el Neo Destur procurará que se



Entrada al Oasis de Tunicia

haga sin derramamiento de sangre y sin venganzas.

Existe el proyecto de constituir para el mes de octubre un nuevo Gobierno, cuya estructura y poderes parecen no estar todavía bien definidos.

### NUNCA AMORDAZAREMOS LAS CAMPANAS

—¿Tienen ustedes que resolver un problema religioso...?

—Nosotros... No... El Islám nunca a tenido problemas religiosos... A los musulmanes no nos importa la religión que puedan profesar los demás...

—De todas formas... En el beyelato residen todavía bastantes judíos, muchos católicos...

—Y algunos cismáticos griegos, y unos pocos protestantes y algún que otro cepto... No tiene la menor importancia. Por su número solamente dos grupos cuentan: el israelita y el católico. Los judíos han votado Neo Destur...

—No lo entiendo.

—Sí. En sus últimas elecciones para los rabinatos había dos candidaturas, una simpatizante con el neo-desturianismo. La otra comunizante. Triunfó la primera. La juventud judía publica un semanario, en lengua francesa, partidario de la independencia del país. El día de la llegada de Bur-

guiba salió a recibirle el Gran Rabino. Se abrazaron, conversaron. El solo hecho de que esperara al jefe del Neo Destur, entrañaba una significación neo-desturiana. La confesión religiosa no tiene nada que ver con la nacionalidad. Todos los judíos de Túnez son tan tunecinos como los árabes.

—¿Y los católicos?

—Con estos estamos, todavía, en mejores relaciones. No solamente en el beyelato, sino en París. En Francia existe una Asociación de Estudiantes Norte Africanos. Al terminarse el mes de Ramadán, invitamos a tres personalidades católicas para que compartieran con nosotros la comida de Aid-el-Fitu. Esta invitación, según lo manifestó nuestro compañero Malek Bernabi tenía una contestura psicológica, porque la cronología de un drama humano hay que buscarle una solución normal. En lo político, digamos actual, no hay que buscarle ninguna, porque un católico es exactamente igual que un musulmán dentro de la ley tunecina.

Durante mucho tiempo los musulmanes hemos vivido replegados sobre nosotros mismos, encerrados en nuestra frontera morales e intelectuales, anclados en



El Oasis de Tunicia en día de mercado

nuestra propia satisfacción Este aislamiento nos ha colocado al margen del mundo, como si formáramos una caravana que no tuviese más objetivo que atravesar el desierto.

—¿Conoce usted a Malek Bernabi?

—Personalmente, no, pero he leído su obra «Vocación del Islam». Pocas veces se han dicho cosas tan inquietantes en esta materia.

—Bernabi anima la confraternidad con los cristianos.

—No lo ignoro. Hasta donde me lo permiten mis ocupaciones sigo de cerca la nueva filosofía islámica. La sigo a partir del luteranismo mahometano de Ahmed Nacarch.

—La iniciativa de los estudiantes norteafricanos constituye una tentativa de evadirnos de la psicología monolítica que ha hecho del mundo musulmán un bloque.

Comunicación humana, contacto... Nuestros tres invitados fueron Robert Barrat, Luis Masignon y François Mauriac. «Imagino la intensidad de este instante de comunión del pensamiento en Dios. En un versículo del Korán dice: «A los hombres cuya amistad se fija más rápidamente en los musulmanes, los encontrareis entre aquellos que se llaman cristianos». Mauriac ha hablado del nuevo hecho de comprensión, de simpatía...

—No tan nuevo. Nosotros lo comemos desde el 17 de julio de 1936...

—¿Conocen ustedes la pastoral del arzobispo de Cartago?

—¡De memoria...! Por lo que nos concierne pueden continuar sonando campanas sobre la tumba de Salambó: «Ni aun en la más feliz de las circunstancias que pudiera hallarse el África del Norte, ni en la más fabulosa restauración de la herencia de nuestros muertos, pondremos mordaza a los badajos católicos».

—Yo también he nacido en una patria civilizada por Fenicia.

### LOS QUE TODAVIA ESTAN EN LA CARCEL

En el fabuloso recibimiento que el pueblo tunecino tributó a Burguiba faltaron 520 neodesturianos, y no porque fuesen disidentes de los métodos políticos patrocinados por el presidente, sino por-

que no les dieron permiso los carceleros para que saliesen a recibir y vitorear a su jefe.

Si, hay 520 neodesturianos en la cárcel. Parece un contrasentido que cuando triunfa plenamente su partido, cuando Francia reconoce la independencia de Túnez, estos hombres continúen en las prisiones.

Los estudiantes del Neo Destur consideraban el caso como una paradoja insostenible. Los presos se impacientan, el pueblo no se lo explica, y este hecho, que constituye un error tan grave, pero no tan visible como el de haber arriado la bandera tunecina de Bab-el-Bahar, le hace dudar de que exista buena fe por parte de uno de los contratantes, piensa que quizá todo sea un engaño, una manera de ganar tiempo.

Yo no creo que exista mala fe, pero si Francia acumula errores, va a ser imposible conservar una atmósfera serena.

En opinión de la juventud neodesturiana, están en la cárcel los que más han contribuido a «la victoria del buen sentido».

Mientras los convenios no fueran ratificados, la decisión correspondía al Gobierno, al Parlamento, al Jefe del Estado francés.

Antes de salir de París, Habib Burguiba se interesó por que pusieran en libertad a los neodesturianos.

Se comentaba que doscientos diecisiete detenidos serían libertados inmediatamente, y a setenta y dos se les reduciría la condena. Si se ratificaban los acuerdos, daba lo mismo que se la redujeran como no, porque sus correligionarios les pondrían en libertad el mismo día que se hicieran cargo del mando.

Entre los 520 detenidos había tres que estaban condenados a muerte. El Presidente de la República francesa les indultó. Cualquiera que fueran los delitos cometidos, indultarles era una necesidad.

Francia pudo apuntarse un tanto si, antes de la ratificación de los convenios, con un pretexto cualquiera hubiese concedido una amnistía total, porque no hay opción: o los liberaban ellos o los liberaban los neodesturianos.

Un poco fuerte, sí.

Pero los mismos franceses tienen establecido un precedente, precisamente en Túnez, donde, a raíz de una tregua, dieron unos documentos a los fellagáns, con los cuales se hallaban libres de que nadie les pudiera inquietar por ningún acto que hubiesen cometido con anterioridad a la fecha que estuviese extendido el documento.

Conviene, en circunstancias como éstas, tener presente el consejo del político. «NO INTENES LO QUE NO PUEDES DESTRUIR.» El Neo Destur ha demostrado que es indestructible.

¿Qué objeto tenía irritarle? Lo prudente sería no permitir que se le enfrie el aire, conseguir una atmósfera política de relativa convivencia, sin desconfianza.

—No sabemos por qué los franceses han tomado la iniciativa de introducir en un cuadro de amistad y de paz un elemento de discordia...

Se concibe que si alguno de los detenidos ha ido lejos en sus manifestaciones separatistas, las autoridades vacilen, pero no se puede excluir la posibilidad de que los hombres que los juzgaran sean víctimas de represalias.

Los jóvenes neodesturianos han hecho una solapada advertencia:

—Los hombres que se encuentran tras los barrotes han sido llevados, en la mayoría de los casos, a la cárcel por la injusticia, la violencia, la arbitrariedad y la ley del capricho... Su detención es un desafío a las leyes. Tienen que levantar esta hipoteca sobre la «entente» y volver definitivamente la espalda a la vacilante política de las medias medidas.

Si no se hubiesen ratificado los convenios no es difícil imaginar quiénes iban a recibir los primeros disparos y en qué casas colocarían las primeras bombas. En las de aquellos que han juzgado a los árabes con arreglo a una ley que no figura en el Corán.

Había una sofocada ira en el Neo Destur que un día cualquiera explotaría si la casi totalidad de los franceses no se resignan ante el hecho de la independencia de Túnez. ¿Por qué estas dos faltas estos dos errores—el de la bandera y el de los presos—que produjeron un mal-estar nada favorable a la mediana convivencia?

La decidida justicia puna está al acecho de una revancha que incuba desde hace setenta años. La Policía va a estar en sus manos. Toda la maquinaria judicial es neodesturiana. Los que han estado en la cárcel, los que sostuvieron un pleito cualquiera con un francés y lo perdieron, lo que resta de Viejos Turbantes se hablan con los ojos fijados en un edificio que no es la Residencia, ni el cuartel y mucho menos el arzobispado.

No es previsible cuáles serán las reacciones del Neo Destur triunfante ni si podrá ejercer alguna influencia entre elementos que van a resultar difícilmente controlables y que en la cárcel maduraron y perfeccionaron sus venganzas, pero, en todo caso, se puede tener la seguridad total, absoluta, de que unos hombres van a ser respetados por todos: los Padres Blancos. Y unas mujeres: las Hermanas de la Caridad.

El odio de Cartago a Roma se detiene a las puertas del Vaticano.



Típica estampa de un zoco tunecino

# MUSICA COMO APOSTOLADO



## LA MISION EN EL JAPON DEL MAESTRO JOSE IGNACIO PRIETO, S. J.

El sabio compositor director de la Schola Cantorum de la Universidad Pontificia de Comillas ha llevado a Oriente un mensaje de música española

### Una jira artistica que ha dado frutos de conversión

ERAN exactamente las doce de la noche del 12 de octubre de 1954. Un gigantesco avión de la S. A. S. aterrizaba en el extenso aeródromo de Haneda, a unos pasos de Tokio. Había despegado el avión del aeropuerto de Ginebra a última hora del domingo, y a media noche volaba sobre el cielo de Roma con dirección a la capital del Japón. Atrás quedaban El Cairo, Karachi, Bangkok, Rangún y la escala de Hong Kong.

En Haneda, representantes de la diplomacia, de la cultura y del arte japonés, esperan con impaciencia la llegada de un ilustre viajero español, que durante seis meses va a ser huésped de honor de todas las islas y provincias que componen la nación nipona. Viste el viajero sotana y fajín negros, usa gafas de gruesa ar-

madura y en su cabeza menu-dean ya las canas. El sabio compositor jesuita padre José Ignacio Prieto, director de la Schola Cantorum de la Universidad Pontificia de Comillas, lleva al Japón un precioso mensaje de música española y música sacra. Nunca los artistas, directores de orquesta y compositores de este pueblo amante y devoto de la música como ninguno, ni las masas inmensas de aficionados que llenaban los más espaciosos salones de teatro o las naves de los templos, vibraron con tanta fuerza y sintieron la pasión del arte con tanto ímpetu como la han sentido y vibrado ante la presencia del jesuita español cuando dirigía una audición de

El padre Prieto, entre recuerdos del Japón, en su residencia de Madrid. En la fotografía de arriba le vemos dirigiendo un concierto en el Hibilla-Hall, de Tokio



música coral o interpretaba al órgano las piezas maestras clásicas o modernas del arte sacro.

La actividad musical del padre Prieto en el Japón a lo largo de estos seis meses ha sido sencillamente agotadora prodigiosa en el trabajo, en la siembra y en el fruto. Conferencias donde se expone el estado actual de la música española, de la música sagrada y profana de Europa, dirección de conciertos en cuyos programas incluye siempre el jesuita nombres de los más significativos autores españoles y, sobre todo, el empeño del padre Prieto se cifra en la formación de un coro de cien voces con el que comienza su larga «tournée» por todas las islas del Sur. Hakata, Nagasaki, Kumamoto, Oita, Yamaguchi, Kyoto, la antigua capital del viejo Japón, Osaka, Magora, Himeji, Kure, Yokosuka... son algunos nombres de las muchas islas y pueblos que han visto pasar, con más premura de la que ellos quisieran, la venerable figura del padre jesuita y compositor español, repartiendo a todos un mensaje que en el Japón nunca se olvidará. Música como arte y música como apostolado que ya ha dado sus primeros frutos. Frutos de conversión.

Un día el padre Prieto, en Yamahahall, en lo más céntrico de Tokio, dirige una audición ante una inmensa muchedumbre que llena la sala. Es quizá la audición más trascendental de la jira. Al terminar, entre un estruendoso aplauso, se acercan a él grupos de eminentes compositores. Uno de ellos, el profesor Kiyoga, protestante, el mejor organista de todo el Japón, discípulo de Widor en París y concededor de la mejor música europea visiblemente impresionado, le dice en inglés:

—Hoy es una fecha histórica en Japón. Es la primera vez que se ha escuchado en Japón un coro de auténtica música religiosa. Nosotros, como japoneses, tenemos que estarle eternamente agradecidos. ¡Gracias, maestro, gracias! Y venga usted a menudo a Japón. Necesitamos sus enseñanzas.

#### EUROPA ESTA MAS CERCA QUE JAPON

El padre José Ignacio Prieto



Durante la entrevista que aquí publicamos, el padre Prieto nos muestra un programa de sus actuaciones en el Japón

ha vuelto ya de su «tournée». A su paso para Santander para incorporarse de nuevo a sus trabajos en la Universidad Pontificia de Comillas, le he visto y hemos hablado algunas horas en la residencia en el número 6 de la calle de Almagro tienen los padres jesuitas en Madrid. Hace ya algunos años que conocí al padre Prieto. Parece como si el tiempo pasase un poco al margen de este padre jesuita. Estos años no le han hecho mella. Ninguna arruga en su cara. Las canas creo recordar que tampoco son nuevas. En mi memoria me cuesta separar la figura del padre de su clásica batuta, un poco inclinado sobre el atril o erguido y recto en su tarima, trazando con sus brazos el compás de una partitura cualquiera. Hoy, si acaso, le encuentro un poco cansado. Medio año de trabajo intenso, repartido entre vagones de trenes, cátedras de Universidades y dirección de coros y conciertos, podría explicar el cansancio y hasta el postramiento.

—Sí, un poco de agotamiento, pero nada más. Para mí la música es mi segunda vida. Si me quitan la música, ya pueden enterrarme.

El mismo padre Prieto me explica cómo surgió esta jira.

—Estaba yo en Comillas. Un día recibí una carta de la Universidad de Música «Reina Elisabeth», de Hiroshima. Su director, el padre Ernest Goossens, ha sido el alma de la organización de este viaje, ayudado por varios españoles. Entre ellos Alfonso Nebreda y José Ignacio Tejón, dos discípulos míos que se encuentran en la Misión del Japón. El jesuita bilbaino padre Pedro Arrupe, un gran aficionado a la música, superior provincial y jefe de toda la misión jesuítica en tierras japonesas, puso también todo su interés porque mi música fuera conocida en sus Misiones.

Cuando el músico y compositor español monta en el tren y, por Hendaya, deja atrás la frontera, no es para dirigirse inmediatamente al Japón. En su maleta lleva, un apretado programa para tres meses en ciudades europeas. Le acompaña un gru-

do de alumnos comillenses y se queda en la abadía francesa de Solesmes, donde se ha organizado un curso de canto gregoriano al que acuden las más eminentes figuras de la música sacra.

En la abadía de Solesmes empieza el largo itinerario para el padre Prieto. En la ciudad alemana de Fulda, un Congreso internacional de música sacra moderna espera la intervención del maestro español. Con el Congreso colabora la Orquesta sinfónica de Francfort.

La aportación del padre José Ignacio Prieto al Congreso de Fulda no ha podido ser más valiosa. En el Salón Imperial de la capital alemana, un salón de conciertos de estilo XVII que se levanta entre típicos jardines y que recuerda al palacio de Versailles, ante un público selecto y artistas y compositores de catorce países, bajo la dirección del profesor Saballiesh, comienzan los primeros acordes de una obra maestra. Es la «Sinfonía cántabra», del padre Prieto, que por primera vez se oye en Alemania. El éxito no puede ser más rotundo. Aplausos cerrados apagan las últimas notas de la sinfonía. Por la mañana de este mismo día, los Coros de la catedral de Berlín, dirigidos por el padre Fuster, interpretaban la «Misa jubilar» del compositor español.

Acompañado del padre Paul Zurfruch, un sacerdote francés, de origen suizo, que dirige unos Coros en París, el padre Prieto recorre algunas ciudades del sur de Alemania, Austria, Innsbruck, Munich, Regensburg, donde permanece unos días como huésped de honor.

Ya quedan pocos días para emprender el largo viaje cuya última escala será Tokio. Antes, el cardenal Innintzer, de Viena, le invita a tomar parte en un nuevo Congreso de música. El padre accede.

Y es en Viena donde el jesuita recibe un día una carta breve y concisa del empresario de conciertos del Japón. La carta dice en pocas palabras: «No se olvide traer un frac. En Japón es prenda indispensable para un director de conciertos. En Europa le será más económico.»

Zurich es la última ciudad de Europa que pisa el padre Prieto. Dos días después, en el aeródromo de Haneda, el embajador español, el padre provincial de los jesuitas, el director de la Universidad de Música de Hiroshima y una representación de músicos, directores de orquesta y compositores de la capital japonesa daban la bienvenida al hombre que les llevaba el mensaje que ellos más agradecían. Era la media noche del 12 de octubre de 1954.

—En España—dice el padre—mi reloj marcaría la hora del día del Pilar.

#### EMBAJADOR DE LA CULTURA ESPAÑOLA

En la pequeña sala donde hablo con el padre jesuita hay una mesa redonda con un largo soporte. Encima se amontonan las revistas que los misioneros del Japón envían a España. Todas insertan largas crónicas que re-

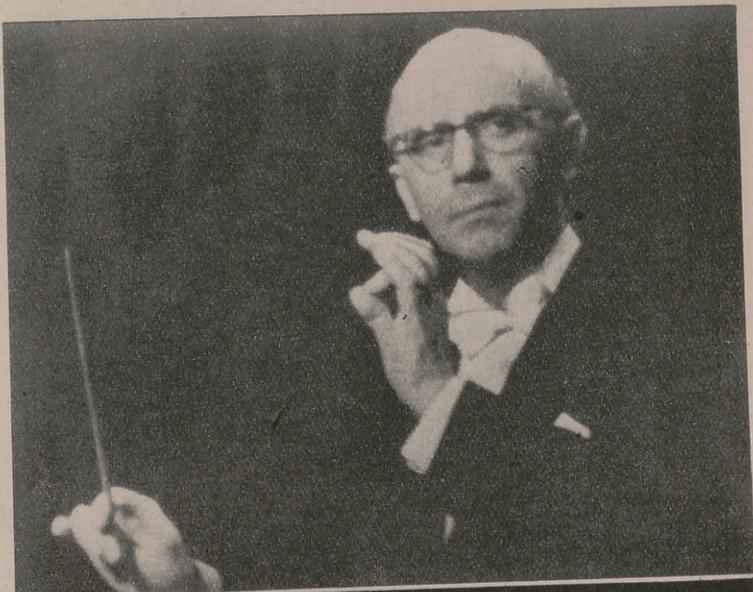
sumen la estancia del padre Prieto en aquellas tierras. Unas tienen el texto en francés. Las demás, en español, y la mayoría en unos garabatos ininteligibles. Me imagino que en todas se dirá lo mismo. Que la actividad, el trabajo y el éxito de este sacerdote español, en sus giras por aquellas ciudades, no ha tenido precedente. Que los seis meses les han parecido días.

—En el Japón todo es color. Hay ciudades y pueblos que deslumbran por su belleza, por su construcción, en una armonía perfecta y desconocida en Europa. Yo vengo profundamente conmovido por mi trato con aquellos hombres, que me abrieron sus brazos con una generosidad sin límites. El japonés es un hombre cariñoso que le gana a uno el corazón. Es un pueblo abiertamente acogedor. Los que son católicos se quieren como hermanos y miran al sacerdote como a un verdadero padre.

Al día siguiente de su llegada, en el hotel Mikkatsu, se celebraba la primera conferencia de Prensa, a la que acudían más de veinte periodistas. Todos los diarios de Tokio publicaban extensos reportajes y entrevistas sobre los más diversos aspectos de la música sacra y profana de España y Europa. Los marqueses de Orellana la Vieja daban una recepción en los salones de la Embajada para presentar al padre Ignacio Prieto al mundo japonés. En las columnas de la Prensa de Tokio, al hablar del jesuita, se le nombraba como al «embajador de la cultura española».

A las seis y media de la tarde del jueves 21 de octubre, en el Hibiya Hall, el mejor salón de conciertos de Tokio, con una afluencia de 2.600 localidades, el director de la «Schola Cantorum» de la Universidad Pontificia de Comillas, se ponía por primera vez ante la Orquesta Sinfónica tukiense para dirigir su primer concierto. El programa no podía ser más atractivo, de mayor interés. Junto a una «Obertura» de Mendelssohn, y el «Concierto para violín y orquesta», de Beethoven, el padre Prieto estrenaba en el Japón dos bellísimas composiciones españolas: «El sombrero de tres picos», de Falla, y la «Sinfonía sevillana», del maestro Turina. La danza de Manuel de Falla se conocía en forma de «ballet»; a Turina nunca se le había escuchado. La actuación no podía ser más brillante, más completa. El público japonés, recordadamente frío rompe los moldes de su frialdad para expresar ruidosamente su entusiasmo. Ha sido el primer eslabón de una cadena interminable de triunfos. De hoy en adelante los éxitos se contarán por actuaciones, por conciertos de orquesta y de coro.

A los pocos días, en el famoso Conservatorio Nacional de Ueno, corazón artístico del Japón, el padre despierta un vivo interés con una larga conferencia sobre las nuevas tendencias del arte religioso en España y en Europa. En los ensayos, el padre Prieto habla en un perfecto



Esta actitud del padre Prieto dirigiendo fué tomada durante un concierto televisado en el Yamaha-Hall, de Tokio

alemán; para las conferencias usa el francés. Mura Kami es el nombre del intérprete oficial que se le ha asignado al jesuita.

—Es casi increíble el deseo de aprender y de ponerse en contacto con las últimas manifestaciones culturales que tienen los artistas japoneses. Mis conferencias sobre música sacra y moderna se seguían con un interés palpitante. El órgano apenas se conoce. El canto gregoriano es también casi desconocido y les interesa y les atrae grandemente. Hay en Japón para el sacerdote un campo extensísimo que se puede sembrar con muchos medios. El japonés va careciendo de los viejos prejuicios. El arte y la ciencia, la música es un camino seguro para un apostolado que nunca se quedará sin frutos.

Son los primeros días de noviembre. En Hiroshima se espera ya con verdadera impaciencia la llegada del maestro español. Aquí le aguarda el trabajo más duro. Una brega incansable. Ciento quince alumnos y alumnas de la Universidad «Reina Elisabeth» componen el Coro que

el padre Prieto ensaya, a golpes de paciencia, durante ocho horas diarias en el salón de conciertos de la Universidad. Es el Coro que le acompañará por las islas del Sur.

Los ensayos se interrumpen a menudo. Ensayos por la tarde y conciertos por la mañana. En la Iglesia de la Paz, un templo conmemorativo que se ha a zado en Hiroshima a los diez años justos de la explosión atómica, hay un precioso órgano de la famosa fábrica Kaist, que la ciudad de Colonia regaló para el nuevo templo. Más de 2.000 personas, casi todas paganas, acuden una mañana a la iglesia de la Paz para escuchar de pie, durante dos horas, el primer concierto de órgano del padre Prieto.

Osaka es una ciudad de más de tres millones de habitantes. También Osaka entra dentro del apiñado programa. La Orquesta Sinfónica de Kansay, bajo la dirección del padre Jesuita, interpreta un nuevo concierto que respira a España desde el principio hasta el fin. Como fondo va el «Capricho español»; después, la Sinfonía española», de



Recuerdos de la gira artística por el Japón del director de la Schola Cantorum de Comillas



José Ignacio Prieto dando un concierto de órgano en el teatro de la Universidad protestante de Kyoto

Lalo. Otra vez la «Sinfonía sevillana», de Turina. El público, entusiasmado, pide con aplausos que nunca terminan la audición de otra pieza española. Las «Danzas de Tricornia», de Falla, concretamente. Como propina, la orquesta interpreta también «La pavana», de Ravel.

—Será para mí muy difícil olvidar las fuertes emociones vividas y sentidas en estos seis meses. Yo he visto cómo contaban el llanto artistas y compositores paganos o protestantes ante una audición de música religiosa.

#### CINCO MIL KILOMETROS CANTANDO

Por fin, el 20 de noviembre, el Coro de Hiroshima se hallaba preparado para la «turnée». El programa recogía prácticamente toda la historia de la música sagrada, desde la polifonía clásica hasta los más modernos compositores, como el mismo padre Prieto y el suizo Hilber con su hermosísimo «Justus et palma».

—De tres partes constaba el programa: clásica, la primera, donde incluí a Palestrina, Vitoria, Des Pres; una segunda parte de melodías gregorianas, para terminar con polifonías totalmente modernas: Otaño, Perosi, Prieto... Kiushu es la primera isla del Mediodía que recibe este mensaje. Las tres audiciones, se dan en el paraninfo de la Universidad protestante. Nagasaki es posiblemente la capital japonesa de más fervor religioso. Es católica en su gran mayoría. Inolvidable el recibimiento de estos católicos al Coro de Hiroshima. El día del concierto coral, los empresarios temen que los anfiteatros no puedan resistir y se vengán abajo. Al otro lado de la isla quedan Kumamoto y O-

ta. De regreso pasamos por el túnel submarino que une Kiushu al resto del país. Yo iba siempre mezclado con mi Coro. Son chicas y chicos de una sensibilidad artística extraordinaria. A veces me pregunto cómo pude conseguir en tan poco espacio este coro tan perfecto, y la explicación es sencillamente esa: la exquisitez artística de estos chicos y un trabajo constante y sin descanso. Desembarcamos en Yamaguchi. En Yamaguchi hay una iglesia de San Francisco levantada por un padre jesuita español, el navarro Moisés Donienzain. Allí tuve el gusto de ver en el altar mayor una bella inscripción que decía: «Gracias a la generosidad del Caudillo de España.» Dos días de descanso en Hiroshima, y el tercero reemprendíamos de nueva la jira. En total, 5 000 kilómetros cantando, compenetrándome cada día más con mis cantores y firmando autógrafos por todos los camerinos, con mi frac negro y mi corbata blanca de palomita. Y entre otras lecciones, para mí la más provechosa es ésta de que la música es una de las armas más poderosas para un apostolado eficaz. Con la maravillosa alegría del arte se pueden ganar muchas almas para Dios.

Mientras me habla, el padre Prieto me mira fijo a través de sus gafas. Hay un ademán nobilísimo y expresivo en sus manos y en sus ojos, como la llama que le brota de recuerdos inolvidables. El jesuita graba bien en su memoria aquellos gestos conmovidos de millares de paganos que, al final de un concierto de música religiosa, venían a besar sus manos y a rogarle que no los abandonase. Sí, él está convencido de que, con la maravillosa y sublime alegría de la música,

«se pueden ganar muchas almas para Dios».

Se celebra la festividad de San Francisco Javier, Patrón de Japón. En la iglesia de San Ignacio, de Tokio, hay fiesta mayor. El coro del padre jesuita interpreta su «Misa jubilar». Las naves del templo las ocupan hoy centenares de fieles, pero la mayoría son paganos que quieren oír una música nunca oída. Durante la misa se interpreta el «Cantantibus organis», del padre Otaño.

En el paraninfo nuevo de la Universidad femenina que dirigen las Madres del Sagrado Corazón se repite un programa para todas las organizaciones estudiantiles católicas. Muchas de las canciones el coro las interpreta en un castellano perfecto. Abre el acto monseñor Fürstengberg, internuncio de Su Santidad. Nuestro embajador hace resonar aquellos ámbitos con los acentos rotundos de la lengua de Cervantes que el profesor de Estética, señor Nomura, va traduciendo al auditorio.

Magoya, Kobe, la importante casa naval americana, Hiemeji, Kure, la Universidad de Seiseu de Yokosuka, suman dieciocho trascendentales conciertos.

Y el padre José Ignacio Prieto, después de este largo peregrinaje, cae verticalmente enfermo. Haría que ser de hierro. Ocho horas diarias de ensayo y el cuerpo magullado por largas noches de trenes daban como lógico resultado un postramiento total. En Taura, entre Tokio y Yokosuka, el padre jesuita se ve obligado a guardar cama bajo seria prescripción médica. La casa del padre es un jubileo de fieles y paganos, me de todas partes vienen a visitarlo.

—Yo de verdad no sé qué me impresionó más si mi música o mi enfermedad.

#### PADRE YO QUIERO RECIBIR EL BAUTISMO

El día 14 de enero el padre Prieto comienza de nuevos sus actividades musicales. Otra vez en Tokio. En su lista de conciertos figura uno de órgano retransmitido por las emisoras N B C de la capital. La Orquesta Filarmónica de Tokio, los coros de la radio nacional y coros de la orquesta Fujiwara interpretan las melodías vascas de Guridi y «Misa jubilar» y el «Morito Pititón» de Prieto que al público le llama poderosamente la atención.

En las giras musicales, además de cantar, se convive intensamente. Los ciento quince cantores que integran la turné no son todos católicos abundan protestantes y paganos.

Un día, estando el padre en Tokio, recibe una carta de Hiroshima. El remite dice sencillamente: Kuniko Nakagawa.

Es el nombre de una de las cantoras que le han acompañado en los largos viajes. Kuniko no es cristiana. Sus padres viven en un pueblecito a una hora de Hiroshima. Mil kilómetros le separan ahora del padre Prieto que en Tokio asiste por estos días a las últimas grabaciones de su «Misa dominicalis». Un párrafo de la carta que Kuniko escribe al jesuita dice así: «Padre, yo quiero recibir el bautismo. Quiero hacerme cristiana. Si fuera posible, mi deseo sería



cación y una misma llamada. La vocación del arte, de la música y la llamada de Dios. La mayor de los hermanos es Rosario, monja reparadora en Pou y organista durante más de veinte años en la iglesia de San Patricio de Nueva York.

El primer profesor de solfeo de José Ignacio es su hermano Luis que ya ha oído lecciones del maestro Guridi. En 1909, don Jenaro ya no vive en Gijón. Se ha trasladado a Bilbao, donde le han nombrado director de un grupo escolar. Luis se separa pronto de la familia para ingresar como hermano jesuita en Carrión de los Condes. Es el organista del convento.

Acaba José Ignacio de cumplir sus catorce años cuando termina en el Conservatorio de Madrid la carrera completa de piano. Los estudios los hace por libre, así, además de serle más económico a la familia, puede examinarse de dos cursos cada año. A los quince da fin a la carrera con los exámenes de armonía y órgano. En Bilbao, en la residencia que la Compañía de Jesús tiene en la calle de Ayala, el joven músico es un tiple de buena voz en el coro de cantores y pronto se gana el cariño y la admiración de los padres de la residencia. El padre Vilariño, León de Guevara y el padre Bastera saben ya que José Ignacio también quiere ser jesuita. Para sus padres, ni para don Jenaro, ni para doña Teresa, tampoco parece ser nueva la noticia que una noche, al volver de la residencia, le da el tercero de sus hijos.

Loyola, Carrión de los Condes. Oña, una temporada en el Monasterio de Silos junto al padre Germán Prado y en octubre de 1924, el joven jesuita que aún no ha cantado su primera misa, se hace cargo de la Schola Cantorum de la Universidad Pontificia de Comillas, recibiendo como herencia toda la formación musical y el sello de arte que el padre Otaño había dado a la Universidad.

—Un día supe que mi hermana menor, María Paz, también quería entrar en Religión. Mis padres habían sido siempre para nosotros un ejemplo vivo de virtudes cristianas. Al quedar solos, también decidieron hacerse religiosos. Mi padre entró como hermano en Carrión y murió en 1936 en Comillas. Mi madre profesó en las Adoradoras de Bilbao el mismo día que mi hermana. María Paz es ahora directora de música en un convento de Santiago de Chile.

#### LOS ENSAYOS DE STRAVINSKY

En Comillas, y por esta época, comienzan los primeros pinitos musicales del padre Prieto. De este tiempo es su primera canción que aparece publicada: «Llegas, mi amor, fatigado». Pronto, en la misma Universidad, encuentra el músico un gran colaborador. Un poeta de inspiración profunda, cuyo nombre irá siempre unido al del compositor. Su poesía va engranada a muchos pentagramas del

padre Prieto. Es el inolvidable padre Salgado.

«La canción del crisantemo», «Prisionero estais», «Pecho de Jesús herido», «Canción a la Virgen Dolorosa», se remontan a estos tiempos de los primeros años comillenses.

Los últimos estudios teológicos los hace el jesuita en Barcelona al tiempo que termina Composición y Contrapunto. Es cuando comienza a conocer y tratar a las grandes figuras de la música de entonces. En Barcelona están Más y Serracant, Juan Bautista Lambert, Franz Mars-hall, Juan Lamote de Grinón, el padre Antonio Masana, Enrique Morera, Pablo Casals. En el primer número de la nueva revista «Música Sacra Española» aparecen sus primeras composiciones, canciones religiosas a una voz.

Más y Serracant, el gran compositor, habla un día con el padre Ignacio Prieto. Tiene en sus manos un ejemplar de la revista. —¿Donde ha aprendido usted esta técnica nueva?

—Creo que esta técnica no la he visto en ningún sitio. Yo he leído a Ravel, a Stravinsky, a Debussy y he procurado asimilar y trasladar esta técnica al asunto religioso.

Desde entonces, al joven director de la Schola Cantorum de Comillas se le empieza a considerar como un vanguardista de la música religiosa en España. Muchos le critican su postura, sus tendencias modernistas. Él, sin embargo, cree sinceramente que en esas tendencias, en esta renovación, está la salvación y la esperanza del auténtico arte religioso.

Cuando llega a Barcelona, el padre Prieto ni conoce a Stravinsky, ni conoce su música. Un día, en la Ciudad Condal, tiene la suerte de conocerlo y de asistir a los ensayos. La música de Stravinsky «El pájaro de fuego», «La consagración de la primavera», los nocturnos de Debussy, el «Dafni y Cloe», de Ravel, el «Rey David», de Honneger, es como un mundo nuevo y maravilloso que al compositor español imprime un sello de original novedad en sus obras, dejando atrás los viejos moldes de antiguas técnicas sobre las que se sustentaba la música sagrada.

Terminados los estudios de Teología y ya ordenado sacerdote, en 1930 el padre José Ignacio Prieto vuelve de nuevo a Comillas. El padre Salgado le recibe con unas bellísimas composiciones poéticas: «Hogueras de San Juan», «A la mar fui por naranjas». Después el romance popular «Morito Pititón».

José Ignacio Prieto Arrizubieta queda ya consagrado como una figura eminentísima en el mundo de la música. Tiene admiradores, seguidores de sus tendencias modernistas y tiene también enemigos de su vanguardismo. Los dos elementos imprescindibles para que el verdadero artista logre, con su autenticidad, todos los pedanos de la fama.

#### LA BATUTA Y UNA ESTRELLA DE ALFEREZ

En el verano de 1936, el padre

Prieto se encuentra en Alemania. Ya han comenzado sus jornadas internacionales. Allí le llega la noticia de nuestra guerra. En Santander, muchas de sus obras, de sus partituras sin terminar habían sido arrojadas al fuego. Su padre acababa de ser asesinado por unos milicianos junto con otros jesuitas de Comillas. El 17 de octubre del mismo año el padre Ignacio está ya en España. Ha ido como voluntario y se le nombra capellán del Cuartel de Falange de Salamanca. El conoce muy de cerca la vida dura de los frentes y el Alto de Navafria de Somosierra, con el Tercio de Santiago, o el monte Garante de la Casa de Campo y sufre las nevadas y el frío en las trincheras de Teruel. Hospitalizado en Zaragoza y liberado ya Santander, aprovecha una oportunidad para visitarlo. Es el tiempo de Semana Santa. La Schola Cantorum de Comillas interpretará, como siempre, los cánticos litúrgicos en las solemnes ceremonias de estos días. El padre José Ignacio Prieto, conveiente en Valdecilla, sube a la Universidad Pontificia y, con uniforme de oficial, con su estrella de alférez en el pecho y la batuta en la mano, dirige el repertorio sacro de la Schola.

Otra vez en el frente. Ya está la guerra para terminar y es este padre jesuita quien en Madrid dice la primera misa de campaña, en la puerta del palacio de Arquitectura. En 1939, con su licencia de soldado, que ha visto acabar la guerra, en el bolsillo, regresa definitivamente a Comillas para reanudar un período de abundante creación musical. La «Misa Jubilar» y la «Sinfonía Cantabra», son quizá, las obras más significativas de esta época.

En la Universidad Pontificia de Comillas, un poco aislado de otras dependencias, hay una habitación sencilla y humilde con unas estanterías de libros y un piano que ocupa las tres cuartas partes de la sala. Una habitación de espaldas al mar y de frente los Picos de Europa. Allí pasa el padre José Ignacio Prieto las mejores horas del día sobre las teclas del piano o haciendo vigilia del sueño para trazar en infinitos pentagramas los garabatos de fusas y corcheas.

—Padre, ¿se puede hacer música religiosa sin tener un profundo espíritu de hombre religioso?

—No. Desde luego que no. Lo que no es necesario, ciertamente, como creen algunos, es ser sacerdote. Franz Phillip en Alemania y Juan Bautista Hilber en Suiza son buenos ejemplos.

—¿Volverá usted alguna vez al Japón?

—Si de mí dependiera, muy pronto. Esa es una esperanza que siempre tendré. Quienes conocen el Japón, y sobre todo, los que lo hayan visto con ojos de sacerdote, comprenderán que aquellas tierras tienen un fuerte atractivo para un apostolado con frutos de buena cosecha.

Ernesto SALCEDO



TROFEO DE ORO de GONZALEZ BYASS

# LOS BUENOS TIRADORES...



*Tomán siempre*  
**SOBERANO**  
 hielo y sellz. el perfecto  
 high-ball (jaibol)  
 Calma la sed plenamente,  
 refresca y enlona

  
**GONZALEZ BYASS**

*Excursions de Madrid y alrededores de cercanías*  
*Madrid Sightseeing and surrounding excursions*  
*Visite de Madrid et excursions aux alentours*

75 Ptas.	75 "	300 "	320 "	175 "
<b>VISITA MADRID</b> SIGHTSEEING OF MADRID VISITE DE MADRID				
TODOS LOS DIAS (Excepto Domingo) EVERY DAY (Except Sunday) TOUS LES JOURS				
<b>FIESTA CAMPERA</b> SABBATH SATURDAYS SAMEDIS				
TODOS LOS DIAS EVERY DAY TOUS LES JOURS				
<b>TOLEDO</b> 200"				
<b>ESCORIAL</b> 175"				
<b>TRAMBUZ</b> 175"				
<b>COVIA-LA GRANJA</b> 250"				
<b>DOMINGOS</b> 275"				
<b>4950</b>				

EN VISITA GRANDE MA...  
 SA ALGEBRA CADIZ...  
 SEVILLA ET CORDOBE

La agencia de viajes ofrece un amplio programa de excursiones

### "Usted haga las maletas, nosotros haremos lo demás"

LA avenida de la Opera de París está en el centro mismo de la capital de Francia. Gentes de todos los países pasean por sus aceras, curiosean los escaparates de los comercios de lujo, entran en las tiendas de modas, en las joyerías, en las casas que venden típicos objetos. Hay también en la misma avenida muchas agencias de viajes. En sus escaparates se muestran colecciones de anuncios de la India y de la Argentina, de Oslo y de San Francisco. En el número 31, en la acera de la derecha, dejando atrás el teatro de la Opera, puede verse un establecimiento que destaca sobre todos por la gracia y la suntuosidad de su instalación. Sobre la puerta, un rótulo presentado en una

graciosa y diminuta tipografía: Viajes Meliá, S. A. Allí está España, con sus carteles de Sevilla, con sus fotografías de Mallorca, con sus paisajes de la Costa Brava, con piezas de porcelana cocidas en las fábricas españolas y con encajes de Almagro y cuadros de nuestros pintores modernos.

La gente pasa ante la Agencia de viajes y todos dedican una interrogadora mirada a sus escaparates. Algunos se detienen y se quedan como sugestionados ante un dibujo de la Giralda, tocada con la clásica mantilla. Marie Louise Bernet lleva dos minutos de muda contemplación. Es rubia, delgada, joven y bonita; va vestida con una sencilla blusa blanca y una falda a cuadros de

# ESPAÑA LMA LA ATENCION EN LOS ESCAPARATDE LAS AGENCIAS VIAJES

LAS EXCURSIONELECTIVAS GARANTIZAN AL ISTA TODAS LAS COMODIDADES NECESITE

NUESTROS GUIAS TIFAMA DE INSUPERABLES ENTRE LOSTRANJEROS QUE NOS VISITAN. UNA ORGANON PRESTIGIADA POR SUS EFICACEVICIOS



Oficina en París de una agencia española de viajes



Todos los medios para hacer turismo, pero siempre mejores confiándose a la orga de una agencia



vistosos colores. A ella se le ha acercado un caballero:

—Mademoiselle; España es como la pintan en esos carteles: el país más alegre y simpático... Y ya ve, está tan cerca de París que por muy poco dinero se la puede visitar de Norte a Sur... Aunque no piense ir ahora, no pierde el tiempo si entra en este establecimiento para que le regalen unos folletos y le hablen y le expliquen lo cómodo y económico que es hacer una excursión por ese país...

Marie Louise Bernet entra en las oficinas de la agencia. Un cuarto de hora más tarde camina ya por la avenida de la Opera de París con el billete para hacer un recorrido por España de once días de duración. San Sebastián, Burgos, Madrid, Toledo, El Escorial... al alcance de esta jovencísima francesa por poco más de las tres mil pesetas, traducidas a francos. El caballero que se acercó a ella es un empleado de la agencia que, por este original sistema de propaganda puesto en práctica, es el agente turístico que ha persuadido a cientos de personas a entrar en la agencia de viajes, los cuales luego, en buen número, han sido un turista más entre los que vienen a nuestro país en un viaje colectivo.

El turista extranjero que llega a España, aparte de este singular y original método de atracción, tiene tres fuentes de información: la agencia, la propaganda mural e impresa y los amigos. Porque los amigos que vinieron antes a España dan el ciento por uno.

—Vete en grupo, chico.  
 —Lo más cómodo, lo más barato.

—Te enteras de todo, viejo... Y el turista, comprobado el consejo, regresa satisfecho; esa es la verdad.

Las casas españolas de viajes en el extranjero han conseguido superar a la mayoría de las que se dedican a la misma actividad. Con la confianza en la organización magnífica de nuestras entidades, tres mil agencias norteamericanas trabajan en colaboración con las españolas para que éstas se hagan cargo de los viajeros que cambian el otro Continente por la visita de nuestro país. Un ciudadano de Texas que viene a España con un billete extendido por Cook o por American Express, tan pronto como llega a Irún o a Vigo se pone en manos de Meliá, o Marsáns, o Conde, o Cafranga, o cualquiera de las buenas agencias españolas.

### CUARENTA Y CINCO MUCACHAS NORTEAMERICANAS EN DOS AUTOBUSES ESPAÑOLES

Viajar en grupo, viajar por agencia, tiene sus ventajas; sus innumerables ventajas. Entre ellas, las de poder enterarse de infinitos aspectos característicos de las ciudades en un espacio de tiempo infinitamente más corto que si se hiciera el viaje por sí sólo. Viajar por agencia representa, para el turista medio sobre todo, la seguridad de saber que de una fecha a otra no tiene por qué preocuparse de alojamientos, de billetes, de entradas ni, en muchos casos, de pasaportes.



Como un cartel en la calle la agencia llama la atención del turista

En este sentido, en el sentido de economía, de aprovechar el tiempo, de suponer para el turista que llega de fuera o para el mismo viajero español un viaje en España auténticamente rentable, las agencias españolas de primera fila son, evidentemente, las mejores del mundo. Las mejores del mundo para visitar a España. Y también, en muchísimos casos, para visitar el mismo mundo.

«España en la palma de la mano». He aquí el objetivo feliz que han encontrado, por ejemplo, esas cuarenta y cinco muchachas del Hollins College de Norteamérica que visitan actualmente Madrid.

Todos los años, el Hollins College, al finalizar el curso, en premio a sus alumnas, organiza un viaje por el extranjero. Y este año, por primera vez, ha sido incluida España, con preferencia sobre todos los demás países europeos.

A la frontera de Francia fueron el día 18 a recogerlas dos magníficos autobuses de una de las mejores agencias españolas: Viajes Meliá.

Las cuarenta y cinco muchachas, al llegar a España, lo primero que preguntaron a las dos guías españolas que las dirigen, explican y enseñan las ciudades, ha sido que dónde se vendían mantillas de madroños.

—¿Y mantones de Manila?

—¿Y castañuelas?

—¿Y sombreros anchos?

Y todo. Porque la gran ilusión de estas jovencísimas colegialas es comprar en España.

Andalucía ha sido visita principal para ellas. Una muchacha pelirroja espigada, alta y esbelta, escribió a su casa la siguiente postal:

«Queridos padres: Estoy muy bien en España. Este es un país maravilloso. Hemos estado en la Alhambra en Granada. Me he hecho fotografías en el Patio de los Leones, al lado de la Sala de Abencerrajes, en la que fueron degollados los caballeros de dicha familia y su sangre recogida en la fuente de mármol blanco que está en el centro del salón... Me he hecho otra fotografía en el tocador de la Reina, en lo alto de una torre... Estuve con Margaret, pensando en nuestras cosas, junto al jardín de Lindaraja, un jardín precioso, lleno de flores, de rosales, de mirtos, de naranjos y de limoneros, de fuentes de alabastro...»

La muchacha pelirroja que escribía a su casa, allá en los Estados Unidos de América, había aprendido todo aquello solamente en las explicaciones del día.

Luego han continuado el viaje a Algeciras, y a Sevilla, y a Córdoba, y a Madrid. Y han estado también en la fiesta campera de la finca «Los Labajos», toreando, ellas mismas, a los becerros. Y se irán contentas de España y de la Agencia. Porque mejor no ha podido ser enseñado, explicado y desmenuzado el país que ellas, por elección propia, han escogido.

#### LA MAYOR EXCURSION COLECTIVA: DOS MIL VIAJEROS EN UN DIA

La clásica forma de viajar en grupo es la del autocar. Sin embargo, hay quien, para los grupos colectivos, utiliza el avión.

Todos los años aterriza en España un avión especial que llega de Colombia. Es un grupo de turistas colombianos que vienen, sin falta, de visita. La agencia Meliá ha sido la que los ha traído.

Hacia el mes de enero, en la recepción de la Agencia, se recibe, poco más o menos, la misma carta.

«Ya sabe usted, señor director, que vamos este año para Semana Santa. Y queremos ver la de Sevilla. Disponga usted todo lo mejor que le guste. Ya sabemos que ustedes siempre lo hacen de la mejor manera imaginable».

Y a la Semana Santa sevillana, desde hace cinco años, sesenta colombianos, atravesando el océano por el aire, llegan en avión. Mil dólares ha puesto cada uno para la empresa. Porque desde España, luego, irán a Tierra Santa. Y después, como añadidura, otros países de Europa. Pero España antes que nada. «España, lo mejor del mundo entero». Esta es, ni más ni menos, la opinión de los pasajeros.

El viaje colectivo agrupa a toda clase de personas. Ahí están los seis carteros y los cinco cocineros que se juntaron en una misma expedición desde París, o el estudiante libanés que se enamoró en el viaje de una doncella parisina o el bombero de Estocolmo que aprovechó sus vacaciones para venir a tomar el sol de España. El sol de España es, para los nórdicos principalmente, un atractivo fenomenal.

De viajes colectivos grandes,

enormes, de muchas personas, el mayor registrado en España ha sido el que nos hicieron recientemente los guardias marinas de la Escuadra norteamericana.

Un día en Toledo se juntaron dos mil guardias marinas, todos altos, todos rubios, todos uniformados, todos con aspecto de artistas de cine, de película de guerra marinera. Todos aprendieron perfectamente la epopeya del Alcázar o la técnica maravillosa del Greco o la leyenda poética de las calles silenciosas.

—Primero a navegar, después viajar en autocar por España.

Este ha sido el más sincero elogio de un muchacho impecable de Carolina del Sur.

En el viaje colectivo, el turista goza de fiestas y de atenciones que, en solitario, ha de carecer de ellas forzosamente. Por ejemplo, en Valencia, siempre que hay batalla de flores, ATESA viste a sus viajeros con trajes típicos, los monta en una carroza y a divertirse, en la guerra incruenta y perfumada.

Diariamente entran por nuestras fronteras varios centenares de autobuses con viajeros que vienen a España. Y vienen, además de por motivos clásicos, por el enorme prestigio de nuestras agencias. La seriedad, la formalidad y la seguridad forman el trío de valores permanentes de nuestras entidades. Todo's los usuarios, como veremos luego, lo reconocen.

Las agencias españolas no solamente traen viajeros de otros lugares de fuera de España, sino que, ellas mismas, en un alarde inigualable, proyectan y realizan viajes fantásticos. Ahí está, por ejemplo, el fabuloso viaje a los Santos Lugares organizado y dirigido con maestría maravillosa por la agencia Marsans. Cinco mil doscientas pesetas por ir a Palestina, incluido guías, hoteles y transportes. 167 personas se beneficiaron del alarde. Siria, Grecia, el Líbano, Palestina, la travesía del desierto en segurísimos automóviles ya comprobados por la organización, hicieron el mejor recuerdo inolvidable de la empresa. Si una persona hubiera intentado hacer esta expedición por su sola cuenta, aparte de haber empleado un tiempo mucho mayor, se habría encontrado con que los gastos, al final, le habrían subido exactamente el doble. Esto, además de la seguridad en la información, es otra de las buenas cualidades de esta forma de turismo.

#### UN MODELO ESPAÑOL DE AUTOBUS TURISTICO COPIADO EN EL MUNDO: EL «CHATO»

Se viaja por muchas razones: por negocios, por motivos familiares, porque el médico recomienda un cambio de aires y por descansar del trabajo diario viendo otros paisajes y conociendo otras costumbres. Pero tanto el que va por necesidad como el que se traslada por recreo pide un viaje cómodo, seguro y atractivo. El avión es el medio de transporte ideal para llegar con rapidez a un Consejo de Administración en Berna o a una reunión científica en Copenhague.

Hay quien desea ante todo la posibilidad de ver paisajes y tipos humanos y busca el ferrocarril. La carretera es la ruta ideal para el propietario de un coche o para quienes viajan en excursiones colectivas. En el mar, una travesía trasatlántica en un buque moderno no ha perdido prestigio entre los turistas, porque, además de poder llevar consigo un voluminoso equipaje, esperan encontrar a bordo la distracción de una fiesta de noche o el paseo sentimental sobre cubierta.

Maneras de viajar, pues, infinitas.

Al llegar a la estación de Barcelona, de Valencia o de Madrid nunca falta la estampa de dos o tres empleados uniformados que esperan a los viajeros junto a la locomotora. Sobre la gorra o bordada en una manga va una leyenda: viajes Lugar, Marsans, Meliá, Cafranga... Cuando se les aproximan los viajeros se descubren y saludan:

—Señor Dupont, ¿ha tenido buen viaje desde Irún?

—Mister Lee, ¿no ha sufrido ninguna molestia en el camino?

Monsieur Dupont y mister Lee son dos recientes viajeros que, a pesar de no ir con un grupo, han pedido a las agencias que les organizaran su excursión, y van de ciudad en ciudad encomendados a los empleados de aquéllas, los cuales tienen todo dispuesto, desde el billete para el próximo tren hasta la habitación con baño en el hotel.

Si el turista viaja por carretera, vaya solo o con la familia en su coche propio, o vaya en una excursión colectiva, cada año en el camino o almuerzo en ruta han sido previstos por la agencia. Cada vez que se entra en un parador—en Gredos o en Bailén—puede verse en el comedor un buen número de mesas con un cartelito encima que dice: «Reservada». A poco van llegando ante el establecimiento los autobuses con los viajeros.

Los viajes por carretera organizados por las agencias para grupos son los elegidos por la mayoría de los extranjeros que nos visitan. Fuera de España son conocidos la calidad y el confort que ofrece la flota automóvil de nuestras Casas de viajes. Algunos otros países pueden disponer de mayor número de coches, de acuerdo con el volumen de su turismo, pero ninguno nos aventaja en poseer el último modelo de autobús ni el mejor. Son esos autobuses que ruedan por todas las carreteras, pintados de colores alegres, con el techo de plástico para facilitar la visibilidad, con su interior dispuesto como un salón, con butacas adaptables a todas las posturas que quiera el viajero. Lavabos, bares, clima acondicionado, altavoces para hacer llegar a todos las explicaciones del guía, aparatos para grabar la voz del turista inglés que se sienta capaz de entonar unas sevillanas al pasar ante el parque de María Luisa.

Las agencias españolas han cuidado tanto el material automóvil, que Meliá, por ejemplo, ha hecho popular en todo el mundo un modelo creado por ella. Son los «chatos», con capacidad para ocho viajeros, cuyas



Una pareja de turistas, plano en mano, recorren las calles de Madrid, buscando lo que debe verse

características han sido reproducidas más tarde en otros países. Es lema de esa agencia el poner en servicio—ella antes que nadie—el último modelo de autobús. O se adelanta realizando uno propio. «Leoncino» es el nombre del más reciente autobús de la Empresa, un autobús de línea moderna, cómodo, manejable, capaz para quince plazas. Un hermano mayor del «chato».

Tantas ventajas ofrece una excursión colectiva en un «Pegaso», en un «Leoncino», que son muchos los viajeros que no se muestran propicios a ponerse en camino si no es en una confortable butaca de cualquiera de esos autobuses. Muchas veces una expedición en grupo no se realiza por falta de inscripciones, y entonces la agencia, fiel al viaje ofrecido, facilita la excursión individualmente y por el mismo precio.

—No, señor. Si no puedo ir en grupo renuncio al viaje. Me aburre ponerme en camino solo, sin posibilidad de hablar con nadie,

sin ocasión de cambiar impresiones sobre lo que veo...

La seguridad de no perderse nada es también argumento poderoso.

—Si mi viaje no va organizado por una agencia, resulta que luego no me entero de nada y dejo de ver lo más importante... Fui sola a Madrid desde Londres para recorrer los museos de pinturas y cuando cogí el tren de Sevilla un señor me dijo que no había visto el de la Academia de San Fernando, ni la casa de Sorolla... Viaje perdido, en parte...

Un buen punto para presenciar el paso de turistas es, por ejemplo, cualquier bar de Puerta de Hierro, en Madrid. Cuesta de las Perdices arriba pasan uno tras otro autobuses de todos los tipos y tamaños, con viajeros de todas las nacionalidades, que se dirigen a El Escorial. Siguiendo los pasos de esos vehículos es frecuente contemplar el coche de turismo que se lanza resuelto a coronar la cuesta con un remolque detrás. Son los turistas que viajan por todo el continente, por

toda España, con su casa. Con una casa sobre ruedas con dormitorio, ducha y comedor, sin faltar la despensa ni los muebles para organizar una cómoda terraza bajo un toldo. Ante los surtidores de Puerta de Hierro se detiene un «Renault» de matrícula francesa, con su remolque correspondiente:

—Venimos de Burdeos y hemos hecho etapas en todos los sitios bonitos del camino: Lasarte, Victoria, Pancorbo... Ni mi mujer ni mis dos chicos pequeños hemos echado de menos ninguna comodidad de nuestra casa de invierno...

El chalet de recreo en Cercedilla o en S'Agaró ha sido sustituido por una casa elemental, sobre ruedas, arrastrada por un «Simca» o un «Wolkswagen», la cual abre sus ventanas a todos los paisajes y a todos los aires.

Las agencias españolas también proporcionan, si se lo piden, esta clase de vehículos. No está lejos el alquiler de uno de estos remolques por Joan Fontaine, por Olivia de Havilland y por Orson Welles, cuando estuvieron rodando en España los exteriores de sus películas.

#### «UNA PARADA CADA DOS HORAS PARA MAQUILLARSE»

—Lo que más me ha gustado de España es que me recuerda California...

Esta es la opinión de una norteamericana que ha recorrido nuestro país.

—Hay tierras que viéndolas me parecía estar en la Pampa.

—España es muy bonita y tiene paisajes que muy bien pudieran ser italianos...

Cada viajero da su impresión, y pocas veces coincide la de un argentino con la de un italiano o un francés. Hay quien dice de España, con buen espíritu observador:

—No hay nada como hacer un viaje a lo largo de la Península. En todo el mundo no se puede encontrar un país semejante a España; la variedad aquí es única...

Si las impresiones del país son múltiples, los viajeros coinciden, sin embargo, al referirse a los servicios prestados por las agencias españolas. La organización, el trato amable de sus empleados, el estudio y la selección de los lugares a visitar, la comodidad y los precios reducidos son aspectos alabados unánimemente

por todos. Las agencias, para perfeccionar su funcionamiento y para subsanar las deficiencias que se puedan producir, entregan a todos los viajeros una especie de tarjeta postal, con el franqueo pagado, para que al finalizar la excursión consignen en ella su parecer.

—Visitar las catedrales y las antiguas ciudades españolas compensa el viaje desde Washington. Pero es difícil desenvolverse uno por sí solo entre las callejuelas de Toledo... Hay que ir con un grupo colectivo.

Así se expresa mister Thompson, venido desde la capital federal de Estados Unidos. Mister Waldeck tiene otros puntos de vista:

—Mi viaje por Andalucía con la agencia ha sido perfecto. Los hoteles, muy buenos, con el inconveniente de que en Córdoba no es posible dormir desde la madrugada: a las cinco los gallos empiezan a cantar.

Mister Waldeck no era partidario, por lo que se ve, de las granjas avícolas.

Hay mujeres que también tienen su opinión. Como esa señora canadiense, Emma McParr, que, preocupada por su belleza, decía:

—Todo muy bien, pero encuentro que los autobuses debían de pararse cada dos horas para poderme maquillar.

He aquí opiniones del viajero. Sinceras, sin forzamiento. Una cosa se deduce, junto con los naturales contrastes: por España se puede viajar con delicia total.

#### UNA AGENCIA ES UN ARCHIVO VIVIENTE

Para que esto sea posible, para que el viajero que llega a España se sienta mejor que en su propia casa, para que a unos les recuerde un lugar, y a otros otro, y a otros nada, porque España es distinta; están, en organización perfecta, las agencias de viajes españolas. Todas, dentro cada una de su potencia, presentan la misma calidad.

Pero para que una agencia de viajes funcione, y funcione bien, y el cliente salga contento de ella, como de las españolas, se necesita una organización, una atención y un sacrificio en el trabajo como las de cualquier director de las agencias españolas, que, en muchos casos, llevan su nombre. Don José Meliá o don Enrique Marsans pueden servir de prototipo.

Una agencia es ante todo un archivo viviente. Ficheros de cada ciudad del mundo, de cada itinerario de ferrocarril, de cada red de carreteras, de cada horario aéreo o marítimo; reseña detallada de todos los monumentos artísticos importantes, de todas las fiestas seguras y de todas las probables, de todos los hoteles nuevos que se hacen o que se dejan de hacer.

—Para ser un buen director de una agencia de viajes es preciso ser geógrafo, economista, hotelero, folklorista universal, conductor, poliglota y, sobre todo, hombre de recursos. Porque en cualquier momento habrá un extraño cliente que busque una extraña excursión rara. La agencia ha de estar siempre dispuesta a ofrecerle una solución.

El personal es factor indispensable para el éxito. Dos personas inmediatas llevan la confianza o la desconfianza a los viajeros. Son el conductor y el guía.

Cuando un conductor es seguro, eficiente, experto, insuperable —ahí están como un ejemplo que reúne en sus nombres a todos los compañeros: Lucinio García Millán o Enrique Rodríguez Moreno—, el conjunto turístico se siente satisfecho, seguro; cuando un guía es atento, culto, elegante, cordial y comprensivo, el viajero volverá al año que viene por la misma entidad. Podemos proclamar con justicia y con orgullo que nuestros guías son insuperables. Es igual que sean hombres—Julián Vinagre, Juan Phost, Augusto de Castañeda—o mujeres—Susana Vila, Ingrid Egea, Conchita Avial—; al guía español se le recuerda, y se le recuerda para bien.

Luego viene la «operación excursión».

—Primero el planteamiento; después la propaganda; después la inscripción de los pasajeros y después la ejecución. Esta es la etapa más difícil, la etapa del éxito o del fracaso.

Las agencias españolas—ahí está la demostración de que en España el turista se encuentra satisfecho de sus servicios, con ese millón anual de aumento de visitantes—van de éxito en éxito. El turista se entera de lo que ve, disfruta, no se cansa y, encima, ahorra dinero. Más, la verdad, no se puede pedir.

#### CADA TURISTA TIENE SU GUSTO

Cada turista, según su procedencia, tiene diferentes motivos de ilusión para querer venir a España. Según los grupos, según las nacionalidades, los gustos son totalmente distintos.

Está, por ejemplo, el norteamericano. Al turista norteamericano lo conocemos todos cuando le vemos pasar, tan bien como si llevara un cartelito en la espalda: «Johnny Walker, Waterbury, Connecticut». Es—ya se sabe—alto, rubio, con el pelo cortado a cepillo. En cuanto tiene ocasión saca su tomavistas y se guarda en conserva al guardia urbano de casco blanco que regula la circulación en medio de la Puerta del Sol. Siente también afición por las cafeterías y por las señoritas con cofia que hay en los mostradores de las cafete-



Un autocar de la flota de Atesa, al servicio de las agencias de viaje

rías. Sin malicia, por supuesto. Es un hombre ingenuo que, si se quedara más de cuatro semanas en cualquier ciudad española, terminaría contrayendo matrimonio con alguna señorita morena—eso sí—, por aquello de los contrastes. Como no le gusta variar, sobre todo en la cuestión de comidas, es posible verlo siempre refugiado a las horas de comer—a sus horas de comer—en dichos establecimientos. Bebe leche fría. Y lo del vino—aunque le encanta—lo practica como exotismo cuando está delante de sus compatriotas. Pero de verdad, de verdad, cuando quiere ser sincero consigo mismo vuelve a su botellín de leche. Fuera de las comidas tiene, en cambio, su buena capacidad para ingerir whisky. En España lo cambia por el jerez.

En esto de beber jerez a los americanos les han salido unos buenos competidores: los ingleses. Son éstos los que más consumo hacen de aquella bebida. Disimulan mucho con la cerveza mientras pueden, pero se aprovechan de lo lindo de los caldos jerezanos en cuanto pisan tierra española. Por los calamares fritos no pasan tanto. En eso les llevan ventaja los franceses. Nada más pasar la frontera—sobre todo si han nacido en el cacareado «midi»—se sienten enamorados—cronológicamente, según el recorrido geográfico—de las angulas a la vizcaína, primero; de los jamones de por aquellas tierras y colindantes, después. Cuando llegan a Madrid ya traen una nostalgia de chorizos—ese embutido que no existe en Francia— incomparable, pero se consuelan pronto a base de anchoas y calamares. La última etapa de los amores gastronómicos de monsieur Dupont suelen ser los pescaditos fritos andaluces. Cuando vuelve a su ciudad natal, hace sin remedio una cura de hígado.

Y eso que el tal señor Dupont parece fuerte. Apariencias. En resistencia estomacal le gana cualquier tipo inglés con aspecto de hasta famélico si se quiere. Algunos hemos visto de estas características anatómicas, con su cara de úlcera y todo, comiendo callos a la madrileña sin rubor de ninguna clase, en plan de claudicación completa. Hasta cinco, seis y más raciones por barba.

Los alemanes son más sosegados. Esas cosas tan serias como el comer no las hace ningún alemán en la barra de un bar. Cuando quiere comer emplea unas cuantas horas bien cómodamente sentado. Y se infla de huevos fritos y plátanos, ante la indignación de otros turistas nórdicos que viajan sin dejar a un lado sus preocupaciones dietéticas.

Pero, bueno, coman anchoas o se inflen de paellas, todos van a ver el Museo del Prado y El Escorial, por lo menos; se dan una vuelta por Sevilla y otra por Granada. Compran muchas telas y se vuelven locos por cualquier menudencia que tenga pintado un torero o una gitana con muchos colores. Aunque pocos de entre ellos sean capaces de resistir una corrida hasta el final. Con sus honrosas excepciones. La primera vez sufren y hablan de Ligas protectoras de animales; la se-



En el programa de visita a España casi nunca faltan las fiestas típicas organizadas por las mismas agencias



guna vez observan. La tercera gritan. Y vuelven en cuanto pueden.

Para unos hombres y unas mujeres de lejanas tierras. España, sin discusión, es el primer lugar de visita del mundo. Son los habitantes de América del Sur. La misma lengua, los mismos gustos, las mismas aficiones, el sentirse queridos y comprendidos en el mismo idioma es algo que difícilmente puede ser sustituido. Un hispanoamericano entra en un comercio y no tiene necesidad de intérprete: saben que España les quiere, les recibe y que se siente orgullosa de ellos. Esto, la verdad, no se lo pueden crecer en ningún otro país de Europa.

#### UN GRAN PLAN DE PROPAGANDA PARA NUEVAS ZONAS DE TURISMO

El turismo, pues, constituye una industria de interés nacional en la que todos ponen su esfuerzo. En nuestra balanza de pagos la industria más positiva es la turística. El turismo ha contribuido a demostrar la realidad española, eliminando en parte las consecuencias del cerco politicodiplomático de que fué víctima. Actualmente proporciona el cambio de ideas y contribuye a una mejor comprensión de nuestro modo de vida social, político y espiritual.

España se encuentra en el noveno lugar de productos por turismo, detrás de Francia, Italia, Inglaterra, Suiza, Alemania, Irlanda, Bélgica y Países Bajos. Por ello, uniendo su esfuerzo a las

iniciativas privadas, el Ministerio de Información y Turismo ha establecido un gran plan de propaganda.

Por todo el mundo folletos, documentales, conferencias y artículos de divulgación enseñarán a las gentes de otros países cómo España es el país de la corrección, de la cortesía, de los costes fijos, de las facilidades en las comunicaciones individuales o en las excursiones colectivas y de la rapidez en los trámites de entrada.

Por ello, dada la actual tendencia del aumento turístico en España, tendencia que con este nuevo plan de propaganda exterior aumentará muchísimo más todavía, el Ministerio de Información y Turismo ha puesto en marcha un gran plan de construcción de nuevos paradores y albergues de carretera. Las nuevas construcciones tendrán 20 camas como mínimo y 40 como máximo, con lo que el rendimiento económico y confortable para viajero y empresario será superado.

España ha asistido en estos últimos años al engrandecimiento fabuloso de Palma de Mallorca como lugar de turismo internacional. Dentro de este plan de propaganda de que hablamos, nuevos lugares florecerán en tal sentido. La Costa Brava de Cataluña, la Costa del Sol en Málaga, cualquier zona que lo merezca, subirá. España puede convertirse en el más importante centro de turismo. Porque materia prima hay; más que en parte alguna del mundo.



# VERANEO SIN FRONTERAS

NOVELA

EL lugar escogido por Carmen para veranear figuraba en la guía que nos presentaron en la agencia de viajes. Yo me quedé un rato contemplando la portada de la

guía, impresa a colores, en la que se veía un caracol flotando a manera de barca sobre un mar de nubes. Al mástil, sin vela, iba amarrado un hombre, uno de esos hombres doblegados, impresionantes, que aparecen en los anuncios de medicinas para las enfermedades del hígado y de los riñones. Abajo, la guía decía: «Pruebe los exquisitos caracoles de Oskmar. Un manjar para los paladares postizos.»

Cuando el empleado que nos atendía nos preguntó si nos decidíamos por Oskmar, y yo le dije que sí, sacó de la vitrina un vaso con un líquido lechoso parecido a la horchata, metió el lápiz en él, midió el contenido y tasó: «Siete mil trescientas cinco pesetas.» Lo dijo de corrido, como si hubiera dicho sin respirar: «Hexametilenotetramina.»

Carmen abrió la bolsa de piel de lagarto y sacó, además de la receta y dos entradas para «La verben de la Paloma», un ticket del Metro. Supuse que pretendía pagar con el ticket, y antes de que lo hiciera le di al empleado cuatro billetes grandes—demasiado grandes, rojos y azules—, por valor de 400.000 marcos. Yo sabía bien que pertenecían a la época de la inflación alemana. Los había comprado por cuatro pesetas a un vendedor de tabaco de la Puerta del Sol en 1922.

El empleado cogió los billetes, los miró al trasluz y, satisfecho, se dirigió a la caja. Regresó con la vuelta; varios billetes muy chicos, y entre ellos una miniatura de un «infalsificable» mejicano. No sé qué me dijo Carmen respecto a ponerlo en un marco como una curiosidad. No la atendí en ese momento, pues al ver que el empleado ponía en mis manos los tickets del Metro, la caja de cerillas y la factura sentí la molesta sensación de haber cometido un fraude. Tan cierto que me apresuré a arrastrar a Carmen a la calle. Cuando estuvimos afuera se lo expliqué:

—He engañado a ese hombre. Le he dado cuatro billetes que no tienen ningún valor.

Por Alejandro NUÑEZ ALONSO

Carmen contemplaba una paloma que atra vesaba la avenida para

alcanzar la cornisa del edificio. Era un edificio en forma piramidal, y las gentes subían y bajaban por él en ascensores inclinados y exteriores. Cuando llegaban a su ventana daban un salto...

—¡El brillante!!—gritó Carmen.

Mi mujer estaba pálida, y la boca, siempre graciosa, la había contraído en un rictus trágico de vieja avara. Abrió la cartera y comenzó a hurgar en ella. De repente, como conclusión de su búsqueda, exclamó:

—¡Nos lo robó!

—No, no—le dije yo—. No te alteres. El brillante lo disolviste ayer en agua. ¿Te acuerdas?

Carmen volvió a meter la mano en la bolsa. Sacó la receta y, después de pasar la vista por ella, murmuró con un suspiro de alivio:

Cierto. Aquí dice que se tome una pastilla disuelta en agua antes de cada comida.

No, no se trataba del brillante, sino de algo peor en aquellas circunstancias:

—Este hombre se ha quedado con nuestros pasaportes.

Volvimos a la agencia. A la entrada, a mano derecha, había una pequeña estantería con botellas de coca-cola. La estantería estaba rodeada de un sistema de tubos blancos refrigerantes. El empleado, en cuanto nos vio entrar, no nos quitó ojo. Mas yo, con un agudizado sentido de mi derecho, cogí una botella de coca-cola. Vacilé un momento; pero el empleado, sonriente, con un movimiento ceremonioso de cabeza, me dijo: «El abrelatas, a la derecha.» Sólo inclinó la cabeza, y, sin embargo, yo oí como le sonaban las vértebras. Sí, el abrelatas estaba a la derecha, sujeto por una pila de folletos. Abrí la botella y le di unos sorbos. Mientras bebía, Carmen me dijo al oído: «No importa. Si se ha quedado con los pasaportes podemos pedir duplicados en la Dirección de Seguridad.» Y cuando ya nos disponíamos

a salir de la agencia, el empleado, acercándose a nosotros, nos dijo muy reservadamente: «Ustedes vienen por los pasaportes. Pero con estos pasaportes no podrían pasar la frontera. Miren...» Con disimulo extrajo del bolsillo de la americana los dos pasaportes. Nos mostró primero el mío. Mi retrato era el de un rostro alargado, aplastado, como si lo hubieran comprimido por una prensa. Pero yo no podía negar que era mi retrato. En el pasaporte de Carmen mi esposa aparecía tal como es, con un precioso sombrero adornado de cerezas. Reconocí en seguida las cerezas, pues recordaba haber jugado con ellas de niño en el desván de mi casa. Pertenecían a una vieja tía mía que le había dado la chifladura de tocarse con sombrero. Parece que entonces se estilaba y era cosa de buen tono. Sinceramente, me halagó que Carmen hubiese tenido el fino detalle de retratarse con el sombrero de cerezas. Mas lo terrible del retrato es que sobre él aparecía una inscripción impresa en tinta roja con un sello de goma: «Mujer pública».

A Carmen le hizo mucha gracia y soltó la risa. El empleado no rió haciéndole coro, pues la expresión de mi rostro no le invitaba a solidarizarse con aquel súbito regocijo de Carmen.

—Yo creo—dijo el empleado—que han superpuesto dos fotografías. Todo puede arreglarse, señor. Síganme, que les conduciré a la Dirección General de Seguridad. Por aquí...

Entramos en el interior de la oficina. El empleado se dirigió a la caja y dijo a la señorita: «Dígale a Ramírez que me voy a extranjero con estos señores. Tardaré una media hora en regresar».

Atravesamos la oficina y entramos en una pieza llena de maniqués y máquinas de coser. En las estanterías había muchos mantones y pañoletas bombines y bigotes postizos. Probablemente era el guardarropa de «La Corrala». Seguimos al empleado y entramos en un pasillo muy largo, y al final llegamos ante una puerta que decía: «Dirección General de Seguridad Mutua». Y en letras más chicas, luminosas: «Turistas y otros delincuentes».

—Pasen señores—dijo el empleado.

Entramos en un cuarto oscuro iluminado por una débil luz roja. Apenas si nos veíamos las caras. Al empleado sólo le veía la nariz aquilina, las cejas y la barbilla. Parecía un diablo. Se parecía también a mi amigo Solís. Y con la voz de Solís gritó: «¡Ah de la Casa!» Al cabo de breves instantes apareció Ah de la Casa con un quinqué encendido.

—¿Qué se les ofrece?—preguntó Ah de la Casa.

—Estos señores—dijo mi amigo Solís—son turistas de Madrid. ¿Usted comprende? Ya han hecho su declaración de personas respetables. Han pagado sus billetes de tren con marcos alemanes. Todo correcto..

—Correctísimo—comentó Ah de la Casa.

—No tanto, no tanto—dijo Solís—. Mire usted lo que han puesto a la señora en su retrato.

Solís sacó el pasaporte y lo abrió. De una de las hojas se desprendió un zigzag de fotografías: pequeñas vistas de Oskmar. Ah de la Casa acercó el quinqué, y los cuatro nos pusimos a ver las vistas. Una de ellas mostraba la placita del pueblo en el momento en que aterrizaba un platillo volante. En la otra se veía la casa en que había nacido Bismark. Era una casa de pastores, y Carmen nos explicó cómo habían transcurrido allí sus años de infancia. Ah de la Casa se interesó en ciertos pormenores de la niñez de Carmen. Y murmuraba: «Todo constará en el pasaporte. No tenga usted cuidado, señora. Se hará constar así.» Otra foto mostraba al burgomaestre Oskmar con sus caireles muy bien puestos en las hombreras. Solís comentó: «En Oskmar tuvieron origen las corridas de toros. No hay que olvidar que Creta pertenecía al ducado de Oskmar.» La otra foto era de Ingrid Bergman. Entonces Ah de la Casa dijo:

—Así le haré el retrato. ¿Le gusta?

Carmen dijo que sí. Pero lo dijo con el acento de Pili Garcés. Y es que Carmen, no sé por qué capricho, se había puesto en su boca los labios de Pili Garcés.

Ah de la Casa movió en la oscuridad un armatoste. Desde luego, tenía ruedas y chirriaban, molestando al oído. Era una cámara fotográfica de estudio. Encima de la lente un letrero decía: «Sección de peluquería y otros postizos.»



—La voy a retratar con los rayos X. De este modo evitaremos que salga esa inscripción infamable—dijo Ah de la Casa.

—Infamante—corregí yo.

—Inflamable—recalcó Ah de la Casa—. En la Dirección usamos películas incombustibles.

—Es igual—intervino, conciliador, Solís—. Todo saldrá a pedir de boca.

—Si me retrata con rayos X—dijo Carmen— no saldré con el apéndice.

Carmen había metido la pata. ¿A qué mencionar el apéndice en la Dirección General de Seguridad?

Ah de la Casa se la quedó mirando con una extraña sonrisa. Una sonrisa que yo le vi a la luz del quinqué que sostenía en alto para iluminar el cuerpo de Carmen.

—Le saldrá el apéndice, señora. Hasta ahora no se me ha escapado ningún apéndice—aseguró Ah de la Casa.

Cada vez que decían apéndice sentía un golpe duro, seco, profundo en el hígado. Ah de la Casa se había desdoblado, y una parte de su dual persona sostenía el quinqué y la otra atendía a la cámara.

Carmen comenzó a cantar con música de «La verbena de la Paloma»:

Porque no tengo apéndice, apéndice, apéndice. ¡Me lo quitó el doctor!

Solís, haciendo un aparte, me dijo: «Te marchas de veraneo y todavía no has terminado de pagar la factura del sanatorio. No es lo debido.»

Comencé a sudar frío. ¡Qué vergüenza! Solís sabía que no habíamos concluido de pagar la factura del sanatorio.

Cuando terminó la operación, el doctor Guillén viro hacia mí con unas pinzas en la mano. En las pinzas traía una piltrafa sanguinolenta. Me dijo: «El apéndice de su señora esposa estaba supurado. Tenía ya cálculos.» Al oír esto pensé si una mujer a quien le extraen semejante piltrafa debiera tratársela tan respetuosamente de «señora esposa». Habría sido más lógico que dijera: «A esa inmunda bestia que es su mujer le han extraído esta infecta tripa.» Pero yo no dije nada. Porque el practicante que acompañaba al cirujano me amenazó: Ahora, con la cámara de rayos X descubrirán que los billetes que usted ha dado son falsos.» Yo protesté. El practicante, encogiéndose de hombros, concedió: «No serán falsos, pero carecen de valor. La Policía sabe dónde usted los compró... Antes de que se compi-

quen las cosas vaya usted al quirófano y deshaga el error. Tome esta ficha...»

Cogí la ficha que me dió el practicante y me puse a la cola. Alguien me preguntó si para ir a la plaza de Manuel Becerra debía coger el 2 ó el 102.

—Creo que el 102, pero no estoy muy seguro. ¿A qué número va usted?

—Al sesenta y cuatro.

—Eso le va a costar muy caro. ¿Lleva el pasaporte en regla?

—Lo llevo.

El sol achicharraba. Abandoné la cola y me puse a la sombra de un portal. Una mujer baldeaba el patio. Al cabo de un rato, después que conté las 36 ventanas que daban al patio, oí que gritaban: ¡72! Era el número de mi ficha. Me precipité por la escalera. Pero desde una ventana Solís me dijo: «Por la escalera, no. Está sin terminar. Toma el ascensor.»

Salí y me monté en el andamio. Comenzó a ascender. Al llegar al primer piso me dió un vértigo. Los alfileres reían de ver mis angustias y comenzaron a subir el andamio de un lado más que del otro. Para no caer me puse a gatas. En esta posición vi que llegaba el autobús 102 y que se iba.

—¡No puedo más, no puedo más!—grité.

El andamio, lleno de yeso húmedo, pegajoso, empezó a ponerse resbaladizo. No lograba mantenerme seguro sobre el tablón. Se me iba el pie, y tras él, la pierna, y tras ésta, el cuerpo. Y aunque procuraba asirme bien al andamio, mis manos, llenas de yeso, resbalaban. Comencé a pensar si lo mejor no sería dejarme caer. Debía estar por el tercer piso, y sabía que a veces una caída de un tercer piso no es mortal de necesidad.

—Salta—me dijo Solís, extendiéndome la mano desde una ventana—. Salte y respire. Solís me dijo muy quedo:

—Esto se ha puesto muy mal. ¿Por qué querías iros a Oskmar? Tu mujer ha dicho algo imprudente respecto al apéndice. Tú diles ahora, cuando te interroguen, que el jueves, en la noche, estabas en Barajas...

—No. Les diré la verdad: que el jueves en la noche estaba en «La Corrala»...

—No te creerán. Diles que en Barajas. Eso es de mucho efecto. Estoy seguro que el fiscal, en cuanto oiga lo de Barajas, presentará la dimisión.

Solís me aconsejó que le siguiera. E imitándole me eché al suelo, y así, a gatas, comenzamos a caminar por un pasadizo que a cada momento se hacía más circular y más angosto.

—No tengas aprensión—me dijo Solís—. Aquí corre el aire y no podemos asfixiarnos. La casa mira al Guadarrama y siempre está ventilada por el aire de la sierra...

—¿Y para qué han hecho este pasadizo en forma de tubo?

—Es la salida del horno crematorio. En el invierno servirá para el sistema de calefacción. La casa tendrán calefacción centrifuga. Es lo más moderno que se ha inventado... El otro día ensayaron el horno crematorio con unas castañas. Estaban riquísimas... ¿Te falta el aire?

—Sí—le dije.

—A mí también. Pero no te aflijas. La muerte por asfixia es muy dulce. Dicen que es muy dulce...

—¿Es que no podemos salir de aquí?—le pregunté.

—Creo que no. Se me olvidó avisarles. Y deben haber cerrado los dos extremos del tubo. ¿Tú te acuerdas de las niñas de la calle de Hilarión Es-lava? Fué un suceso muy comentado. Desaparecieron en un tubo como éste. No se volvió a saber nada de ellas... Supongo que les faltó aire para respirar. Nosotros deberíamos de intentar romper el tubo. No suelen ser tan duros. A veces, los contratistas, para ahorrarse cemento, los hacen de arena... Hinchaba el pecho a ver si venía.

Yo aspiré hondo e hinché el pecho. Y, en efecto, el tubo se desmoronó. Solís y yo alzamos la cabeza. Salimos al cuarto oscuro. La luz roja era ahora más viva, y el quinqué de Ah de la Casa alumbraba a los señores del Tribunal. Carmen estaba sentada en paños menores en el banqui-

llo de los acusados. Y el fotógrafo, bajo el trapo negro, la miraba a través del objetivo. El fiscal dijo a los otros:

—¡He aquí la evidencia, señores! El reo trataba de fugarse por la alcantarilla de la cárcel. Pero nuestro benemérito bedel lo ha conducido hasta aquí.

Entonces Solís se llevó la mano al pecho y, er-guido y solemne, marcando el paso, se acercó a la mesa del Tribunal:

—¡Presente, señor fiscal!

El fiscal, poniéndose en pie, invitó a los demás miembros del Tribunal a que lo imitasen. También se pusieron en pie los tres jugadores de golf, muy famosos como torcedores de colas de leones, y que hasta entonces habían estado sentados en cuclillas en un rincón de la sala. Yo no había reparado en ellos. El fiscal sacó del vaso una condecoración y la extendió hacia el pecho de Solís, sin que lograra alcanzarlo. Solís hinchó el pecho para aproximarse más a la condecoración. El esfuerzo que hacía el fiscal era tan grande que empezó a sudar gruesos goterones de la frente. Solís hinchó todavía más el pecho, más aún. Yo empecé a sudar frío. ¡Qué vergüenza si a Solís se le reventaban los botones de la americana; aparecería a la vista del Tribunal aquel tórax lleno de vello, de un vello espeso, seco, áspero como el de Esaú! Ante semejante vergüenza posiblemente todo el Tribunal dimitiese en pleno. ¡Qué consternación para el país! Se declararía día de luto nacional. Se cerrarían las fronteras. Y nosotros nos quedaríamos sin veraneo. Me obligarían a salir al balcón para hacer declaraciones al pueblo.

Solís continuaba hinchando el pecho y el fiscal se torturaba por alcanzarle con la condecoración. Yo no pude más y exclamé:

—¡Un momento, señores! ¡¡Suspensión de causa!

Gran expectación. La luz del quinqué de Ah de la Casa languideció. Ah de la Casa había adornado con lazos de vivos colores el quinqué. Los jugadores de golf volvieron a ponerse en cuclillas y uno de ellos tiró de cartas. El otro dijo: «Voy cinco pesetas a la sota.»

Yo me acerqué a Solís y le dije: «Da un paso adelante.» Solís me obedeció y entonces el fiscal pudo prender la condecoración del pecho de mi amigo. El fiscal dijo con voz muy engolada:

—Por vuestra abnegación y vuestros servicios, recibid la Medalla de la Perseverancia.

Solís se tocó la condecoración, se la palpó como si estuviera ciego. Después inclinó la cabeza y le echó su aliento. Luego le pasó la bocamanga de la americana y la frotó para sacarle brillo. Entonces los tres jugadores de golf, que seguían en cuclillas, dijeron a una: «¡Así sea!»

Solís pasó a sentarse con el Tribunal y el fiscal, señalándome con el dedo, me interrogó:

—¿Dónde estaba usted el jueves a media noche?

Yo le iba a decir que en Barajas, pero no tomando como válido el consejo de Solís, que se había sentado con los que iban a juzgarme, dije la verdad:

—En La Corrala, viendo «La tabernera del puerto».

El fiscal se levantó como si le hubiera picado una avispa y puso la voz en grito:

—¡¡Calumnia, señores jurados!! ¡¡Calumnia!!

Pero los miembros del Tribunal, consternados por mi revelación, bajaron la cabeza y la ocultaron entre los brazos. Como si fueran a dormir la siesta. El fiscal siguió vociferando hasta que prorrumpió en sollozos. Su llanto no conmovió a nadie. Yo comprendí que el fiscal no tenía escape y que, como me había dicho Solís, iba a presentar la dimisión. Gesticulaba como un Caifás y, como él, parecía estar pronto a rasgarse las vestiduras. La cosa debía de ser muy grave, pues el fotógrafo, olvidándose de Carmen, comenzó a avanzar hacia el Tribunal llevando por delante la cámara. El objetivo amenazaba al fiscal como el cañón de un arma. En eso el quinqué que sostenía en alto Ah de la Casa estalló en un fogonazo de magnesio. El fiscal ya nada tuvo que hacer. Dejó de gritar, dobló la cabeza, se inclinó de hombros y dejó caer pesadamente en el sillón: había presentado la dimisión. El fotógrafo manipuló dentro de la cámara y sacó al fin un brazo bajo el paño negro. El brazo tenía una mano enguantada y la mano una fotografía. Yo cogí la fotografía y vi el retrato del fiscal. En él, en tinta roja, habían impreso

con un sello de goma: «Dimisión intransferible.»

—Será incombustible—corregí.

Y los miembros del Tribunal, saliendo de su pesado letargo, dijeron a coro:

—¡Intransferible!

Después se pusieron en fila y uno a uno pasaron delante de mí para estrecharme la mano. Todos me dieron el pésame. El último me dijo:

—No hay delito que perseguir. Se le harán las fotos de perfil, sobre fondo blanco y retocadas, como usted las desea.

Yo corrí al lado de Carmen y le dije:

—Vístete y vámonos. Temo que perdamos el tren.

Carmen se puso el vestido. Se acercó Ah de la Casa, que nos extendió la mano:

—Me deben dos noventa por consumo de quinqué.

Le di tres pesetas. Las tres «rubias» estaban soldadas en triángulo.

—¿No tiene usted otras tres?—me preguntó Ah de la Casa—. Le haría unos pendientes a mi mujer. Se están estilando mucho.

No sé lo que le dije. Pero nos habíamos quedado solos. Solos con el fiscal. Me acerqué a la mesa movido por una infinita piedad. Le toqué en el hombro y el fiscal no se movió. Le pegué en la frente. Al fin levantó la cabeza. Era el empleado de la agencia de viajes. Se restregó los ojos:

—Perdóneme. No pude resistir el sueño. ¿Ya han hecho los retratos a la señora?

—Ya.

—¿Ya le han extirpado el apéndice?

—Creo que ya—le contesté. Y dirigiéndome a Carmen, que acababa de ponerse el vestido, le pregunté: ¿Te han extirpado el apéndice?

—Sí; hace cuatro años...

—En ese caso—dijo el empleado—, sería conveniente que ustedes se proveyeran de un certificado médico. Al atravesar la frontera exigen el certificado de vacuna y el de extirpación de apéndice. Hay en Francia epidemia de apendicitis. La vacuna «Salk» no dió los resultados apetecidos. Había que agitarla antes de usarse. Y los médicos se olvidaron de este detalle. Parece ser que ha habido sabotaje. No; no se puede atravesar la frontera sin el certificado...

Abandonamos el cuarto oscuro. En el pasillo, en la tercera ventanilla de la izquierda, nos dieron los nuevos pasaportes. Sobre el retrato de Carmen se leía esta inscripción: «Mujer decente», y en la filiación, en el título de señas particulares: «Sin apéndice.» En la fotografía de mi pasaporte habían puesto «hombre público»; pero, a poco que uno se fijara, podía notarse que la inscripción anterior era la de «mujer pública». Carmen me dijo que dejara las cosas en paz.

De ahí pasamos a un salón donde había mucha gente con equipaje, y de éste a otro. Un letrero en la puerta decía: «Diplomáticos y contagiosos». El empleado de la agencia de viajes nos dijo que esa era nuestra salida.

En efecto, nos examinaron los pasaportes. Nos quitaron los «tickets» del Metro que llevaba Carmen y nos dieron unos zancos. Pasamos a otra pieza en la que nos esperaba un mozo de la «American Express» que nos dió instrucciones de cómo utilizar los zancos. Yo en mi vida había andado en zancos, pero el mozo de la «American Express» nos ayudó con tanta habilidad a ponérmolos que cuando di los primeros pasos me pareció que no había hecho en la vida otra cosa que andar en zancos. Fué así que nos acercamos al río que corría a todo lo largo de la frontera. Notamos en seguida que en el país extranjero estaba entrando el otoño, pues el calor de bochorno quedaba a nuestras espaldas.

Carmen se conducía bien con los zancos. El río apenas si tenía profundidad, pero las ondas llegaban a elevarse tanto como olas del mar. Era una delicia atravesar la frontera. El sol encendía de tornasolados reflejos las aguas. Cuando la ola crecía y se hinchaba, los zancos subían como si fueran de corcho. Indudablemente no había nada como salir de su propio país, como atravesar la frontera para comenzar a disfrutar las maravillas de la Naturaleza.

Confieso que con pesar llegamos a la otra orilla. Allí un empleado de la «Wagons Cook nos recibió con visibles muestras de regocijo. Se notaba en seguida que sentía por nosotros un antiguo y bien fundamentado afecto. «¡Cambio divisas!», gri-



to. Y yo, para no quedar mal, eché mano a la cartera y le di un billete de cien mil marcos. El mozo de la «Wagons Cook» hizo un gesto de asombro. Y en seguida: «¿Usted por aquí otra vez? Será necesario que notifique su llegada al Gobierno.» Estoy seguro que habría avisado si no le digo con mucha reserva: «Chiss. Viajo de incógnito. Quédese con el billete y sea buen chico.» El mozo de la «Wagons Cook» me dió las gracias en cinco idiomas que no le entendí. Después le dijo a Carmen en español: «Cojan el camino de la derecha. No tiene pérdida. Es el camino de la derecha. Todo derecho, derecho... Yo les guardaré los zancos hasta su regreso.»

Cuando Carmen se quitó los zancos la vi tan pequeña que parecía una niña. En realidad iba vestida como una niña, con un trajecito de muchos volantes. Llevaba la melena peinada en tirabuzones. Yo sabía y sentía intimamente que aquella criatura era Carmen, pero me entró la duda si sería una de las niñas de la calle de Hilarión Eslava. Le di la mano a Carmen y comenzamos a caminar rumbo a Osmar, pero en seguida la criatura me dijo que estaba cansada. Y alzó la cabeza para que viese cómo sus ojos parpadeaban. Supuse que se le había descompuesto el mecanismo de plomos que todas las muñecas llevan en la cabeza para abrir y cerrar los ojos, pero no encontraba el modo de manipular dentro de la cabeza de Carmen sin romperla. Lo único que se me ocurrió fué darle los ojos y llevarla en brazos.

A la entrada de Oskmar, un guía me preguntó:

—¿Ha visto usted al «Hombre de Oskmar»?

—No. ¿De quién se trata?

Es el eslabón perdido. Lo encontré el antropólogo Merck en 1908. Se supone, no sin fundamento, que el «Hombre de Oskmar» vivió hace trescientos mil años. De todos modos es una persona amable, que contesta con sabiduría a cualquier pregunta que se le haga. No pocas gentes deben su fortuna a una respuesta del «Hombre de Oskmar»... Si usted no tiene inconveniente, me anticiparé para saber si puede recibirle. Mientras tanto saque su entrada. Sólo cuesta un marco.

Hice lo que el guía me sugirió y dejé a Carmen, que continuaba dormida sobre el campo. Me acerqué a la gruta. El guía salió para decirme: «Pase usted, pase usted, que el «Hombre de Oskmar» ha accedido a recibirle.»

El «Hombre de Oskmar» estaba pegado como una figura rupestre a las rocas de la cueva. Apenas si el rostro sobresalía algo de la piedra. La barba se le movía como si estuviera electrizada. A mí me dió la impresión de que tenía retocados los ojos, pues era muy viva su mirada.

Yo estaba un poco cohibido por mi propia ignorancia. Sabía algo de sus congéneres el «Hombre de Neandertal», de Cromagnon, de Java, pero nada de él. Por lo menos en los libros de texto en que yo había estudiado no recordaba haberme encontrado con el «Hombre de Oskmar».

—Esto está muy mal; esto está muy mal—dijo con acento lastimero. Más que lastimero, con un dejo de aburrimiento. O de fastidio. Como si hubiera dicho: «Vaya pejiquera vivir en estos tiempos, con todo por las nubes.»

—¿Acaso en su época las cosas estaban más accesibles?—le pregunté.

Dió un rugido. Y como era un rugido que salía de la cabeza peluda, me recordó al león de la «Metro-Goldwin-Mayer». No sé qué me dijo del precio del bistec de bisonte en sus buenos tiempos. Y siguió hablando de la falta de viviendas, de cavernas cómodas y confortables. Después me dijo:

—Qué pregunta quieres hacerme?—y como no se me ocurrió preguntarle nada, se anticipó: Tu esposa se ha perdido.

Me acordé de Carmen y salí corriendo de la cueva. El guía me detuvo, pues no comprendía que me fuese sin retratarme con el «Hombre de Oskmar».

—No; se me ha perdido mi esposa.

—Una mujer no se pierde... si ella no quiere—me dijo. Y se puso a reír como un idiota.

Mientras yo corría hacia el pueblo, las cigüeñas volaban tras de mí. Entré en el primer bar y me encontré con el burgomaestre de Oskmar, el mismo de la fotografía. Me dijo que no había visto ninguna mujer de las señas que yo le daba. Y concluyó:

—Aquí todas las mujeres son grandes.

Le expliqué que Carmen también lo era, pero que desde que se había quitado los zancos parecía una niña.

—Tenía mucho sueño y la dejé dormida a la entrada de la gruta del «Hombre de Oskmar». De ahí alguien se la ha llevado.

—En Oskmar—me arguyó el burgomaestre—nadie se lleva nada. Cállese. Tómese un trago de cerveza... Le caerá bien. Y luego hablaremos.

Nos sentamos a la mesa y el burgomaestre me dijo que era necesario que algún vecino del pueblo respondiera por mí. «En último caso, yo respondo.» Pero, según él, yo debía dar los pasos necesarios para que otra persona avalara mi conducta. A nuestro lado unos parroquianos jugaban a las cartas. Entre ellos estaba Eric Boker, que yo conocía de tiempo atrás como ingeniero de la Siemens. Pero Boker no quería reconocermé y se hacía el interesante.

—¿Ya te has olvidado de mí, Eric?

—Desde que llegaste te estoy mirando, mirando...

—Bien. ¿No eras tú el que decías en Madrid que Carmen hacía las croquetas mejor que nadie?

—Yo era. Pero eso fué antes del luto.

Entonces Eric Boker echó los brazos al cuello de sus compañeros de mesa y los atrajo a un conciliábulo. No sé lo que les diría, pero yo acerté a oír: «Ese es un extranjero que viene a pasar el verano a Oskmar. No lo hace porque le guste nuestro país, sino porque tiene cantidades enormes de billetes de cien mil marcos de la inflación.» Después continuaron jugando. Comprendí que se habían puesto de acuerdo para robarme. El malvado Boker les había despertado la codicia con mis billetes de cien mil marcos. Hasta el mismo burgomaestre me miraba por el rabillo del ojo como si quisiera descubrir con su mirada a cuánto ascendía mi fortuna en marcos depreciados. Si; cuando los compré al jorobado de la Puerta del Sol que me vendía las cajetillas de cincuenta, me dijo: «Con cuatrocientos mil marcos usted se podrá comprar un castillo en el Rhin.» Han pasado treinta y cinco años. Pero por lo menos durante treinta y cinco semanas yo estuve soñando que algún día Alemania cumpliría sus deberes fiduciarios revalorizando honestamente su moneda. A fin de que yo y millones de españoles, franceses e italianos que habíamos puesto nuestros ahorros tan generosamente en la rehabilitación económica de Alemania pudiéramos comprar un castillo en el Rhin por cuatro pesetas. Se han hecho fortunas con menos.

Una camarera que pasó a mi lado me dijo que tenía que decirme un secreto. Después se alzó la falda y me mostró la liga. Movié nerviosamente la pierna y comprendí. Saqué un billete y se lo puse cuidadosamente entre la liga y la media. Hice con mucho escrúpulo tan delicada operación, pues en ningún momento quería que la camarera pensara nada incorrecto de mí. Ella se bajó la falda y me dijo al oído: «Pase usted a la cocina. Le espera una sorpresa.»

Me levanté precipitadamente, pero el burgomaestre me volvió a sentar. Pesaba enormemente la mano del burgomaestre. Se ve que las manos habituadas al ejercicio de la autoridad pesan como mazas. Sobre todo si el ejercicio es de autoridad alemana. Se alisó los bigotes y mirándome con ojos pícaros me interrogó en un tono de complacencia:

—¿Qué? ¿Tan pronto? ¿Sabe usted que en Oskmar se observa un edicto que castiga con la horca al seductor de menores?—y tras una pausa, sin dejar de sonreírme con aquella expresión pecaminosa, continuó: Pero yo sé una fórmula para burlar el edicto.

El burgomaestre me contó la historia del edicto. Lo había promulgado Conrado el Triste, de infamada memoria conyugal. Las cosas que me contaba el burgomaestre eran obscenas y repugnantes. No sabía cómo hacerle callar. No sabía tampoco cómo escaparme a la cocina. De vez en vez el burgomaestre metía sus bigotes en la jarra de cerveza y los sacaba blancos de espuma. Yo le dije: «La camarera no es una menor.» A lo que el burgomaestre me replicó:

—En Oskmar, todas las mujeres solteras son consideradas menores de edad. Por eso cuando matan a un hombre se las recluye en el reformatorio de menores, aunque pasen de los cuarenta años. Es una ley justa que rige desde la época



ca de Conrado el Triste. Venga, le enseñaré la momia.

Me levanté y seguí al burgomaestre. Pasamos a una pieza donde dos jóvenes reñían un asalto a florete. Como a mí siempre me ha gustado la esgrima, dejé al burgomaestre que siguera su camino. Los dos espadachines tenían las piernas de alambre, y después que daban un salto y se afianzaban en el suelo, sus cuerpos delgados y blancos quedaban vibrando. También los floretes vibraban en el espacio. Un esgrimidor tenía una cruz roja el pecho y otro una cruz verde. Ni en los ballets había yo visto hombres tan elásticos, de miembros tan finos y acérados; saltarines ni danzantes tan rápidos de reflejos y de armoniosos movimientos. Cuando los floretes se cruzaban sonaban a plata y se encendían al rojo vivo. Nunca había contemplado un desafío tan bello. En una de las incidencias de la pelea, el de la cruz verde perdió su florete. Este, al chocar con el otro, se desató de la mano y fué a clavarse en el techo. Entonces el de la cruz roja permaneció quieto mientras el otro subía por la pared, pasaba al centro del techo y allí, con la cabeza abajo, como si la gravitación se hubiera invertido, desclavó el florete. Apresuradamente volvió hacia la pared y bajó por ella hasta situarse en el centro de la sala. «¡Hep!», dijo el otro. «¡Castañas!», replicó el de la cruz verde. Lo dijo en castellano.

No sé por qué el espadachín dijo «castañas», que en aquel momento se me antojó una palabra que rompía groseramente la eufonía de la pelea. Se preparaban para un nuevo asalto cuando entró el burgomaestre llevando al hombro la momia de Conrado el Triste. Una fetidez inaguantable se extendió por el salón. Los dos espadachines dejaron sus floretes clavados en la pared y se pusieron de rodillas. Así prosternados prorrumpieron en largos, quejumbrosos sollozos.

El burgomaestre colocó frente a ellos la momia de Conrado el Triste. Era una momia que yo había visto en el Museo Municipal de Munich. El burgomaestre, como si adivinara mi pensamiento, aclaró:

—La de Munich es una copia.

A lo que yo respondí:

—En todo caso, la cornamenta es de verdad.

El burgomaestre sopló en la cornamenta de Conrado el Triste para quitarle una pelusa. Justo es decir que la cornamenta no era una despiadada alusión a la infortunada vida conyugal de Conrado. Según el mito oskmariano, Conrado era príncipe deífico de la montaña.

—¿Cuántos años tiene esta momia? Lo menos quinientos, ¿verdad?

El burgomaestre sintióse halagado. Sobándose los bigotes, me dijo:

—Oskmar va a celebrar pronto su bimilenario de historia. Cabe pensar que esta momia tiene por lo menos dos mil quinientos años... Claro que al lado del «Hombre de Oskmar» resulta un bebé. Pero el «Hombre de Oskmar» no nos conmueve tanto. Habla demasiado y se mete en política. Siempre se está quejando de la subida de los artículos de primera necesidad. Sin embargo, nuestro Conrado el Triste es tan prudente que nunca dice nada. Conrado pertenece a la Historia, y por eso está muerto. El «Hombre de Oskmar» es una invención de los antropólogos.

A mí me pareció oportuno hacerle una seña al burgomaestre. Los simpáticos espadachines seguían llorando. Tuve la aprensión de que pudieran oxidárseles las piernas. El burgomaestre movió la cabeza negativamente: «Son de alambre acerado.»

El burgomaestre se puso a desanar la momia. Le quitó la cabeza, que era de pasta. Me enseñó el mecanismo de plomos que hacía cerrar y abrir los ojos a la momia, según estuviera de pie o acostado. No sé si por inexplicable intención o por error, cuando estaba de pie mostraba los ojos cerrados, y cuando se la acostaba los abría. Yo le hice ver esta falla al burgomaestre, pero él me dijo que el fabricante había hecho la cabeza poniendo los plomos a la inversa de como los colocaba en las muñecas, pues según estudios muy eruditos se había llegado a la conclusión que una momia de pie con los ojos cerrados y acostada con los ojos abiertos imponía mucho más respeto. Las cosas insólitas desconciertan e intimidan al hombre.

Luego me descubrió el pecho, que se abría en dos hojas fijadas al cuerpo con bisagras. Al abrir el pecho de la momia se iluminaba interiormente en una especie de tecticolor el corazón de Conrado el Triste. Desde luego no era el auténtico, que hacía algunos milenios se había podrido bajo tierra. Pero el eminente taxidermista Smitch y el ilustre biólogo Hermann habían logrado reconstruir a principios de siglo las características químofísicas del corazón de un hombre de hace dos mil quinientos años. Se tuvo muy en cuenta el carácter de Conrado el Triste, a fin de que el corazón respondiera al tipo hipocondríaco.

—No me permito abrirle el vientre porque es tan perfecto que despiden un insufrible mal olor. Los intestinos se han hecho aprovechando las tripas de cinco venados machos y enteros. Del so-

brante se han confeccionado las cuerdas de un violín que conservamos en el museo local, y que suena como un verdadero Stradivarius. Se le conoce como el violín de Conrado el Triste y es una de nuestras más valiosas antigüedades... Los vendajes que cubren los músculos de nuestro venerado Conrado el Triste han sido traídos de Tebas. Y los músculos de las piernas y de los brazos, todos contruídos en madera de boj, son desmontables. De este modo el día que desaparezcan los mitos nuestro Conrado el Triste podrá seguir siendo útil a la Humanidad, ya que su momia, por sus propiedades clásicas, será un elemento valioso en las clases de anatomía descriptiva.

Y después de una pausa agregó:

—Esta momia tiene cuarenta y cinco años, pero nadie duda de su antigüedad. Manuscritos y códices en las principales bibliotecas alemanas así lo atestiguan. Nunca se supo dónde se encontraba guardada, hasta que en 1908 el ilustre Cabildo de Oskmar tomó el acuerdo de mandar construir una momia cuyas características se apegaran fielmente a las descripciones existentes en los viejos códices. El constructor, Otto Barmahier, hizo todas las pastas con huesos fósiles y los músculos con madera de boj arrancada de los castilletes de las naves persas que se hundieron en la batalla de Salamina. Nadie, pues, puede dudar de que nuestra momia no tenga dos mil quinientos años.

Y tras un respiro, concluyó:

—En Oskmar tenemos muchas antigüedades, pero ninguna es comparable a esta octava maravilla del mundo. Nuestro Emperador Guillermo II... ¿Usted ha tenido oportunidad de tratarle? Es una excelente persona, de trato afable y muy amante de las ciencias. Pues el Káiser después de haber visto la momia de Conrado el Triste dictó un decreto por el cual quedó incorporada a las más valiosas antigüedades de Alemania. Si usted no tiene prisa, el Káiser personalmente se lo confirmará. Suele venir todos los viernes a ver a estos gemidores...

A mí me entró una terrible melancolía, porque pensé que estaba gastando mi veraneo en Oskmar sin que Carmen participara de los goces que los viajes procuraban. Desde luego se había perdido el desafío de esgrima y la culta disertación del burgomaestre. Yo le pedí un retrato al burgomaestre, pues de regreso a Madrid podríamos enseñárselo a los amigos al hacer comentarios del veraneo. Desde luego, en ningún lugar de España podía uno admirar tantas maravillas: Sí, se habla mucho de la Alhambra y de las ruinas de Mérida, y de otras antigüedades romanas y árabes. Pero nosotros, que tenemos un Viriato al alimón con Portugal, no contábamos con la momia de Viriato. Esto se debe a incuria. No hay cosa mejor que atravesar la frontera para admirar maravillas.

Mientras el burgomaestre se entretenía en cerrar el pecho de la momia, yo salí del salón y me dirigí a la cocina, tal como me había dicho la camarera. Allí estaba sentada, meciendo una muñeca entre sus brazos, Carmen. No sentí mucha alegría al verla, tal como si nunca se hubiera perdido. Cuando me acerqué a ella me dijo: «Durante tu ausencia he dado a luz. ¿Te gustaría que la bautizásemos con el nombre de Conrada?» Me pareció de mal gusto. Me acerqué a la niña, que tenía los ojos cerrados, y la oí. También la criatura despedía el mismo olor que la momia de Conrado el Triste.

—¿Cuánto te ha costado?—le pregunté.

Carmen me miró un tanto sorprendida. Pero la que se indignó de veras fué la camarera que me dió el aviso. Me recriminó:

—¡Costado! ¡Su sangre y sus dolores le han costado!

Me pareció que exageraba. Yo cogía la criatura y le quité la cabeza. En efecto: dentro, el mismo mecanismo de plomos.

—¿Ves cómo es una muñeca?—le dije.

Pero Carmen prorrumpió en sollozos y gritos:

—¡Has matado a nuestra hija, has matado a nuestra hija!

Yo me reí interiormente, pues pensaba que si en realidad la criatura era nuestra hija, el fabricante Otto Barmahier la reconstruiría. Pero Carmen no dejaba de llorar. A mí me entran ganas de regresar a España tan sólo por atravesar el río en zancos. Era lo mejor del veraneo. Yo no sé por qué las agencias de turismo no anunciaban los zancos.

—Vámonos a cenar. Siento apetito.

Y como Carmen no me hiciera caso, volví al salón de los esgrimidores. Ya el burgomaestre se había ido con la momia. Los espadachines estaban ahora pegados a la pared forcejeando por desasirse de ella. El pérfido burgomaestre les había puesto grilletas a los pies y los desdichados espadachines no podían moverse. Estiraban las piernas como si fueran hilos de goma. Y cuando llegaban a alcanzar el techo la tensión los proyectaba estrepitosamente al piso. Quedaban dando rebotes unos instantes. Yo les dije que si querían que los librara, pero ellos no me contestaron. Tenían los cuerpos de trapo y sus cabezas eran de madera de boj. Cuando pegaban contra la pared lanzaban un extraño sonido vibratorio. Probablemente eran habitantes de otro planeta que habían llegado a Oskmar en uno de los patillos volantes que con tanta frecuencia aterrizaban en la región.

Resolví dejar a aquellos seres y pasar de nuevo a la cocina para recoger a Carmen. Y lo hice así, pero con mucho cuidado, pues el piso de la sala comenzó a llenarse de diminutas peonzas de boj, de distintos colores que, al rebotar, lanzaban un extraño sonido vibratorio de acero templado. Las peonzas salían de todos los intersticios y rincones del salón y poco a poco se iban liando a mis pies, cubriendo el suelo sin dejar lugar donde pisar. Mas bastaba que yo moviese el pie para que se abriera ante mí un espacio libre: corrían a mi paso como si temieran ser aplastadas. El sonido que emitían era cada vez más intenso, y verlas rodar, con tan llamativos y brillantes colores, ponía vértigo en mis ojos. Sin embargo, a cada paso que daba aumentaban mis escrúpulos, temeroso de aplastar un montón de aquellos preciosos y raros adminículos. En eso vi que del techo descendían unas anillas y de un salto me agarré a ellas. Como me quedé en el aire, nuevas peonzas aparecieron en el salón y se apretaron tanto y con tal concierto que todo el piso quedó convertido en un armonioso rotar en espiral de franjas con los colores luminosos del arco iris.

Lo grave fué que los pantalones se me escurrieron y me quedé en paños menores. Y el cinturón de goma del «slip» comenzó a dar de sí, a aflojarse. Yo no podía soltarme de las anillas, pues, de hacerlo, el suelo, que era una plancha que giraba vertiginosamente, me habría lanzado contra la pared. Comencé a gritar, a pedir auxilio...

Entonces se abrió una puerta y entró la luz a raudales. A contraluz apareció Carmen con un vaso de agua:

—Toma la medicina...

—¿Qué medicina?

—La uroformina.

—¿Dónde has dicho que te gustaría veranear?—le pregunté.

—En Gijón—me contestó con cierta timidez.

—¿En Gijón has dicho?—le pregunté—. ¿Es que para ir a Gijón hay que atravesar la frontera?

A Carmen se le iluminaron los ojos. Hace tiempo que quiere veranear fuera de España. Recorrer un poco de mundo. Cuando se sale de la frontera ¡todo es tan maravilloso...!

Me restregué los ojos y me incorporé en la cama. Miré el vaso de agua. La pastilla de hexametileno tetramina se disolvía en extraños reflejos en espiral... Sobre ellos, como plataformas móviles, unos duendecillos caminaban en zancos...

—Bueno... En vista de lo cual... Si nadie lo impide... Este año pasaremos el veraneo en la sierra. Me han dicho que hay un lugar digno de conocerse: La Pedriza.

Los ojos de Carmen comenzaron a parpadear. Probablemente se le habían descompuesto los plomos.



# UN HUMORISTA AL TRASLUZ



## EVARISTO ACEVEDO HA DESCUBIERTO EL COLAPSO DEL JUBILADO, EN SU NOVELA "LOS ANCIANITOS SON UNA LATA"

«A UNQUE todos los escritores suelen ser descubiertos gracias a los concursos literarios, Evaristo Acevedo fué descubierto el 12 de febrero de 1915 por una comadrona, que, después de examinarle atentamente, gritó: "¡Es un niño!"»

He aquí la mejor expresión autodefinitoria de Evaristo Acevedo. En el humor español actual tiene una categoría, un rango y un prestigio verdadero este hombre de hablar cadencioso y pastoso, con gafas oscuras cuando hace sol, de rápida ironía y observación perenne.

«Los ancianitos son una lata», es el título de la primera novela larga que Acevedo acaba de publicar. El libro empieza con una preposición que si se la examina atentamente no tiene nada de particular: es la preposición *con*. Pero si se la vuelve a examinar mas atentamente todavía ésta partícula hace el número dos millones uno —en cifras, 2.000.001, para no equivocarse— de palabras que Evaristo Acevedo lleva publicadas a lo largo de bastantes años de trabajo.

«Los ancianitos son una lata» no constituye ningún ataque a los ancianitos como pudiera creerse por el título. Yo, personalmente, admiro mucho a los ancianitos con los que suelo charrar en el Retiro los días que hace sol para preguntarles cosas sobre la guerra de Cuba, las faenas de Frascuelo y el famoso díptero que se buscaba afanosamente la Chelito.

—Entonces ¿Por qué puso ese título a la novela?

—Por culpa de una de las protagonistas que es la millonaria norteamericana Bárbara Fulton. El escritor no puede siempre sustraerse a los deseos de sus personajes para evitar que los personajes se enfaden y se escapen de la novela. Pero el tema de «Los ancianitos son una lata» no es un tema con barbas blancas, sino un tema con nómnas y listas de firma, pues, en esta novela se estudia la burocracia y se descubre una enfermedad típicamente

burocrática que yo denomino «el colapso del jubilado».

El colapso del jubilado es efectivamente una enfermedad terrible. A lo largo de las páginas del libro, la historia de los jubilados que fallecieron por esta dolencia se presenta viva y tenebrosa.

Evaristo Acevedo explica sus características.

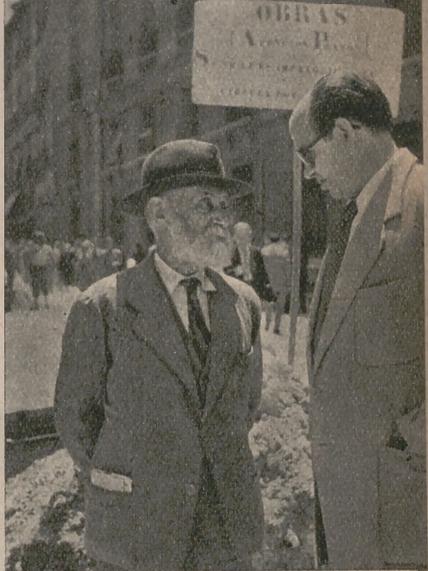
### LA ALTERACION MORTAL EN EL METABOLISMO DE LOS BUROCRATAS

—Descubrí el «colapso del jubilado» gracias a una experiencia personal.

En mi época de burócrata pude observar que los lunes el oficinista se encuentra más descentrado que el resto de los días de la semana. El motivo se debe a las veinticuatro horas del domingo en que permanece en completa libertad sin tener que someterse al horario de la oficina. Reflexioné, entonces, que si esto ocurría por dejar de trabajar un día, ¿qué podría ocurrir en el caso de los jubilados que permanecen veinte, treinta y cuarenta años, sometidos a un horario implacable, convertidos en esclavos de diez a una y de cuatro a seis y, que de pronto, se jubilan y pasan de la libertad restringida a la libertad absoluta?

—¿Qué les ocurre, pues, a los jubilados?

—Victimas de esta transacción brusca de la oficina a la libertad, los jubilados sufren una alteración total en el metabolismo burocrático y fallecen a los seis meses, al año de su jubilación. Casi todos, de enfermedades cardiacas. Es el colapso del jubilado.



Evaristo Acevedo, documentándose para su novela

El remedio de tan grave mal, causa de muchas desgracias nacionales lo encuentra el doctor americano Charles G. Feldman, uno de los personajes principales de la novela. Parece ser —esos son por lo menos los rumores que hemos recogido de los centros bien informados— que la Real Academia Española de Medicina ha comprado varios ejemplares del libro con el fin de estudiar los remedios científicos que Evaristo Acevedo, llevado de la mano por el doctor Feldman, propugna.



Año 1921. Evaristo con sus hermanas Pepita y María

Otros personajes de «Los ancianitos» son: Barbara Fulton, millonaria divorciada cinco veces, cuyo cuarto marido fué Porfirio Panticosa; Fernando Arrieta, protagonista Luis Miguel Dominguín de la novela, el personaje número uno; el escritor Cayetano Suarez, que escribe novelas rosas con el seudónimo de Rosita de Montemar, y se convierte en «negro» literario de Alicia Tarazona, otra protagonista, y don Ramón Pérez de Ayala que sólo sale una vez.

#### EL FUTBOL BORRACHERA INTERNACIONAL

Sin ser una novela costumbrista, es una novela de costumbres. Más que de costumbres, de costumbre. En ella hay una grande: el fútbol.

—¿Tiene usted una explicación para esta afición moderna del deporte del balón redondo?

—La considero como borrachera internacional. En capitales, provincias, ciudades, pueblos, la vieja piel de toro ibérica aparece rasgada en dos por obra de un simple balón de cuero. Y no sólo la vieja piel de toro ibérica. Francia, Inglaterra, Italia, toda Europa, toda Sudamérica también, padecen el gigantesco complejo del gol, de la quiniela, del impropio al árbitro.

En todas partes hay dos equipos; en todas partes hay dos rivales; en todas partes miles y miles de fervorosos partidarios se lanzan al campo para defender a su favorito.

Evaristo Acevedo se ha convertido en «hinchas» del contrario. Y ataca, ataca como un supergigantesco delantero centro de la razón y de las buenas costumbres.

El fútbol, más que deporte, constituye el auténtico ideal de nuestra época. Este ideal llamado fútbol es cual un fuego sagrado con combustible diariamente repuesto. La Prensa, el orgulloso «cuarto poder» de antaño, se rinde en todas partes al influjo de la patada. El fútbol tiene sus rotativos especiales, sus redactores exclusivos, sus grandes paginas reservadas en todos los periódicos.

cos. Droga mágica, opio con derecho a entrada de fondo, el fútbol hace olvidar al hombre europeo su sueldo mezquino, sus hijos escrofulosos, su vida penosa. Le enardece, le excita, le emborracha. Si los soldados franceses del siglo XIX, con los pantalones rotos y en alpargatas, vencían en Austerlitz, fanatizados por el mesianismo que Napoleón irradiaba, los hombres del siglo XX, sin Impertuos que conquistar, sin continentes que descubrir, fijan su mirada en los grandes ases del balón y esperan tranquilos la muerte, importándoles un ardite que ésta les sorprenda cómodamente instalados en un palacio o bestialmente apelonados en la cueva de cualquier suburbio.

Evaristo Acevedo, en guiso tiado, tembloroso, con la cabeza hundiéndose entre las manos, estuvo largo tiempo sin saber qué decir. Se le habían acabado las fuerzas...

#### LOS TOROS Y LA SUERTE DE LA VENTANILLA

Los toros, otra faceta de «Los ancianitos». La observación de los hechos ha proporcionado a los grandes sabios de la Humanidad los mayores éxitos. Primero han mirado la realidad; luego la han expresado en leyes; después la han modificado.

Evaristo Acevedo, aficionado a los toros, hasta el punto de que él mismo contó en una conferencia en el teatro Albéniz, de Madrid «Su anterior vida de torero», ha ido a las corridas. Primero a tendido bajo, cuando costaba poco; hoy está ya en la quinta fila de andanada del cinco. Ahora está estudiando un cursillo intensivo por correspondencia para ser bandera en el caso de que sigan subiendo los precios y no dejar de asistir a su fiesta preferida.

Por eso Acevedo, por si el caso llegara, ha dejado inventada una suerte nueva: la suerte de la ventanilla.

En la página 173 de «Los ancianitos» se descubre la exacta técnica de la misma:

«Ya los peones se distribuían estratégicamente en el callejón ocupando los burraderos. Robustianete, el matador, atento, vigilaba a su subordinados. Uno de los toreros, saltando a la arena sin capote, llamaba a cuerpo limpio la atención del astado, que arrancó veloz, mientras el diestro, introduciéndose en el burladero, se ponía a leer un periódico. El toro escarbaba la arena, mugía, daba muestras de impaciencia. Su aspecto era casi humano, como el de un solicitante que espera inutilmente le atiendan en una ventanilla. De pronto el torero extendió el brazo olímpicamente señalando el burladero inmediato. Allí otro peón, a cuerpo limpio, llamaba la atención al cornúpeto. «Está visto que no es aquí—pensó melancólicamente el toro—. A ver si tengo más suerte con aquel señor que parece tan amable.» Pero el señor amable, refugiado ya en el burladero, charlaba de fútbol con uno del tendido sin hacer caso de aquel cliente, al que mandó al burladero inmediato. Avelino que era el toro, con ojos de contribuyente, vagaba con mansedumbre por los burladeros sin lograr ser atendido. «¡Qué vergüenza—seguía pen-

sando el toro mientras correteaba por el ruedo—. Gracias a mí estos tios vestidos de luces ganan unos sueldos fabulosos, y a pesar de eso no se dignan hacerme caso. ¡Me quejaré al jefe!» Pero ya el jefe estaba allí, citándole desde lejos. Considerando que el astado se había refrescado suficientemente, Robustianete, abandonando el callejón, avanzaba muleta en mano. Embistió el toro, feliz, rápido, contento. Surgieron entonces los ayudados por bajo —«tiene que traer la partida de nacimiento»—, los pases mirando al tendido de la indiferencia—«esta instancia es ilegible. Escríbala a máquina»—; la faena de castigo—«atendrá que abonar 250 pesetas»—. Desconsolado, con las pezuñas juntas, estaba el toro inmóvil, meditando en su triste destino, mientras Robustianete le acariciaba los pitones de la paciencia. De pronto se tiró a matar—«Es la una. Vuelva usted mañana»—. Y el toro cayó desplomado.»

Las gafas negras del autor se pusieron sonrosadas por el orgullo del invento.

#### HUMOR ABSTRACTO Y HUMOR CONCRETO

El primer artículo de humor de Evaristo Acevedo fué publicado en «Domingo»; se titulaba «Abandonaba mientras hacía un guante de punto», y era un relato lleno de sensibilidad y ternura. El año tenía por cifra 1940; las pesetas del recibo de la colaboración, 50. Lástima—dice él—que no se equivocaran las cifras. Evaristo Acevedo, pues, ha visto crecer toda la actual generación de humoristas, todo el desarrollo del humor moderno a la que él, por derecho propio, pertenece.

—¿Cuáles son las actuales tendencias del humor?

—Yo considero que hay dos tendencias en el humor actual: el humor que yo denomino abstracto, en el que el escritor sólo pretende arranca, la carcajada, y el humor concreto, en el que se intenta siempre defender alguna tesis, señalar algún problema, esbozar una teoría. Particularmente soy partidario de esta última clase de humor.

—¿Se necesita una constitución física especial para ser humorista?

—Los humoristas, como todos los escritores en general, deben tener una constitución física análoga a la de los jaqueres indios que les permita subsistir a base de un poco de arror diario y les haga desdeñar los falsos placeres y pompas mundanales. Eso sí: en caso de triunfo, el escritor celtibero puede permitirse toda clase de orgías babilónicas una vez que ha pasado de los setenta años. Entonces, consagrado y lleno de laureles, el escritor puede adquirir grandes cantidades de salicilato para combatir su reuma y cajas enteras de agua de Mondariz para digerir bien la verdurita y la tortillita que constituyen su régimen. En sintesis, las palabras «escritor» y «vida tortuosa» son términos sinónimos.

En «Los ancianitos» con una «tata» aparece exactamente en la página siete la dedicatoria del libro. Y dice así: «A don Emilio y doña Julia, padres de Conchita, que me negaron la mano de su hija»

cuando yo tenía treinta años. Con el eterno agradecimiento de *El autor*»

—¿Es peligroso para el escritor el matrimonio?

—*El matrimonio no es peligroso para el escritor. Pero la profesión de escritor si resulta bastante peligrosa para la mujer que entrega su vida al hombre de letras. En el matrimonio la mujer se convierte en rentista del marido, y todos los meses corta esos cupones, constituidos por el sueldo, los puntos y los subsidios que el marido percibe. El escritor es un valor poco cotizabile. Debido a que los analfabetos no leen porque no compran libros, vivir de la pluma constituye un milagro diariamente renovado, y en estas condiciones resulta demasiado egoísta pretender casarse con una mujer si de verdad se la quiere.*

Acevedo, después de haber defendido tan estupidamente los intereses de las futuras esposas de los escritores, ha saludado muy cortésmente a una linda vecinita que estaba regando su maceta de geranios.

#### EL HUMORISTA NACE

Evaristo Acevedo hace tres géneros de humor: humor en periódico diario, humor en semanario y humor por la radio.

En el periódico diario, ahí está, audaz, fúida, punzante y certera su sección «Con gafas destempladas».

—¿Le ha proporcionado algún grave disgusto esta forma de tratar los problemas de la vida diaria?

—*Bastantes. He tenido diversas polémicas e incluso un juicio con cuatro industriales tahoneros. Hasta la fecha la razón siempre ha estado de mi parte, pues yo tengo la costumbre de pensar algo antes de escribir. Lo que ocurre es que la mayor parte de los artículos que se escriben actualmente suelen cultivar esa mermelada lingüística llamada «coba». Yo, modestamente, acostumbro a disentir y criticar. Es mi deber de humorista: ser original. Pero muchos no lo comprenden y se enojan. ¿Qué le vamos a hacer!*

—¿El humorista nace o se hace?

—*El humorista nace, toda vez que, si no naciera, ni podría ser humorista ni podría ser nada. El humor es una visión especial de la vida que se lleva encima lo mismo que se pudiera llevar un lunar o sea puede ser chato. Esto no quiere decir que no existan literatos que elaboren el humorismo «a brazo», de una manera artesana, y que se han dedicado al cultivo del humorismo lo mismo que podían haberse dedicado al cultivo de la remolacha. Y si no señalo nombres es porque recibí una selecta educación, y en la escuela me enseñaron que está muy feo eso de señalar.*

Pero por el bolsillo de la chaqueta donde Evaristo Acevedo introducida su mano puede verse su dedo índice amenazadoramente, agresivamente estirado.

#### ESTE ES EL AUTOR DE «LA CÁRCEL DE PAPEL»

«La cárcel de papel». He aquí cuatro palabras más que conocidas en toda España. A lo largo de casi cuatro años, semana a se-

mana, un hombre más o menos célebre o una mujer más o menos conocida han sido encerrados tras sus barrotes de palabras. Y el carcelero es este hombre de inofensivo aspecto que tenemos ante nosotros.

—¿Por qué se creó «La cárcel de papel»?

—*Su origen se debe a un momento de inspiración que tuvo mi ministro de Justicia particular y venerado, director de «La Coaorniz», don Alvaro de la Iglesia. El señaló el espacio necesario en las páginas de «a citada revista, encargó los planos y fachadas de la cárcel al renombrado dibujante señor Mingote y depositó en mi la confianza necesaria para que desempeñase la difícil misión de acusador. Arriesgando mi vida, arrojando posibles enemistades y garrotazos, trabajé mansa y calladamente para mayor gloria y prestigio de «La Codorniz». Con esta sección conseguí hacerme popular. Pero fueron semanas, meses, años de lacerante inquietud, y muchas veces, antes de entregar el original, visitaba a un amigo mío, de profesión notario, para hacer testamento.*

—¿Qué fines se perseguen con el mantenimiento de esta institución?

—*Se persigue un fin que está empezando a dar frutos, si bien estos frutos toman el rábano por las hojas. Me refiero a la pureza del idioma castellano. Estos días parece que la Prensa se ha dado cuenta de que existen novelas pesimamente traducidas y de que se escriben muchísimas tonterías en el país. «La cárcel de papel» viene demostrando esto desde hace muchísimo tiempo, pero la salud del idioma castellano no consiste en que se coloque mejor o peor el complemento circunstancial y se emplee o deje de emplearse la particula de. Es el uso de conceptos que exhalan cretinismo, la publicación de artículos que respentan estulticia, la edición de novelas que deberían emplearse en la fabricación de «artias» para ver si ardan de alguna vez, lo que pone auténticamente en peligro el idioma castellano y el sentido común de los celtiberos contemporáneos.*



Vestido de luces se presentó Evaristo Acevedo a dar la conferencia «Mi vida de torero»

—Anejo a la cárcel hay un organismo inferior: la Comisaría.

—¿Quiénes van a la Comisaría?

—*La «Comisaría de papel» fue creación mía y está motivada por un generoso deseo de evitar las injusticias sociales. Si los grandes personajes podían tener acceso a «La cárcel de papel», resultaba inhumano e incompatible con los avances de la legislación social contemporánea que los escritores, periodistas y personalidades de segunda fila no tuvieran un albergue. «La Comisaría de papel» cumple análoga misión a la de «La cárcel de papel», con la diferencia de que si la primera puede compararse con el hotel Ritz, la segunda constituye democrática pensión.*

—¿Hay y muchos colaboradores espontáneos de ambos organismos?

—*De «La cárcel de papel», ninguno. Leer un libro siempre es penoso. De la Comisaría, algunos. Existen españoles que todavía compran periódicos y que, después de leer la sección deportiva, suelen leer el resto cuando se encuentran aburridos. Por eso de vez en cuando me envían material, el cual no es aprovechable en todas las ocasiones.*

Evaristo Acevedo, entre montañas de libros, auténticas montañas por las que, para subir, se necesitarían ascensores tipográficos, piensa en el futuro. Quizá una cualidad del escritor sea esta, siempre pensando en lo que tiene que hacer mañana. Porque si no hace nada mañana, la comedia se le presentará bastante ligera. Aunque a la vista de todas las actividades de este humorista español, fiscal implacable, observador de la realidad, codornicista de este quinquenio, el tiempo para pensar en el futuro parece apenas existir.

—*Me gustaría en el futuro recorrer pueblos y aldeas convertido en vagabundo para descansar. Pero mi fuerte temperamento patriótico me impide realizar estas aspiraciones. Constantemente se afirma que el teatro, el cine y la novela españoles están en crisis. Por amor a la Patria que me vio nacer, acordándome de las gestas de Don Pelayo, del Cid Campeador, de Daoiz y Velarde y de Joselito y Belmonte, continuaré en la brecha. Y en la próxima temporada pondré mis céulas grises al servicio de las tablas, de los «platos» y de los editores celtiberos para que los nietos que no pienso tener nunca no puedan avergonzarme el día de mañana reprochándome: «Abuelito, por tu vagancia ya no hay cine ni novela ni teatro en la Península Ibérica.»*

Este es Evaristo Acevedo, humorista de verdad, de 1,67 de estatura, que suele usar trajes oscuros con manchas discretas en las solapas, doctor «honoris causa» de la Academia Carcajadónica de Amberes, solicitado de autógrafos desde Bolivia y cuyo deporte preferido es el patin. Estas son, por lo menos, facetas verdaderas de su autobiografía, donde consta también su brillante tesis social, hecha al finalizar la carrera de Derecho: «Los terratenientes tienen una estrella más que los tenientes.»

Juan Luis DE BENAVIDES  
(Fotografías de Aumente.)

EL LIBRO QUE ES  
MENESTER LEER

# ASI FUE FOUCHE

Por Jean SAVANT

EL GRAN LIQUIDADOR

EN aquel tiempo estaba muy de moda... En muchos puertos importantes se ponían los medios para librar un combate sin cuartel a los estados mayores de la Flota. Decapitar la Marina, destituir almirantes y mandos—la guillotina no funcionaba todavía—era el fin a alcanzar. El resultado entusiástico, naturalmente, a una potencia marítima rival. Y ésta no escatimaba sus incitaciones. Se comprende. En Francia, el problema se limitaba a una sustitución de los cuadros. En Inglaterra se calculaba que saldría de ello un eclipse de la Marina francesa. Un buen eclipse. Un cuarto y quizá medio siglo de...

En 1792, en Nantes, las gentes de mar parecían dispuestas a acabar con todo el mundo de almirantes y de oficiales. Querían una «destitución en masa» y, además, en seguida.

Los más ardientes invocaban el ejemplo de la *Jeune-Caroline*. Era necesario que el asunto fuera ante la Asamblea Nacional. Los diputados decidirían en la sesión pertinente la «liquidación» del odiado personal. Si no en cada barco se haría lo que tan bien había llevado a cabo la tripulación de la *Jeune-Caroline*.

Una tarde la Sociedad Popular de Nantes celebra una gran discusión relativa a la «depuración» de la Marina. Los héroes de la *Jeune-Caroline* han sido convocados. Se les ovaciona y comienza la sesión. Se vocifera durante dos horas y de repente avanza hacia la tribuna un hombre joven, bastante alto, rubio, con el rostro a la vez enigmático y sonriente. Lleva un impreso, que lo eleva para mostrarlo al presidente, pidiéndole la palabra. Se le concede, y el orador dice, pausadamente, desplegando lo que lleva en las manos:

—Se me acaba de entregar este periódico, que trae informaciones relativas a lo que aquí discutimos. Su lectura puede servir para fijar la opinión de la Sociedad. ¿Puedo leerlo?

Ante la respuesta afirmativa, el tribuno de ocasión se pone a leer, multiplicando las finezas, el relato de un marino del *Atalante*. La tripulación de este barco se ha «liberado» como la de la *Jeune-Caroline*, pero con más energía. Sus jefes han sido encarcelados y dos de ellos han perecido: uno ha sido lanzado al mar y el otro ha sido colgado del palo mayor. Durante esta crisis se declaró una tempestad. Nadie supo dirigir las maniobras y todo el mundo quiso mandar, teniendo como resultado final el que la *Atalante* naufragara. La tripulación se estableció en una isla y constituyó

JEAN Savant ha emprendido a través de una serie de obras lo que él llama la batalla para destruir las leyendas que envuelven la auténtica historia de Napoleón Bonaparte, así como la de la Revolución en lo que a éste se refiere. Según Savant, el éxito prodigioso de Napoleón Bonaparte se encuentra explicado por la influencia primordial y la acción determinante de unos hombres excepcionales: Barrás, Ouvrard y Fouché. El primero fué el que inventó a Bonaparte; el segundo, el que lo financió, y el tercero, el que lo gobernó. En el libro que hoy resumimos, Savant describe con estilo apasionado la obra maquiavélica de Fouché y su larga rivalidad con Bonaparte, que, a pesar de una aparente colaboración, le haría ser en el último momento el «liquidador» de toda la obra napoleónica.

SAVANT (Jean). «Tel fut Fouché». Fasquelle Editeurs. Paris. 1955.

una familia, que obedecía a un hombre salido de sus filas y revestido del título de «padre». Precaución política: a este «padre» se nombraron dos «contrapadres». Finalmente, los marineros comenzaron a creer que habían hecho mal con acabar con su capitán y con su piloto, pues el Gobierno paternal les decepcionaba profundamente.

Aquella conclusión provocó entre la asistencia ruidosas carcajadas. Los feroces jacobinos del mar reían más que nadie y abandonaron la sala. El temporal de denuncias que amenazaba la Marina de Nantes había sido dominado. Al día siguiente las gentes

preguntaban al orador el secreto de su éxito, y modestamente le respondía:

—Les he leído el *Courier des Departaments*.

¿Quién era este extraño personaje y por qué había intervenido? Era el hijo de un capitán de navío. ¿Había tomado la palabra para defender a la Marina? En absoluto. La Marina no le interesaba, ni le interesará nunca. Sólo aspira a representar un papel, un papel político, y esta intervención suya es un ensayo. Nada de argumentos personales, nada de efectos oratorios. Su voz es incluso insuficiente. Pero tiene habilidad, malicia y el arte de manejar la astucia. El ensayo es concluyente. En definitiva ha obrado por su propia cuenta. Las causas no le interesarán más que por lo que se refiere a su interés personal. En toda su vida no trabajará más que para él y siempre de la misma manera. ¿Por la nación? Jamás; únicamente para él.

Se llama José Fouché, hijo de José Fouché, capitán de navío. Su educación y su formación son las de un ser destinado al estado eclesiástico. Cada vez se aleja más de la Marina. El joven Fouché es de una complexión delicada. Nada más contrario que él para la rudeza del mar. La coronación de esta juventud oscura, estudiosa y casta es la tonsura, la sotana y las Ordenes menores. ¿Será sacerdote? Nada está todavía decidido cuando entra en el Seminario del Oratorio de París. Cuando sale, desdendiendo el sacerdocio, opta por el profesorado.

El Oratorio es entonces un gran plantel. Desde la expulsión de los jesuitas, los oratorianos son los amos de la enseñanza. Allí Fouché conoce a algunos de sus futuros colegas revolucionarios. En Arrás conoce también a Robespierre y a otros muchos personajes de la Revolución.

La evolución comienza en Arrás en 1789. Allí el padre Fouché comienza a perder la fe. Desde el alba de la Revolución, abraza las ideas de ésta

con ardor. Se le destina a Nantes, y aquí redobla su celo por las nuevas ideas. De hecho se anuncia como un liquidador. Lo mismo que liquidara quince o veinte años de historia, el día más grande de su vida, después de Waterloo, entonces liquida el Oratorio de Nantes. Este primer trozo de su vida lo arrojó por la borda. Llegada la amarquía, Fouché toma las riendas con el título de prefecto de estudios del Colegio. Luego arrojará el hábito y el padre Fouché se casa y se dispone a ejercer la profesión de abogado, excelente pasaporte para penetrar en la arena política.

#### DE REGICIDA A MINISTRO DE LA POLICIA

Muy pronto Fouché se traslada a París. Desde el principio participa en la obra de la Convención, nueva fase de la obra revolucionaria «realizada bajo el impulso y la presión de la masonería». Comienza por sentarse a la derecha. Ha prometido a sus electores no solidarizarse con los demócratas. Después, mira y espera. Ya se le juzga «fino, astuto, observador y conciliador», pero nadie le sospecha ambicioso. De hecho, a partir de su entrada en la Convención, su vida no es más que una «perpetua intriga». Lo único que quiere es progresar. Para esto no vacilará nunca en cambiar de opinión. O, más bien, en falsear una opinión para seguir otra. Marcha siempre con los más fuertes. ¿Los girondinos dominan? Está con ellos. ¿La Montaña sube? Se hace montañés. La demagogia promete más beneficios y estima prudente seguir el torrente de la multitud desencadenada.

El 10 de diciembre de 1792 comienza el proceso de Luis Capeto, hasta entonces Luis XVI. ¿Qué se va a hacer del antiguo Jefe de Estado? Al principio nadie juraría que pudiese ser condenado. Fouché no tiene sobre esto opinión formada, como tampoco la tiene la Convención. Después el proceso sigue su curso y las influencias se manifiestan, apareciendo que Luis Capeto será reconocido culpable. Primer indicio para Fouché. Se decide a votar porque es culpable. Pero ¿que pena se le aplicará? La Montaña quiere la muerte. El temor se apodera entonces de numerosos convencionales. La Montaña siempre es poderosa.

Cuando llega la hora de la votación, Fouché deja estupefactos a sus compañeros cuando dice estas dos palabras:

—La muerte.

Después de cinco meses de un celo frenético empleado contra los lioneses y de una verdadera orgía de guillotinos y de fusilamientos, Fouché vuelve a la capital. Los acontecimientos van muy rápidos. Luis XVI ha sido guillotinado quince meses antes. Dantón, hace sólo veinticuatro horas, y Herbert ha precedido en doce horas a Dantón. Vergniaud les ha antecedido con bastante tiempo. Y Robespierre, que ha triunfado de los dos primeros, no tiene más que tres meses y medio para habitar sobre la tierra.

Sólo queda él, el último y sin poderoso competidor. El temor que inspira se acrecienta. Fouché no puede esperar nada bueno de su parte. Robespierre le detesta. No es sólo por su fusilamiento, sino por asuntos particulares. Sin embargo, el pasado político de Fouché molesta al Incorruptible. El infortunio de Fouché llega a su cumbre cuando intenta justificarse en la tribuna de la Convención. Su informe es escuchado, pero los rostros permanecen como de hielo. Fouché está torpe. Trata de ganar a la Asamblea contra el Comité de Salud Pública y el Comité de Seguridad General. Error táctico. Y es que Fouché ignora la situación verdadera, la de que Robespierre se separa de los Comités y éstos se aproximan a la Asamblea. Fouché comprende su derrota cuando oye que la Convención decide enviar su informe al Comité de Salud Pública. Fouché está, pues, virtualmente condenado.

Es entonces cuando un enorme temor se apodera de él. Se siente perdido y marcha como un extraviado. Nadie reconoce al triunfador y feroz dictador de los departamentos en el pobre Fouché, desamparado. Un haraposo... Y este miedo le lleva a casa del propio Robespierre, y no como un Dantón o un Barrás, para entenderse, sino para implorar la clemencia del leopardo.

Robespierre recibe a Fouché y Tallin como recibe a todo el mundo: a la manera de un sordomudo. Sin gesto. Su elocuencia, sus palabras dulces, fuertes, sensibles, amistosas y respetuosas, son impotentes para vencer un silencio obstinado. El rostro de Robespierre permanece como de mármol. Fouché se marcha desesperado.

Hay una leyenda que quiere presentar los hechos como que Fouché venció a Robespierre. A la creación de esta historia contribuyó él mismo mucho más tarde. Para otorgarle un gran papel, la Historia ha aceptado creerle bajo su palabra. Ha inventado y exagerado su acción, y la leyenda se ha prolongado. Pero ¡qué desafío al sentido común y qué ultraje a la sana historia y a la verdad!

Al día siguiente del gran acontecimiento, la actitud que se impone Fouché es bien clara: debe continuar haciéndose pequeño. Tiene necesidad de silencio, casi de olvido. Algunos meses de oscuridad le salvarán. Pero siente impaciencia por señalarse, por actuar y por llegar al Poder. Fouché pasará muchas etapas hasta que es nombrado ministro de Policía. Fouché estaba entonces en Holanda como comisario especial, cuando una disposición del Directorio le designa para el citado cargo.

Tres meses antes del golpe del 18 de Brumario y durante los tres últimos de existencia del Directorio, y de Barrás, que va a traicionar, Fouché está, pues, en el Poder. Fouché ministro no se parece en nada al Fouché representante en misión. Los tiempos de los ametrallamientos, de las decapitaciones, del comunismo caprichoso, del reparto entre los pobres de todos los bienes de los ricos, condenados a la miseria o al cadalso, han pasado completamente. En el Poder, Fouché pasa por conservador. Sigue siendo un hombre de la Revolución; pero ésta no debe dar ya ningún paso más. Consciente de su debilidad y temiendo por su propia suerte, se piensa en una reorganización del sistema dictatorial. De repente, sin que nadie lo pensase, se sabe que el general Bonaparte, después de haber plantado los restos de su Ejército en las arenas egipcias, se ha embarcado para Francia y que está camino de París. El Directorio entra en agonía. Fouché le cerrará los ojos.

FOUCHE, FRENTE A BONAPARTE

En tres semanas el asunto está resuelto. Bonaparte forma ya equipo con Sieyès y sus cómplices.

**¡¡ AFEITASE CON CUALQUIER HOJA !!**

PERO ANTES DE AFEITARSE USE **MASAJE-CREMA Kexttery**  
*Las hojas duran más, cortan mejor*

Especialmente indicado para barbas delicadas, enfermas e "imposibles", y con barba normal se afeitara muchísimo mejor.

EL MAS CIENTIFICO Y ECONOMICO DE LOS MASAJES

Tubo normal para más de 40 aplicaciones <sup>11<sup>65</sup> ctas.</sup>  
" doble concentrado " " " <sup>14<sup>80</sup> "</sup>

DE NO ENCONTRARLO EN SU LOCALIDAD LO REMITIREMOS A REEMBOLSO — APARTADO 1185 — BARCELONA

al mismo tiempo que engaña a Barrás, su benefactor, tracionado en la hora propicia. Ningún detalle de esta operación que llevará a la liquidación del Directorio de los cinco para dejar paso a un Directorio de tres denominado Consulado escapa a Fouché. Está iniciado en el complot desde su origen. El agradecimiento no le ahoga y deja también, sin vacilaciones, a su protector Barrás. Hay una sola cosa que le interesa: un nuevo grupo que actúa se va a instalar en el Poder. El Fouché, debe estar con ellos. La antigua camarilla parece condenada. Habría sido estupidez por su parte, dice, «no preferir antes que nada un porvenir».

El 18 de Brumario del Año VII (9 de noviembre de 1799), primer día de esta empresa mal concebida, Fouché hace cerrar las puertas de París. Bonaparte, que aprecia mal este servicio (todos los enemigos serían bloqueados y ¡qué facilidad entonces para detenerlos o ametrallarlos!), las hace abrir, porque teme no poder escaparse en caso de fracaso. Una serie de coches con caballos bien pertrechados están dispuestos para que los ocupe él, sus hermanos y sus cómplices.

Al día siguiente, el 19 de Brumario, la jornada se anuncia más peligrosa. Fouché permanece en París, en su gabinete. Envía a Saint-Cloud observadores. ¡Ay de los conspiradores si la victoria les escapa! Bonaparte sabrá más tarde que Fouché ha tomado todas las medidas para hacerle fusilar, así como a sus cómplices, en caso de fracaso. Pero las bayonetas triunfan, y Fouché se entrega por completo al partido vencedor. La habilidad de su política ha consistido en mostrarse lo suficientemente tarde para estar seguro del éxito y lo suficientemente pronto para poder contribuir a él.

Ante los ojos grises y la mirada penetrante y huidiza, ante los párpados rojizos de Fouché, Bonaparte pierde su seguridad. El temor le hace rígido. En vano trata de penetrar en este hombre. El rostro de Fouché permanece enigmático y cerrado. Nunca Bonaparte leera en este alma. En 1805, en 1810 y en 1815 no tiene más recurso que las hipótesis. Nunca adivinará a Fouché. A sus lugartenientes, a sus subordinados hará que le teman y obedezcan. Pero a Fouché tiene que renunciar. Este indescifrable personaje le mantiene en una inquietud permanente. Y el solo hecho de esta inquietud bastará para demostrarle, incluso en las horas de extrema ilusión, que no es el dueño.

El hombre de la Revolución le escruta. Porque Fouché es eminentemente, por carácter, por principio y singularmente por cálculo, el hombre de la Revolución. Bonaparte sueña únicamente en el poder de su sabie, sin importar la opinión, a la que se jacta de llevarla como quiera: «La opinión no es más que una ramera.»

Independientemente de todo esto, el primer consul está vigilado estrechamente. Hasta en su gabinete, hasta en su lecho. Fouché no vacila en el precio que le cuesta esto. A Bourrienne, el secretario íntimo de Bonaparte, le da 25.000 francos por mes, lo que equivaldría a unos siete y medio millones actuales. El sabe todo lo que Bonaparte hace, lee, escribe o dicta, las visitas que recibe, etc. Bourrienne le informa sobre las confidencias de Bonaparte (han estado en la escuela juntos) y todo lo que el Primer Cónsul deja entender cuando piensa demasiado alto. A Josefina, Fouché le da 30.000 francos por mes (nueve de nuestros millones), y por ella obtiene hasta los secretos de alcoba, de familia y las confesiones obtenidas sobre la almohada. Así, en su propia intimidad, Bonaparte continúa estando en las manos de Fouché.

Estos dos hombres de poder no se aman. No son aliados sinceros. Se temen el uno al otro, pero no se atreven a combatirse frente a frente. A través de tramas subterráneas, cada uno se esforzará en derrumbar la dominación del otro.

En Santa Elena, Fouché tendrá mala Prensa. El cautivo le llamará «el Talleyrand de los Clubs», un «Figaro, un bribón». «Un hombre pobre de medios, que no sabía más que tramar pequeñas intrigas», etcétera. Y es que antes ha habido un Waterloo y el escobazo definitivo dado por Fouché. Este Fouché al cual tendría Napoleón que recurrir para su última aventura. Sin Fouché no habría habido ni cien días de Consulado.

#### EMPERADOR POR LA GRACIA DE FOUCHÉ

En la guerra sorda que mantienen Fouché y Napoleón hay un momento en que éste parece librarse de su rival. Es cuando le hace dimitir de mi-

nistro de la Policía, y al mismo tiempo se libra de su vigilancia. En efecto, un mes después del retiro de su ministro, Bourrienne es alejado del gabinete del Primer Cónsul. Hay estupefacción en las Tullerías y en los medios políticos. Bourrienne, el camarada de escuela, el amigo de la infancia y de la juventud, el compañero que ha compartido su pan con Bonaparte en las malas horas de la Revolución, el colaborador más íntimo desde la campaña de Italia... Bonaparte ha dejado caer en desgracia a Bourrienne. ¡No es posible! ¿Cuáles son los motivos?

El motivo, Bonaparte no lo dará. Más tarde, en Santa Elena, contará que Bourrienne amaba el dinero y que había perdido una gran cantidad de éste, por lo que le despidió al instante. Luego, para explicar este gesto inadmisiblemente de Bonaparte, para excusar su gratitud injustificable, la leyenda ha hecho de Bourrienne un ladrón y ha elogiado a Bonaparte por esta «depuración de su Gabinete». El asunto de la pérdida del dinero no es más que un pretexto, lo suficientemente torpe por otra parte, ya que no se abandona ni se expulsa a un amigo de la infancia porque es degradado o porque está en una situación difícil.

Hay varios intentos de aproximación antes de la vuelta definitiva de Fouché. Así Fouché actúa de mediador en el asunto de Moreau. Después de la ejecución del duque de Enghien, lo que Fouché calificará de ser peor que un crimen, por ser una falta, Bonaparte estima que ha llegado el momento de ceñirse la Corona y de hacerse Rey. La cosa está decidida. Será Rey. Las Asambleas no tendrán más que votarlo. Bonaparte está tranquilo; los representantes votarán. Tres semanas después de la ejecución, el Consejo Privado adopta el principio de la herencia y el título de Emperador para el general Bonaparte. La palabra la tiene ahora el Senado. Desgraciadamente para Napoleón, el Senado no quiere dar este paso. La cólera de Bonaparte es extrema y fatalmente solicita a Fouché. Y es éste y no otro quien en quince días cambia la situación en su provecho con el fin de «conceder al pueblo lo que el pueblo no pide»: un Emperador.

Fouché explica a los hombres políticos que Bonaparte no vacila en pagar de manera adecuada. Todo el mundo recibirá el aumento correspondiente y la situación de cada uno será asegurada y prolongada. Por ejemplo, los que están menos ricamente pagados, los miembros del Tribunalado, que reciben 15.000 francos, se les promete que conservarán su puesto no cinco años, como hasta entonces, sino diez, y que sus sueldos pasarán a 25.000 francos (siete millones y medio de nuestros francos). Los senadores y los miembros del Cuerpo legislativo recibirán ventajas proporcionales.

A los hombres de la Revolución, Fouché les explica también que Bonaparte no será un Rey, sino un Emperador—ahí está la distinción—, simplemente «Emperador de la República Francesa». La República continúa. Las palabras de la República francesa figurarán, como en el pasado, en las medallas y en cabeza de los actos del Gobierno y de la Administración. ¡Vaya por el Emperador de la República Francesa! El Senado vota como un solo hombre. O, más bien, un senador vota en contra. Fouché ha hecho a Napoleón Bonaparte Emperador.

Al hacer un Monarca a su manera, Fouché se reserva una función en el nuevo sistema: la de primer ministro. Por las circunstancias y las condiciones del reinado, será el gobernante principal. Pero si Bonaparte le ha prometido el empleo o el título de primer ministro, es manifiestamente con la intención decidida de no mantener esta promesa más que sus anteriores juramentos.

#### «EN NOMBRE DEL PUEBLO FRANCÉS»

El 20 de marzo de 1815, a primera hora, los Borbones dejan las Tullerías. Aquella misma tarde, a las ocho, Bonaparte llega al palacio, acogido, aclamado y casi ahogado por una multitud de oficiales sin empleo, que vienen a pedirse a los gritos desordenados de «¡Viva el Emperador!». Le han precedido los criados, los lacayos, los domésticos imperiales, los cocineros; todos ellos han venido a tomar posesión triunfal de cuartos en desorden, de lechos aun deshechos. Cuando llega el amo, todo está ordenado. Sube difícilmente la escalera. Va con los ojos cerrados, lentamente, las manos hacia

delante, como un ciego, y no expresa su dicha más que con una sonrisa.

Fuera, el espectáculo es muy diferente. Las plazas públicas están desiertas. No se ven más que soldados. París está lúgubre. Bonaparte ha vuelto y ha llegado como un ladrón. Nadie se hace ilusiones sobre este «acontecimiento funesto». Además, en su gabinete de las Tullerías no hay una multitud, como lo pretende abusivamente la leyenda. Está solo, muy solo, y debe enviar a buscar a los antiguos ministros, a uno después de otro. Fouché, también será de los que se hará llamar.

La situación se hace cada vez más trágica. La renta disminuye. El paro aumenta en los obreros. Se dan subvenciones para que los más turbulentos de éstos realicen paseos por el jardín de las Tullerías lanzando gritos apropiados al «amor» que inspira a la nación Napoleón el Grande. Bonaparte ofrece un simulacro de Constitución liberal a este buen pueblo y le llama a las urnas antes de llamarle a las armas. Nunca se han contado tantas abstenciones y tantos votos negativos. Y aquí no es posible hacer trampa, como en 1802 y en 1804. Hay un cuarto de votantes menos que cuando la elección del Consulado vitalicio y del Imperio. Es cierto que las guerras de Napoleón acusan una pérdida de dos a tres millones de vidas humanas. ¡La gloria! ¡El reverso de la medalla! Heo aquí: en el Ministerio de Hacienda los funcionarios votan que no a razón de veintiocho de cada treinta votos.

Jamás se había visto una cosa semejante como la que ocurrió el 21 de enero de 1815. Apenas si ha partido para una campaña que se anunciaba larga, difícil y complicada cuando Napoleón ya está de regreso. Tres días de viaje de ida, cuatro días de combate y un viaje de vuelta con el récord tradicional. Fouché ha visto justo: dos combates victoriosos seguidos de la derrota completa, la derrota de las derrotas: Waterloo. Tantos trabajos, sacrificios, tanta sangre y sufrimientos impuestos a la nación para acabar a los quince años de este modo.

En veinticuatro horas Fouché termina su tarea. Ha hablado con todos los miembros de la Cámara, con casi todos los ministros y con los amigos de Bonaparte. No se ha tomado el trabajo de intervenir personalmente. Lleva el arte de la intriga hasta hacer imponer a Napoleón su agitación por los más fanáticos de sus partidarios. La única gracia que concede Fouché a Bonaparte consiste en dejarle escoger entre la abdicación o el destronamiento.

La escena se sitúa en el Eliseo. Allí están presentes todos los ministros, altos funcionarios y José y Luciano Bonaparte, y, naturalmente, Fouché. Carnot habla de proseguir la lucha. Su voz muere apagada en la consternación de los asistentes. Ante Bonaparte, en una agitación extrema, Fouché está impasible. Durante esta escena, desde el primer al último minuto, Fouché no proferirá ni una palabra. Bonaparte, en un último sobresalto, afirma que no abdicará. Vitupera a los diputados; pero entonces Fouché mira a Regnaud, uno de los fanáticos de Napoleón, y éste habla con fuerza. Adjura Bonaparte a no luchar inútilmente. El tiempo pasa. El enemigo progresa. Antes de una hora las Cámaras habrán destronado a Napoleón Bonaparte, como el Senado lo hizo el pasado año, si vacila un instante en dimitir.

Bonaparte mira a Fouché y tiene la debilidad de dejar escapar algunas palabras amargas sobre la impaciencia de sus tropas parlamentarias: «Escribid a esas buenas gentes que estén tranquilas, van a ser satisfechas.»

Es «en nombre del pueblo francés» en el que Fouché, presidente de la Comisión extraordinaria ahora, ha cumplido la tarea subterránea de tres meses, y es también en nombre del pueblo francés por lo que acaba de liquidar a Bonaparte. Es entonces cuando vive sus mejores horas. Mazzarino, en un espacio tan corto de tiempo, no lo habría hecho mejor, y Maquiavelo si volviese a este mundo le saludaría. Para comenzar se reserva la inefable satisfacción de expulsar de Francia a su enemigo de siempre, al vencido de Waterloo. Fouché, que le considera como un general fuera de servicio, le conmina a largarse rápidamente. Amenazado y conociendo a Fouché, Bonaparte obedece. Se habría marchado quizá sin este aviso, pues el segundo vencedor de Waterloo, el generalísimo prusiano Blücher, ha declarado formalmente su voluntad de capturar al torturador de su patria y hacerle sufrir la misma suerte que la de Enghien.

# SENTIDO Y PERSPECTIVAS DEL VIRAJE DIPLOMÁTICO DE 1955

Por José IBERO DE URCI

La política mundial de nuestros días no será absolutamente original como una deformada y presuntuosa apreciación pudiera hacernos creer. Pero de lo que no cabe duda es de que evoluciona con mayor rapidez que la de hace veinticinco o cincuenta años. Se trata de un fenómeno general, y no limitado a las relaciones internacionales. Se vive más de prisa que en tiempo de nuestros padres, porque la técnica facilita la rapidez, y la creciente concentración demográfica en el mundo la impone. Por lo tanto, a la diplomacia de las instrucciones reservadas en pliego enviado por barco velero y de la iniciativa de los embajadores, sucedió la de las instrucciones por telégrafo, y a ésta la de las entrevistas personales, tras un desplazamiento aéreo. Cuando en un tratado actual se estipula una vigencia por veinticinco o cincuenta años, ese término equivale al de los tratados indefinidos de antaño; ya que el porvenir nos reserva más sorpresas que nunca. Se quiere decir que hay que prevenirse contra tales sorpresas con mayor cuidado. Y una de las maneras de no hacerlo consiste en encastillarse en posiciones que los acontecimientos pueden superar o superan ya, o en dejar al cuidado ajeno el señalamiento de los nuevos derrteros. Como si a la inversa confundiéramos la agilidad diplomática con un oportunismo tan exagerado que se perdieran los principios y constantes que deben seguir inspirando la política exterior de los pueblos.

Nadie discute que 1955 nos ha aportado un viraje diplomático respecto de la trayectoria que venían siguiendo las relaciones internacionales —especialmente en el Viejo Mundo— desde 1945, uno de cuyos principales acontecimientos, la Conferencia de San Francisco, se ha conmemorado. En realidad, desde aquella fecha ha habido dos grandes zigzags en las relaciones entre «los grandes», que se produjeron en 1948-49 y ahora, respectivamente. El primer viraje puso fin al ensueño de los vencedores: una gran familia de naciones dirigidas por ellos, mediante una férrea organización en la que cinco países formarían a la vez una nueva Santa Alianza y una supergendarmaría mundial. Se impondrían a la vez la democracia, la cooperación y el castigo de los vencidos o recalcitrantes. Ese pensamiento, sincero o no, reposaba sobre un supuesto que quebró desde los primeros momentos: la coincidencia y la armonía entre los criterios y los intereses de los «grandes». Al parecer, Roosevelt y su sucesor lo creyeron así ingenuamente. Es muy dudoso que Churchill lo creyera. Y desde luego no es aventurado pensar que Stalin sólo aceptaba la universalización de la «democracia» como instrumento para imponer la única de sus formas que Moscú considera perfecta: la bolchevique. Que el cálculo de Stalin no era descabellado lo revelaron los acontecimientos. La U. R. S. S., además de sus enormes anexiones, bolchevizó a todos los satélites ocupados, con las curiosas excepciones de Finlandia y Austria oriental. Cuando el Occidente reaccionó el mal estaba

consumado, e incluso propagado a la inmensa China. De ahí el viraje de 1948-49, iniciado y sostenido por EE. UU., que arrastraron de mejor o peor gana a los países occidentales que les debían —aparte de la existencia—ingentes aportaciones crediticias y materiales. Así surgieron sucesivamente la O. E. C. E. (1948), con la Unión Occidental (1948), la O. T. A. N. (1949) y, últimamente, la C. E. C. A. (1950) y la U. E. O. (1954), aunque el proyecto de C. D. E. fuera abandonado poco antes de constituir la citada Unión de la Europa Occidental y de ampliar la OTAN con la Alemania Occidental. Esto en Europa; en América, la Carta de Bogotá (1948) y la Declaración de Caracas (1954) reforzaron los lazos de asistencia mutua creados por el Tratado de Petrópolis de 1947. En Asia los acontecimientos fueron más rezagados: cabe registrar la paz con el Japón—y el subsiguiente pacto de éste con EE. UU.—en 1951, los pactos ANZUS y del Pacífico (1953-54) y la contención armada del comunismo en Corea e Indochina. Lograda a medias, con una especie de empate militar y de tregua política. Indudablemente aun con retraso y con debilidades, el esfuerzo occidental de rearme ha hecho ver a Moscú que el camino emprendido era peligroso, y con esa facilidad de iniciativa que dan al comunismo su falta de escrúpulos y las divergencias de los países libres, ha iniciado un viraje fecundo en consecuencias. Ahora se trata de muchas cosas a la vez. La «neutralización» de los países vecinos o próximos a las U. R. S. S., iniciada en Austria y que se pretende extender a Alemania (animándola a aceptarles con la oferta de la reunificación) es el aspecto más ruidoso o llamativo de la nueva política. Pero no es el único, ni quizá el más importante. La aceptación de planes de desarme, de fachada razonable, pero de ejecución tempestiva, que colocará en inferioridad al Presidente, es otra faceta no despreciable de la unidad política. Como la «distensión» en los escenarios ex béticos, la constitución de nuevas versiones locales de los antiguos «frentes populares», y sobre todo—al final—la división del mundo libre en cinco o seis bloques, cada uno con sus objetivos diferentes, para que entre ellos el eje Moscú-Pekín pueda inclinar, en un momento dado, la balanza de la orientación de los hechos. No es difícil prever y definir esos objetivos, desenmascarándolos. Todos los países lo han hecho, con variedades de matiz; desde las que creen que las concesiones de la U. R. S. S., además de aceptables pueden llegar a las definitivas, a las que las juzgan harto superficiales, momentáneas y peligrosas.

La dificultad para el mundo libre—en el que está España a pesar de la obstinada conducta de otros Estados respecto de ella—consiste en otra cosa. No se pueden desestimar las nuevas realidades creadas por el viraje diplomático de 1955. Al estimarlas, hay algo o mucho, que cambian en las políticas y tácticas desplegadas antes. Quien se aferre a sostenerlas sin cambio será desbordado y arrollado por la fuerza de las realidades exteriores. Pero ¿hasta dónde debe llegar la nueva táctica impuesta por el viraje? Aquí está lo peligroso del cambio y el «atendón de Aquiles» del Occidente. Este tendría que estar de acuerdo sobre las dimensiones del viraje, y a pesar de las numerosas entrevistas entre los «grandes» (y los que no lo son) la coincidencia es muy relativa. Se oponen

a ella obstáculos fortísimos. Empezando por los egoísmos nacionales que llevan a poderosos Estados, que deberían dar ejemplo a los demás, a sacrificar todo a la conversión de sus privilegios. Por ejemplo: el Reino Unido prefiere que 500 millones de chinos sean comunistas, a devolver a Hong-Kong. Y no le importa lastimar a España, Grecia, Irlanda, Guatemala, Argentina y tantas otras naciones, con tal de mantener sus Gibraltares. Para Francia, subsistir en el norte de África—pese a lo reciente de la lección de Indochina—es mejor que contestar al mundo árabe, evitando que a través del neutralismo, tome rumbos peligrosos.

Otro gran obstáculo es que el enemigo está dentro del campo occidental, aprovechando la flexibilidad de éste. No sólo a través de los partidos socialistas grupos del marxismo que siempre están en trance de restablecer la colaboración con sus hermanos comunistas, sino a través del comunismo disidente, estilo Tito, que ha resultado tan «buen negocio» que la U. R. S. S., además de aceptarlo, debe estar preparando su cultivo y explotación. El neutralismo, resto de las antiguas «terceras posiciones», es también un factor de peligro, tanto más grave cuanto que en muchos Estados además de sincero y popular tiene raíces legítimas. Aunque el más peligroso neutralismo es el del «grande» que juega a ser árbitro entre los dos mundos (Bharat) cuando ya haría bastante con comportarse correctamente en sus fronteras (Cachemira, Goa). De todos modos, aquellos peligros no son insuperables para el mundo libre; el oro, el que no lo es, también tiene sus dificultades y vacilaciones, aunque las oculte allende el telón de acero.

Visto el viraje diplomático de 1955 desde España, es claro que nuestro país tiene que atemperarse a las nuevas realidades, sin dejar de gritar a sus amistades, que toda cautela ante las zalamerías soviéticas es poca. Por fortuna o por desgracia las iniciativas y las responsabilidades en las relaciones entre los dos bloques corresponden a otros grandes Estados. El papel del nuestro es más modesto. Hay, sin embargo, algo que en 1955, como en cualquier otra fecha, conviene no olvidar. No podemos seguir la vieja y expresiva—aunque poco selecta frase—«ser más papistas que el Papa». Que no se nos pidan concursos ni sacrificios que no tienen su correspondencia por el lado de los poderosos que los piden; y menos si son sospechosos de beneficiar más a algunos países, que a la común causa de defensa del mundo libre. Y que nadie cuente con España para papeles diplomáticos forjados en función de una alternativa con otras actitudes más cómodas, que los que reparten esos papeles se guarden para sí. Ya somos un pueblo viejo y escarmentado, y podemos ver bien las cosas, sin necesidad de anteojos prestados. Y entre lo que vemos bien, con toda su importancia y con toda su gravedad, figura el viraje diplomático de 1955. Con una particularidad: la de que a pesar de que no ha hecho sino empezar, sabemos que será como todo evento en las relaciones internacionales, temporal y perecedero, porque a juzgar por los comentarios de algunos «expertos» mentores de allende las fronteras, parece como si la Historia se fuera a parar en la firma del Tratado con Austria, y no es así. Son confiados que despertarán más trágicamente que los precavidos.

## RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

PARA CONOCER

POESIA

ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA LITERARIA, QUE SOLO CUESTA DIEZ PESETAS

Don .....  
 que vive en .....  
 provincia de ..... , calle .....  
 ..... , núm. ....  
 desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,  
 un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

# EUROPA, AÑO "0" DE LA LIBERACION



## NO TODA ES POESIA EN LAS ORILLAS DEL MISTERIOSO SENA

a familiarizarse con la venta de aparatos de óptica, cada vez más complicados. Estos 14 españoles se reúnen, una vez a la semana, en una cervecería próxima al Rhin, y, según me dijeron, cantan como condenados; pero no sardanas, sino jotas aragonesas, de las que retumban como truenos. El Ebro está acostumbrado a estas cosas, pero no sé qué pensará el idílico Rhin, hecho a la suavidad sentimental de los *lieder*.

El gremio estudiantil español es el que más viaja hoy por esos mundos. Dispone, claro está, de poco dinero; pero no les importa meterse en un vagón de tercera, dormir en un *coy* y, si es preciso, lavarse la ropa. Sé de muchos casos.

Creo que el dinero que el Estado español invierte en becas segregará, a la larga, los mejores dividendos.

### «LA TOUR D'ARGENT»

Es uno de esos restaurantes que en las guías turísticas internacionales aparece «condecorado» con cuatro estrellas. Las cuatro estrellas quieren decir: «Muy caro». La Tour d'Argent (lo de «argent» no sé si se debe traducir

## DEFENSA Y JUSTIFICACION DEL TURISMO "VILLAGE DE TOILE"

PARIS. (De nuestro enviado especial, M. Blanco Tobío.)— De momento, no puedo echar mano de estadísticas, pero creo poder afirmar que nunca hubo tantos estudiantes españoles en el extranjero como ahora. Me viene este tema a la pluma, porque el otro día me tropecé en plena plaza de la Opera, en París, con dos estudiantes gallegos, hermanos, y ambos amigos míos. Uno está preparando su tesis doctoral en la Sorbona, sobre un tema de Historia del Arte. Otro, había llegado aquel mismo día de Bonn, donde había pasado el invierno estudiando Derecho Civil. Los dos me dieron noticias de un tercer amigo, estudiante en Bonn, pero que había salido de viaje para los países escandinavos.

Si, es muy grato saber que a estas horas, numerosos grupos de estudiantes españoles se están preparando en las mejores Universidades europeas. La última generación universitaria viene pegando fuerte. Se ha acostumbrado a viajar por Europa y habla varios idiomas.

Tratándose de españoles, me parece un poco absurdo decir que necesitamos europeizarnos, como si no lo estuviésemos ya desde que existe Europa. Pero no cabé duda

que las aportaciones que podrán hacer estos muchachos universitarios a la cultura y a la técnica españolas, nos ayudarán mucho a ponernos al día en aquellas cosas en las que quedamos rezagados.

Y, además, no se trata sólo de estudiantes universitarios, sino también de jóvenes que van al extranjero a aprender bien un idioma y a imponerse en un oficio. Por ejemplo: En Colonia (Alemania) hay 14 muchachos españoles, casi todos catalanes, que fueron a Alemania a aprender el alemán y

De todos los países del mundo, a la sombra de la Torre Eiffel



aquí por «plata» o «dinero»; yo pondría esto último, por eso de las cuatro estrellas) es, tal vez, el restaurante más antiguo y famoso de París. Está en el «quai» de la Tournelle, y tiene la particularidad de que el pobre comensal, como compensación por la suma que tiene que pagar por un comida, recibe una especie de certificado de haber sido, al menos una vez en la vida, cliente de La Tour.

Yo sé de un indiano que hizo imprimir en sus tarjetas de visita: «Fulano de tal, pasajero de segunda clase del "Queen Elizabeth"». Lo de La Tour d'Argent debe servir para lo mismo.

Bueno. Es el caso que el propietario de este restaurante con cuatro estrellas acaba de publicar sus «Recuerdos». Uno de ellos, me ha llamado particularmente la atención, y supongo que a ustedes también.

Cuenta el «autor-restaurador» que inmediatamente después de entrar las tropas aliadas en Berlín, recibió el encargo de preparar una comida para los jefes militares aliados: entre ellos Zukov, Montgomery y Koning, el francés. Era el almuerzo destinado a celebrar la gran victoria militar sobre Alemania.

La Tour estuvo a la altura de tan excepcional momento histórico. En un avión especial puesto a disposición del Estado Mayor gastronómico del famoso restaurante, salieron para Berlín, envuelto en el humo negro de los últimos cañonazos soviéticos, las materias primas culinarias más exquisitas de Francia.

En camiones—también especiales—, y desde Tempelhof, cocineras, cacerolas, vajillas, salsas y manteles, salieron en misión «top secret» para el lugar donde había de celebrarse el consivio. Los soldados rusos, ojerosos y medio dormidos, pues llevaban diez días de pillaje, autorizados expresamente en la orden del día, daban el alto, en cada esquina, a la expedición motorizada de La Tour d'Argent, que, al fin, llegó a buen

puerto. «¡Es un encargo de Zukov, de vuestro general!», gritaban los de los camiones, y el nombre del mariscal soviético fué como un santo y seña de vía libre.

Finalmente, el almuerzo se celebró con todos los honores, y Zukov se entusiasmó tanto con las viandas que incluso se quedó con parte de la vajilla. Su intérprete oficial quitó hierro a la brutalidad del mariscal diciéndole al consternado «chef».

—Su excelencia no ha podido resistir la tentación de tanta belleza.

Mientras, los berlineses nadaban en las aguas del diluvia.

#### LAS CIUDADES DE LONA

Si usted cruza Francia en tren o por carretera, de vez en cuando descubrirá en el claro de un bosque y generalmente en la orilla de un río un campamento formado con tiendas de campaña de color pardo. Al lado de este campamento verá usted también un aparcamiento de automóviles. Y un cartel que dice: «Village de Toile» o sea «Pueblo de Lona».

No se trata de «boys-scouths» ni de soldados, sino simplemente de veraneantes. De veraneantes que sienten, por un lado, un entrañable amor a la Naturaleza y al aire libre; por otro, una no menos entrañable aversión a los hoteles, y de una manera muy especial a los precios de los hoteles.

Quizá muchos españoles no comprendan cómo un señor que puede pagarse un automóvil no puede, en cambio, hacer frente a la cuenta de un hotel para veraneantes. La cosa es muy sencilla: los automóviles están baratos y los hoteles están caros. Una de tantas paradojas a las que hay que acostumbrarse. Rodar por una carretera en un buen automóvil de veinticuatro caparros y dormir después sobre un colchón neumático, bajo una lona parda, parece un contrasentido, y seguramente lo es. Pero el hecho ahí está.

Se cuentan por millones los

franceses que pasan el verano—casi siempre con mujer e hijos—en estos «Villages de Toile». Esta es, sin duda, la razón por la que en los hoteles sólo se tropieza uno con extranjeros. Los «vecinos» de estos poblados de quita y pon viven en régimen de Far West, en la época de los pioneros. No hay alcalde, ni autoridades locales, ni servicios públicos. Cada uno hace lo que le viene en gana, y en paz. Cuando se cansa de tanto aire libre, es decir, cuando le duelen las costillas y los mosquitos le han puesto como a un Cristo, levantan la tienda, la atan al tejado del coche y se van con la lona a otra parte. Las «Villages de Toile» ni siquiera son bautizados. Se llaman así, genéricamente, y nada más.

Para los franceses, que tienen la vida, quizá excesivamente reglamentada, organizada y mecanizada, esto de irse a vivir a un campamento de lona debe tener un gran atractivo. Después de todo, el francés sigue siendo rousoniano en el fondo, y cree que el hombre sería mucho mejor si no lo pervirtiese la sociedad, y especialmente los recaudadores de contribuciones. Sin embargo, no deben hacerse muchas ilusiones. En su día el Gobierno francés publicará un reglamento muy meticuloso sobre los poblados de lona, y entonces será preferible mil veces pagar la cuenta de un hotel.

De momento, acaba de salir una disposición por la que se exige un certificado de matrimonio a las parejas que aspiren a cobijarse bajo un mismo techo de lona.

#### LOS PESCADORES DEL SENA

Ustedes me perdonarán, pero yo soy un contumaz aficionado a la pesca. De forma que no paso de aquí sin dedicar una parrafada a los pescadores del Sena.

El Sena es un río rápido y sucio. La belleza, la solemnidad e incluso la poesía, sobre todo de noche, se las han puesto los arquitectos y los ingenieros de París; también los jardineros. Tienen trozos alegres y trozos sombríos y melancólicos. Cuando pasa por la isla de San Luis es terriblemente melancólico.

Las orillas del Sena están atiborradas de literatura, especialmente en los trozos donde están instalados los libreros de viejo. Aun ahora éste es un verdadero paraíso para los bibliófilos. Además, los libros de segunda mano, que lo son de primera, pues la mayoría están sin abrir, resultan excepcionalmente baratos. Abunda, desde luego, la literatura más o menos galante, como decían nuestros abuelos. Pero se encuentran verdaderas gangas.

Pero no hay sólo libros en los tenderetes de los libreros de viejo. Hay litografías, acuarelas originales, antigüedades y monedas de todas las épocas. Incluso puede comprarse usted, si lo desea, una Cruz de Caballero de la Legión de Honor. Las hay a montones. Cruces que algún día debieron pertenecer a heroicos combatientes de Verdún o tal vez de Sedán; que debieron adornar pechos varoniles en fotografías de boda, y que han terminado en un tenderete del Sena, al lado



El éxodo parisino en el verano utiliza toda clase de vehículos imaginables. Los trenes, las modernas autopistas, son insuficientes

de una novela de la serie negra o de una litografía pornográfica. Y quien dice la Legión de Honor dice la Cruz de Hierro, con la cruz gamada.

Sobre el Sena, los puentes. No sé cuántos; pero muchos. Suicidarse en las aguas del río debe ser bastante difícil; en cada puente hay una vitrina, y dentro de la vitrina, un salvavidas. En caso de accidente se rompe el cristal, se saca el salvavidas y se arroja al náufrago, voluntario o involuntario. Además, también en la vitrina hay un teléfono para avisar a la Policía fluvial y un timbre de alarma. Todo está previsto.

Pero hemos quedado en que íbamos a dedicar un párrafo a los pescadores del Sena. Son innumerables y extraordinariamente pacientes. Yo me he pasado horas enteras observándolos sólo para ver las especies que se pueden extraer del Sena. No vi cobrar ni una sola y tengo la sospecha de que en este río no hay peces. Desde luego, lo lógico es que no los haya. Las aguas son sucias, gelatinosas y muy transitadas por barcazas, gabarras y toda clase de barquichuelos, a motor y a remo. Por muy buenas bronquias que se tengan debe ser muy difícil respirar en un ambiente tan corrompido. En todo caso, un pez del Sena debe saber a una mezcla de gas-oil y de alquitrán. Sin embargo, allí están los pescadores, con sus largas cañas, lanzando el sedal horas y horas y no desanimándose jamás. Cada uno está abonado a un sitio fijo, en el que ha montado un tingladillo, y cuando se cansan o cambian de lugar lo aiquillan o lo traspasan por unos cuantos francos. Todos estos pescadores son gente mocheña, que unas veces están sin trabajo y otras acude al «tajo» en cuanto cuegla el mond.

Con uno de ellos sostuve una conversación muy animada. Como todos los pescadores, mintió como un bellaco. Me habló de una pieza que pesaba tres kilos, y como yo le dijese que era la suya una historia marsellesa, llamó a voces a otro pescador, Pierre, para que testificase. Pierre vino hacia nosotros después de acomodar su caña y, no sé si por envidia, dejó los tres kilos de marrras en uno y medio, y va que arde. Esto motivó una fuerte discusión entre ellos, llena de insultos pintorescos, la mitad de los cuales no entendí, pero la sangre no llegó al río, y eso que estaba bien cerca.

Los pescadores del Sena forman parte del paisaje urbano de París. Le prestan al río un aire de domingo en provincias, que le sienta muy bien. Lástima que nadie les haya dicho todavía que en el Sena no hay peces; porque si un día alguien saca uno vivo del agua habrá que llevarlo al «acuarium» del palacio de Chaillot para exhibirlo como un ejemplar único.

#### LA NOSTALGIA DE LOS SOLES DE AUSTERLITZ

París es, sin duda, la ciudad europea que encierra más recuerdos bélicos. Es también la que tiene la más suntuosa arquitectura militar de nuestro Continente. Ni



El francés sigue siendo «roussonian» en el fondo; por eso le agrada tanto irse a vivir a los campamentos veraniegos

su condición de ciudad abierta durante la pasada guerra, ni su cosmopolitismo manifiesto, ni sus mitos pacifistas, logran ocultar o disfrazar su calidad de museo de guerra. Esta afirmación pudiera parecer peregrina, pero no lo es. En Berlín, antes de la guerra, había un general prusiano, sable en alto, en cada plaza, y una imponente avenida de las Victorias.

En París, cada cien pasos—y no creo exagerar mucho—hay un recuerdo de Napoleón y de sus fulgurantes victorias. Austerlitz, la gran victoria napoleónica que brilló como un sol sobre las armas francesas, es hoy el nombre de una estación de ferrocarril, en la que nos apeamos todos los viajeros procedentes de España y Portugal. Friedland y Grand Armée son hoy nombres de dos grandes avenidas que nacen o mueren en la plaza de la Estrella, en mitad de la cual se alza el Arco de Triunfo, otro grandioso y petulante homenaje a Napoleón; en el Arco de Triunfo están esculpidos en piedra los nombres de todas las victorias del gran corso, incluidas algunas que no fueron victorias, precisamente, como Bailén.

En todas partes, el recuerdo del Emperador. En calles, en plazas, en edificios, en museos, en «brasseries», e incluso en orquestas. No creo que haya una ciudad en el mundo, repito, que ha-

ya exaltado de una manera tan abrumadora a un héroe militar y a un Emperador. Exaltación que no pertenece al pasado, sino al presente, y que se traduce en formas de expresión tan modernas como es el cine. No hace mucho que se estrenó una película de Sacha Guitri sobre Napoleón, y no pasará mucho tiempo hasta que se estrene otra dándole una vuelta más a este tema eterno, que tan brevemente transcurrió en el tiempo de la Historia, desde Tolón a Waterloo.

París, y toda Francia, siguen bajo la fascinación del Emperador, «sous la charme», y añorando, en el fondo, el brillo y el calor de los soles de Austerlitz, cuando el gran Ejército enseñoreaba a Europa, aunque efímeramente.

Y al lado de esta fascinación, que continúa emanando Napoleón desde su frío y grandilocuente mausoleo de los Inválidos, persiste, igualmente en el pueblo francés su recóndita vinculación sentimental a la Monarquía, a la realeza versallesca, al Rey Sol, a María Antonieta, a Eugenia de Montijo.

Lo que no tiene París, ni tendrá jamás, es aspecto republicano. Toda su arquitectura, toda su monumentalidad responden como en ningún otro sitio del mundo a la idea de la Monarquía, a la imagen del Imperio. Nuestra

Señora de París está hecha para servir de marco a una coronación y no para recibir el juramento a la Constitución de un Presidente de la República, con chistera, frac y zapatos de charol. El Campo de Marte está hecho para una parada militar, con revista del Rey a caballo, y no para paseo de turistas y de amas de cría. Y todo por este orden de cosas.

Definitivamente, la República no le sienta bien a París, y tampoco le sienta bien al alma del pueblo francés, muchísimo más militarista y muchísimo más monárquico, por tradición y por gusto, de lo que él mismo se cree, o de lo que le hacen creer sus gobernantes, siempre temerosos de que surja un primer cónsul republicano que termine coronándose en Nuestra Señora con Napoleón I y como Napoleón III...

Se han querido buscar muchas explicaciones a la permanente inestabilidad política de Francia, sobre todo, a partir de la IV República. Las explicaciones de este género siempre abundan y pueden ser todo lo complicadas que se quiera; pero yo, personalmente, creo que hay una muy sencilla: la de que el pueblo francés no tiene conciencia republicana; la de que, en consecuencia, no siente ni se entusiasma con las instituciones republicanas, excesivamente técnicas para un pueblo imaginativo y que, por una u otra razón, no consiguen sacar al país de una gris mediocridad. La mediocridad es lo que más detesta el francés.

Fuedo equivocarme lo admito. Pero para subrayar mi opinión ahí está, bien a la vista, un hecho elocuente: la absoluta indiferencia que experimenta el pueblo francés hacia sus gobernantes y, en general, hacia la política, pese a las continuas llamadas que se hacen a su conciencia y a su civismo.

La cosa no debe extrañarnos demasiado: Sumados los años que han durado cuatro Repúblicas tenemos poco más de un siglo. En cambio, la Monarquía francesa ha durado siglos y siglos. No será yo quien diga que Francia no volverá a conocer otra Restauración... De todos los pretendientes que hay en el mundo, probablemente el menos iluso es el Conde de París.

#### LA LIBERTAD, LA COCINA Y EL AMOR

El francés siempre ha sido muy gruñón, como el español; pero ahora lo es más que nunca. Se diferencia de nosotros en que en vez de echarle la culpa al Gobierno de todas las dificultades con que tropieza se las echa a los americanos, o a los ingleses, o a los que se pongan a tiro. Desde la última guerra, los franceses se han vuelto un poco xenóforos.

Sin embargo, la verdad es que no tienen grandes razones para quejarse. Trabajan mucho menos que los alemanes, por ejemplo, y viven mejor que ellos. Tienen un nivel de vida más elevado. Esto, desde luego, no se advierte a primera vista. A primera vista se tiene la impresión de que los alemanes van por delante. Pero las

estadísticas desmienten a los ojos, y supongo que habrá que creerlas. Ello no impide que los periódicos de París pongan constantemente como ejemplo de laboriosidad a sus vecinos del otro lado del Rhin, comparando cifras de producción y extrayendo de ellas lamentables conclusiones.

Esto es como una envidia al revés. Comprendería que los alemanes trataran de imitar a los franceses; no comprendo por qué sucede lo contrario. Se me dirá que espere unos años; que ya veremos lo que pasa con Alemania dentro de diez años, cuando haya triplicado su producción de todo.

Inútil espera. Dentro de diez años los franceses seguirán viendo mejor que los alemanes. Siempre ha sido así. ¿Quién ha dicho que el trabajo crea más riqueza que la imaginación?

Yo tengo la sospecha de que los conflictos sociales franceses, que abundan como las lentejas, son creados artificialmente por los Sindicatos, que hoy constituyen la fuerza política —he dicho fuerza política y no social— más temible que hay en Francia. Estos Sindicatos están en permanente actividad, en constante deliberación. Podría decirse que la principal ocupación de los obreros es asistir a reuniones sindicales. Un vez en ellas, no es cosa de ponerse a leer el periódico; hay que hablar, pues, del problema social, y como aquí hay siempre tela que cortar, ya que nunca se llega a la satisfacción plena de todas las aspiraciones, en seguida se le ocurre a alguien pedir un aumento de salarios, por aquello de que los precios han subido; que siempre están subiendo, claro está.

En Francia se acusa, tal vez más claramente que en ningún otro país europeo, a excepción de Inglaterra, el envejecimiento del sindicalismo obrero clasista. Las relaciones entre trabajadores y patronos no son todo lo tirantes que fueron antaño ni son todo lo buenas que debieran ser. Falla el sistema, en una palabra. Es así como confidencialmente pudo decirme un obrero, en un bar:

—Si no fuese por el sindicato, viviríamos en paz. Debería intentarse un sindicato para reivindicar el derecho a que le deje a uno en paz el sindicato.

Queda dicho que los franceses son muy gruñones. Sin embargo, nadie como ellos sabe sacarle tanto provecho a la vida. Han inventado la libertad, la cocina y el amor, tres productos de la Imagi-

nación, y éste es su mayor orgullo.

De otras dos cosas se está enorgullecendo ahora: De sus locomotoras eléctricas, que ostentan el récord del mundo de velocidad, y de su industria aeronáutica u personal, que va camino de ostentarlo. Un «slogan» publicitario de los ferrocarriles franceses (S. N. F. C.) dice así, aludiendo delicadamente a los cacharrazos tan frecuentes en las carreteras por exceso de velocidad.

«Viaje sin temor a más de 100 kilómetros por hora en la S. N. F. C.»

#### LA PROCESION POR DENTRO

El señor Faure se fué a Ginebra dispuesto a defender, juntamente con sus colegas occidentales, la reunificación de Alemania. ¿Qué piensan los franceses de esta reunificación?

Piensan, sencillamente, que al mal tiempo hay que poner buena cara, aunque la procesión vaya por dentro. A los franceses —y probablemente también a los ingleses— la reunificación de Alemania les hace tanta gracia como recibir un sartén en los nudillos; o un puntapié en el peroné, a elegir.

La cosa está clara: Si una Alemania occidental es ya temible por sí sola, calculen ustedes si lo será mucho más recibiendo un refuerzo de 17 millones de habitantes y de «Lebensraum» (espacio vital). En consecuencia nada aliviaría tanto a París como un fracaso honorable de todos los proyectos de reunificación alemana; un honorable fracaso imputable, de una manera ostensible, a los rusos, sin la más mínima responsabilidad francesa, se entiende.

Sin embargo, naturalmente, el Gobierno francés está comprometido totalmente en defender la reunificación.

Como la política francesa se hace siempre a base de juicios históricos, los expertos del Quai d'Orsay no encuentran perturbadora para su conciencia europea esta hipocresía forzosa. Para ellos, la Alemania creada por Prusia, no tiene sentido histórico, ni misión europea. La auténtica Alemania, es la anterior a Bismarck, repartida entre reyes provincianos, arzobispos teocráticos y landgraves feudales. La Confederación del Rhin, en una palabra. Hasta 1870 esta fué Alemania, y a partir de esta fecha, Prusia inventó una nación sólo consciente de su fuerza, pero nada más.

A. BLANCO TOBIO  
(Enviado especial).

Está a la venta el número 41 de

## "POESIA ESPAÑOLA"

en el que encontrará las firmas de Manuel Alcántara, Benjamín Arbeteta, Javier de Bengoechea, Ramón Cid, Francisco-Tomás Comes, José María Fariás, Margarita Feal, Jean-Claude Ibert, Leopoldo de Luis, F. Martín Iniesta, Manuel Molina, José Miguel Naveros, Carlos Edmundo de Ory, Vicente Ramos y Félix Ros

# ALEGRIA Y SARDANAS DE UNA COMARCA

LA HISTORIA DE UN PUEBLO A TRAVES DE UN MUSICO QUE ALEGRO TRES GENERACIONES

LOS PAYESES DE MONTGRI DANZAN A LOS COMPASES DEL VIEJO "VICENTET"

TORROELLA de Montgrí cae —en la provincia de Gerona— muy cerca de la desembocadura del río Ter, en un recodo del ubérrimo llano ampurdanés. La historia de ese pueblo es de un férreo abolengo feudal. En cuanto a la comarca del Montgrí, es una de las más ricas del agro catalán. En ella, desde el fin de la guerra, se han venido amasando cuantiosas fortunas. En pueblos como Verges, Albóns, La Armentera y San Pedro Pescador, el bienestar se nota a primera vista. Todo ese bienestar, toda esa riqueza confluyen cada lunes en el mercado semanal de Torroella. El mercado comienza muy de mañana. Hacia las doce —cuando el ambiente huele a ácido úrico y bajo el sol revolotean las plumas de la pollería sobrante— se acumulan los payeses ante las rejas de la Caja de Ahorros. Luego —salvaguardadas sus ganancias— acuden antes de comer a alguna barbería. De la misma manera que no puede entenderse un mercado sin fonda, tampoco se concibe —en esta tierra— un mercado sin barbería.



El payés es un tipo regulado, un hombre que reserva para cada momento una postura conveniente, tradicional. Y necesita de las barberías, en donde expande —de mercado en mercado— su gran facilidad en la suelta del rollo, del rollo inocuo vacuno, tipo «bla, bla, bla»...

El caso es que Torroella, siendo un pueblo viejísimo, siendo un pueblo donde flota aun la sangre azul, un pueblo con escudos nobiliarios en las casas, un pueblo con ricos de herencia y con ricos de última generación, y con ricos salidos de la nada, tiene de cara al exterior —de cara al resto de Cataluña— un solo hombre universal. Y ese hombre (un anciano ex barbero que fué músico, que fué compositor) es un

tal Bou, Vicente Bou, un hombre que —a lo largo de su vida— ha hecho bailar a miles, a muchísimos miles de personas.

«EN VICENTE»

Todos los lunes, hacia las doce de la mañana, puede usted acudir a una modesta barbería cercana a la plaza Mayor. Unas vidrieras, un viejo rotulito de «Coiffeur», una bacía colgada... Entre visillos y cristales suele haber unas solfas. Son partituras de las últimas piezas compuestas por el músico. Recuerdo haber visto —hace cosa de un año— las de «Torroella, vila vella» y «La Cardina encara salta...», dos sardanas que han tenido mucho éxito, principalmente la primera.

El local es pequeño y huele a jabón de afeitar y a sal fumante. La clientela, compuesta de payeses, dialoga a voz en grito.

La alegría en las calles de Torroella en sus fiestas veraniegas



El dueño del negocio es el hijo de Bou y viste con la bata blanca clásica en el oficio. Los lunes hay también un oficial y un aprendiz. Tocante al viejo «Vicenteta», ya no ejerce el oficio del rapado, porque el pulso le tiembla. Suele andar siempre por la trastienda. Sólo cuando el trabajo es agobiante remoja barbas.

Vicente Bou es un setentón alto, delgadillo, de aspecto muy pulido. Viste limpia y modestamente. Produce la impresión de que una hija—o una nuera—le cuidan con gran mimo.

Los viajantes de Barcelona que hacen escala regular en Torroella le conocen muy bien, porque Bou suele andar por las calles con un cenacho entre las manos. En la casa de su hijo ayuda en lo que buenamente puede y va de compras. Al autor de «El saltiró de la cardina» le encanta darse a conocer a los viajantes.

—¿No me conoce usted?... Yo soy Vicente Bou...

Se da por satisfecho con que le estrechen la mano. Luego sigue adelante, adosado a las aceras, moviéndose con timidez, siempre con su dulce sonrisa de inspirado.

Bou no tiene memoria. Me lo han presentado varias veces en diez o doce años y—también varias veces—él ha acudido a mí, al verme forastero, diciéndome puerilmente orgulloso:

—Yo soy Vicente Bou...

Hace dos o tres años charlé con él durante varias horas en el casino. Recuerdo que me pidió un par de títulos para unas sardanas que estaba preparando. Cuando le pregunté detalles sobre su vida, me pareció que el hombre tenía un libro blanco a sus espaldas. No recordaba nada o casi nada. Hilvanó alguna anécdota sobre su vida de músico de «cobla», sobre cómo compuso alguna de sus piezas maestras. Después cayó en divagaciones, comentando cositas del vivir diario.

Todo el mundo le daba como hombre acabado cuando con su «Torroella, vila vella...» volvió a la línea fresca, movidiza, de su genio. Sospecho que después de componerla «Vicenteta» andaría por el pueblo con su cenacho asaltando viajantes.

Es frecuente encontrarle en los días festivos a la puerta del cine esperando la hora del descanso. En tal momento suelen pasar por la banda sonora las sardanas «Llevantina» y «Girona aimada». Y él las escucha embobado, satisfecho...

Los payeses de Montgrí acuden con frecuencia a la barbería del hijo. Ya he explicado que en días de mercado no cabe en el local un alfiler. Esas gentes no acaban de entender a un hombre tan glorioso como «Vicenteta» no tenga un triste duro en la Caja de Ahorros.

—¿Es usted de Torroella?—les preguntan—. ¿Qué tal está Vicente Bou?...

Y los payeses callan, porque les da reparo confesar que el genio de hombre de la villa, el hombre ilustre, es un niño de apenas setenta y cuatro años...

Este niño ha compuesto muchísimas sardanas, todas inspira-

dísimas. El día en que le lleven a la tierra cuajada de cipreses llorarán las «tenoras» de toda Cataluña. Y hablarán de él en «La Vanguardia» y en todos los diarios. Opino que—a la hora de escribir, su necrológica—deberían reunirse todos los payeses ricos que le vuelven la espalda y ponerse a pensar...

#### JOSE VICENS. «EL XAXU»

La Escala es otro pueblo de la provincia de Gerona. En tal provincia nació la sardana y—en tal pueblo—nació José Vicéns, barbero como Bou y—como Bou—compositor intuitivo.

A ese José Vicéns le llaman «Xaxu». Por «l'avi Xaxu» es conocido y admirado. A sus ochenta y cinco años lleva compuestas más de seiscientas sardanas, amén de otras músicas. Vive solo, con su hija, en una humilde casa del barrio mariner. La Escala es un pueblo rebotante de barcas que huele a salazón. Caen a cuatro pasos de la famosa Ampurias, la única ciudad muerta de Cataluña. El arte de la pesca se hace en La Escala heroico, pues sobre el puerto baten las resacas de todos los temporales del golfo de León, aupadas por la tramontana.

Sus dos discípulos más conocidos han sido Albert Martí, el «tenora», y Pedro Ferré, que llegó a ser trompeta de la orquesta del Liceo barcelonés. Muchos años atrás, cuando los condes de Perelada mantenían una escuela de música donde los naturales del país eran gratuitamente adiestrados, José Vicéns, el «Xaxu», cobraba un duro al mes por dar clases de flauta, de fiscornio, «tenora» y contrabajo. Luego le dió por emplear como barberos a sus discípulos.

«Xaxu» había aprendido de los maestros Mercader y «Xio», pero su formación fué, en esencia, autodidacta. Según explica, en sus primeros años admiraba a Antonio Agramunt, el sucesor de «Pep Ventura» en el apostolado sardanístico.

El «Xaxu», este viejo menudo, alegre, de mirada desvaída, de acuosas conjuntivas oculares, ha sido el Lope de Vega, es decir, el fecundo, el incansable creador entre los sardanistas. Nadie iguala su récord de seiscientas sardanas, algunas de las cuales pueden figurar entre las cincuenta mejores de todos los tiempos.

Tenía sólo trece años cuando compuso «La Filosa», una pieza importante, aunque elemental. Su último éxito ha sido «Bona festa», la pieza más bailada desde que terminó la guerra. «El cant del pastoret», «Caricies», «L'Arc del Triomf», «La roca del Cargol» son sus obras maestras. Hace tres años aun compuso «La festa dels Vells», destinada al homenaje a la vejez que la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros celebra anualmente en todos los pueblitos catalanes.

También ha sido «l'avi Xaxu», como es de suponer, un músico de «cobla». A él se debe la fundación de los conjuntos «La principal de La Escala», «La principal de Tordera» y «La principal de Calella». Incluso actuó una temporada en la famosa «Principal de La Bisbal», que

desde siempre ha sido la mejor entre todas.

Su padre fué, como él, «senyor music» y le han seguido su hijo y su nieto. Su nieto—el joven José Vicéns—ha triunfado en España y fuera de España como solista de piano.

El «Xaxu»—como Bou—es otro de los músicos—de «cobla»—es otro de los compositores de sardanas—que con su profesión se hicieron más sabios que ricos.

#### GARRETA, EL RELOJERO...

En la rambla Vidal del San Feliú ochocentista había un taller de relojería propiedad de Julio Garreta, hombre de vida mansa, helenizada. Julio Garreta había nacido en 1875, es decir, en el mismo año en que murió de tos el jiennense Ventura, innovador de la sardana. Hacía el 98, el muchacho Garreta dedicaba sus ocios a pasear, a leer y a estudiar música. Hombre de inclinaciones culturales muy marcadas empezó a componer ya un poco tarde, hacia los treinta años. Entonces dominaba con gran precisión la difícil mecánica de su arte.

Garreta se hizo un poco tiempo neo. Tipo de genio fácil, llevaba una plácida vida aburguesada, exacta, cuando la vocación de compositor estalló con sus primeras sardanas de una sabia belleza, de un gusto encantador.

Garreta se hizo un poco tiempo el gran señor de la sardana. Mucho más preparado que el «Xaxu», que «Vicenc» Bou, mucho más diáfano y meticuloso que el sentimentalísimo e irregular Ventura, el relojero de la rambla Vidal consiguió—con su contemporáneo Morera, de Barcelona—que la sardana fuese considerada seriamente. Las piezas de Garreta—sinfonizadas—pasaron pronto las fronteras de España. Su «Giberola», su «Pedregada», su inspirada, hermosísima «Pastoral» y—esencialmente—su «Juny»—extenuantemente rica de matices—, le hicieron pronto el músico mejor de Cataluña.

El relojero murió joven creo que antes del año 30. Su fama había traspasado incluso las fronteras de la vieja Europa. Cuando era momento de esperar sus mejores creaciones, dejó de componer. Poco después moría, dejando unas sesenta sardanas de excepción, trazadas con meticulosidad, riquísimas. Piezas como «La filla del marxant», «Flor de neu», «La rosada», «Pecadora», «Griselda», son de una musicalidad embriagante, refinada. La música de este hombre tiene perfume propio. Su distinción, la eleva. Su exactitud, la ciñe. Garreta matizó como ninguno. Hay en sus piezas una tal sensibilidad, un tan grande sentido del amor a la vida, una tan poderosa plenitud que cualquiera, al oírlas, adivina una época, una vida, un mundo viejo, y limpio, y amoroso.

#### NOCTURNO EN EL «PAS-SEIG»

Hacia la media noche, en agosto, sentado en cualquiera de los bellos cafés del paseo del Mar, he escuchado muchísimas sardanas de Garreta. Son piezas poco airosas, piezas que no se prestan al punteo lucido. Casi nunca las

bailan. Los músicos derraman sobre el «Passeig» la dulcedumbre melancólica, alada, de los «curts». Si es la Fiesta Mayor de San Feliú, esos músicos son indefectiblemente, los de «La Principal de La Bisbal». En tal caso, el «Passeig» se llena de silencio. Los camareeros no se atreven a moverse. Pasan grupos de ingleses color de langostino; al pararse a escuchar, algo les dice que todo el subterráneo espíritu de la latinidad, que toda la telúrica vigencia del helenismo turba el cielo vestido de noche acidulada. Unas señoras ricas, cargadas de abalorios, consumen «tutti frutti». Un vaho de café tostado discurre sobre el aura del «terral», el viento pobre, el niño de la noche. Los músicos atacan el motivo central de la sardana «Juny», la mejor de Garreta, y, a mi juicio, la mejor que se ha escrito desde que el ciego Homero hablase de las danzas de los sardos. Ese motivo es sinuoso, templadísimo cálido. Uno piensa en los Junios de Garreta, en los Junios de entonces, cuando con un durito vivía una familia. En los Junios de entonces se podía sentir el placer vegetal, contemplativo, de la vida. San Feliú era un pueblo feliz y sin camisa, un pueblo de «tapers», de pescadores, con pobres de tarifa mínima, con ricos de siete mil duros.

Las sardanas del músico Garreta son el mejor regalo que puede producir una fiesta mayor. Las sardanas de Bou producen alegría pastoril, campesina. Las piezas del buen «Xaxu» son de una saltarina simplicidad. Escuchando las cosas de Garreta se tiene la impresión de que—de un momento a otro—ha de llegar Ulises, el turista más viejo del mar latino...

### MORERA, EL HOMBRE PREPARADO

El Ampurdán—país de la sardana—tiene un himno compuesto por —el maestro Morera, de Barcelona. Todos los niños en la escuela lo han cantado alguna vez:

«Cap a la part dels Pirineus, vora serrats i arrán de mar n'hi ha una plana riallera, n'és l'Empordà...»

El maestro Enrique Morera y Viure nació en la capital de Cataluña en mayo del año 70. Hijo de casa rica, estudió música en Bruselas, hizo varios viajes a la Argentina y durante largo tiempo vivió en Madrid. Morera fué hombre blanquecino, muy intelectual, de una vasta cultura. Perteneció al equipo de la «Renaixensa» catalana, movimiento ejemplar ajeno a la política, que levantó las artes, movilizó la industria y agigantó el volumen espiritual del pueblo catalán, tan apagado entonces. Siempre se ha dicho que son los poetas quienes preceden, quienes encauzan las revoluciones. En la revolución pacífica tenaz, laboriosa de aquella Cataluña, el maestro Morera jugó un papel de gran relieve. Arquitectos, y músicos, y pintores, y poetas, se unieron a los hombres de ciencia, a los genios de empresa, para crear lo que ahora es orgullo de toda la Nación. La «Renaixensa» ha sido uno de los hechos



Los jóvenes de la comarca se reúnen en las mañanas de los domingos para bailar las clásicas sardanas

colectivos de larga duración más sólidos de nuestra Historia.

Morera, en el camino de la sardana nueva, es el hombre templado, el gran teórico, el universalizador. Inteligente como Julio Garreta, más culto aún que él, más enterado de lo que pasaba fuera de San Feliú no llegó nunca a la elevada línea de inspiración alcanzada por éste, pero, en cambio, obtuvo sardanas más perfectas, más completas. Garreta fué el dignificador. Morera acrisoló, purificó. Le faltaba a Morera el contacto directo que tuvieron los músicos tipo Ventura con el campo, y el mar, y la montaña. Pero a Garreta, en cambio, le faltó correr mundo, y cotejar, y templarse.

¡Ventura, y Bou, y el «Xaxu», y Garreta y Morera!... Entre estos cinco nombres se encierran casi ochenta años de sardana moderna. Ventura fué un ignorante inspiradísimo, un gran intuitivo triste, un asombroso sentimental. Bou ha sido el genio irregular, tremendo, el francotirador de la sardana, el hombre que la levantó a empujones. José Vicéns, «el Xaxu», es el primer cantor de la alegría, el hombre que consigue entusiasmar con su simplicidad melódica, de tan bien conseguidas estridencias.

Después de ellos—en otra línea, en una línea ambiciosa, madura—salen Garreta y Enrique Morera...

El maestro Morera, en Barcelona, siguió las huellas de José Anselmo Clavé el creador de los coros obreristas. Se desvivió, además, por la música folklórica, por las costumbres, por las tradiciones. Muchas de sus sardanas se basan en motivos populares recogidos en las viajes masadas de las Guillerías, del Pirineo gerundense, de la Plana de Vich, del Vallés, de la Garrotxa, incluso del Priorato y del Bergadà.

Morera fué un hombre activísimo, un organizador. Fundó el Teatre Liric Català, la Societat Coral Catalunya Nova, dirigió la Escuela Municipal de Música, colaboró como «maestrino», en el Gran Teatro del Liceo y dirigió muchos conciertos... Morera estaba siempre a punto para salir en busca de un viejo motivo popular. Y vertió esos motivos en importantes obras para orquesta, en poemas sinfónicos estimabilísimos. Sus sardanas son dulces, de un trémolo cargado de melancolía: «Planyivola», «La frescor de l'aigua», «A sol batent», «A la

plaça», «Mainada», «Sempre teva», etc., son piezas de una gran riqueza, piezas pulidas, juguetonas... Escribió, además, varias cosas corales que son de una finura incomparable como «Marinesca», «Salutació», «La Nostra Nau», etcétera. El Orfeo Català logra, con estos poemas polifónicos, plasmaciones de enorme plasticidad, plasmaciones señeras. Si usted hace un viaje a Barcelona, le pido, por favor, que vaya a oír a ese Orfeo, en el Palacio de la Música. No debe preocuparse si no entiende la letra. Escuche usted. Comprobará que la fuerza expresiva de Morera es de una riqueza que produce pánico.

Al maestro Morera le faltó abandonar la corrección formal. Fué un hombre demasiado serio, demasiado metódico. No perder nunca los estribos es, en materia creadora, un defecto importante...

### LOS COMPOSITORES DE AHORA

Una sardana mediocre es fácil de componer. Hoy en día—con eso de la vida cara—la ambición ha creado centenares de autores bajos de techo. Las piezas de buen éxito cunden bastante. Esto ha perjudicado el nivel medio de la composición. Hombres de calidad como Sederra, Vallmajó, Roca Delpech, Mercader (hijo), Tarrida, Serra, etc., han de sufrir los pisotones sueltos de muchos geniecillos de estofado.

Entre la gente de ahora, el músico Saderra, de Bañolas, es el más «taquillero». Saderra tiene calidad, una grande, ondulina calidad. Hay que tomarlo muy en serio. Xaxier Cugat, en Barcelona se interesó especialísimamente por su música. Y este invierno Cole Porter, en S'Agaró, incidió en el mismo interés. Creo —eso me dijo Cole—que se prepara en San Francisco de California, organizada por Cugat, una semana de audiciones. Cugat—que es gerundense—quiere llevarse a los de «La Principal de La Bisbal» en gira por los Estados Unidos. Ha de volver a España antes de septiembre, y para entonces desea contratar en firme. Además de eso, se llevará sardanas inéditas para orquestarlas de cora a la música de «boites». Dice que la «tenora» ha de gustar muchísimo. Me estrema pensar en la «tenora» de Viladecans colaborando con unas maracas de negro teñido...

Jaime POL GIRBAL  
(Fotografías archivo y del autor.)

# SALTA LA BANCA DE MONTECARLO

UN SENSACIONAL ESCANDALO FINANCIERO HACE DIMITIR AL GOBIERNO DEL PRINCIPE RAINIER

Constantin Liambey se había convertido en director de la Sociedad de Banca y Metales Preciosos, que ha cesado en sus operaciones

## EL DINERO DEL ESTADO, PERDIDO EN LA ESPECULACION BANCARIA

Onassis, dueño de los negocios de turismo de Montecarlo

«YO NO SOY EL UNICO CULPABLE»

EN Niza, el primer sorprendido fué el comisario principal Tardieu. Tardieu es un hombre tranquilo, de ojos de lince, que tiene bajo su vigilancia una de las zonas más difíciles del país. Desde su despacho, la Costa Azul, sobre todos los días en los que llegan visitantes de excepción, príncipes de la sangre o del dinero, se pulsa el mundo. Algunas veces dice: «*los ladrones vienen como las golondrinas. Los conocemos en el andar.*»

Pero el sábado 9 de julio la cosa era distinta. Sobre su mesa, en la que sobresalía una detallada descripción fotográfica en diversos planos de una mujer complicada en un robo existía una orden importante: arreste a Constantin Liambey.

El comisario Tardieu sabía,



Arriba: Aristóteles Sócrates Onassis, el multimillonario dueño de la mayor flota petrolera del mundo, que es dueño de famosos negocios de placer en Montecarlo.—Abajo: Greta Garbo, la «eterna» del cine, pasó los días del fraude de la Banca de Mónaco en el yate de Onassis, cuartel general de los financieros enemigos de Liambey

como toda la Costa Azul, que algo marchaba mal en los negocios de la Banca del Principado, pero quizá pensaba, la cosa no pasaría de ahí.

El mismo, personalmente, se presentó en la villa «La Sounjarello» en Saint-Jean-Cap-Ferrat. Conocía de sobra a Constantin Liambey. Mejor dicho, toda la Costa Azul le conoce. Por eso fué a cumplir él la misión. Dos policías iban a su lado.

En la puerta de la hermosa casa, preparado para partir, un largo coche amarillo. Es la se-

fial del verano. En el invierno, a la puerta de «La Sounjarello», el coche que espera es siempre negro.

Los policías no consiguieron, de todas formas, convencer a Constantin Liambey para que las acompañara. Acostado en la cama, plañidero, comenzó una escena entre cómica y trágica. Antes, en el gran salón, el chofer les decía:

—El señor Liambey está enfermo de una crisis cardíaca.

El comisario Tardieu, que sabe bien lo que pasa con los millo-

narlos, se daba a todos los diablos. Entró en la habitación y volvió a decirle:

—Me tiene que acompañar.

—¿Han pedido mi extradición?

—Sí. Las autoridades de Mónaco han solicitado del Gobierno francés su detención mientras se consigue su extradición.

Otra vez comenzó la escena de la enfermedad. Hubo de llamarse a un médico de Niza, el doctor Noble, para que viniera a examinar al banquero. Después de su informe, sobre la marcha, se llegó a un acuerdo: no iría a la cárcel, sino al hospital Pasteur, de Niza. Realizada la transición, todo el mundo estaba de acuerdo. En un coche, Constantin Liambey, se dirigió al hospital. Antes de salir de la casa, se volvió a la policía:

—¿Por qué a mí?. ¡Yo no soy el único culpable!

Se tomaban notas de sus palabras, pero nada más. El detenido, aunque en territorio francés, tendrá que ser juzgado en Mónaco. Las leyes de extradición son laboriosas. A menos que el banquero consienta en presentarse voluntariamente a defenderse, pasará algún tiempo sin que se escuchen sus palabras ante el juez André Berthon, de Mónaco.

#### UN GRIEGO MISTERIOSO HACE LA COMPETENCIA AL MILLONARIO ONASSIS

Parece que están de moda los grandes negociantes de origen griego. Tal es, al menos, la precedencia de Constantin Liambey. Su pasaporte, que ha sido visado en casi todas las fronteras europeas, dice que es griego. Y más curioso aún: una colonia importantísima en los negocios del Principado, es la griega.

Pero lo verdaderamente interesante es la historia del banquero.

Constantin Liambey «cayó» en la Costa Azul en el año 1930. Era un aventurero más. Un aventurero fino, un técnico en las finanzas. Su historia anterior es confusa y escasa, pero los datos mínimos de su biografía pasmosa son los siguientes: sus primeros pasos, comercialmente, se realizan en Rusia. Ocupa en aquel país un puesto de contable durante los años de la Primera Guerra Mundial.

Nada se sabe, al menos en estos momentos, sobre las circunstancias que le hacen salir de Rusia, pero, después, durante un periodo de doce años, su nombre se asocia a diversos asuntos de oro y joyas en los mercados de Londres y París. La especulación, el juego del alza y la baja, no quedan lejos, nunca, de este verdadero «croupier» de la ruleta financiera. El hecho cierto es que, desde el año 1930, como ya hemos dicho, establece su cuartel general en Montecarlo.

El pequeño Principado, del que dicen no tiene historia, salvo las intrigas y los suicidas del Casino, con su aspecto de decorado para una opereta y sus 2.900 ciudadanos, no parece ser, aparentemente, el centro medular en la vida de un aventurero o de un negociante. Pero las apariencias no son verdaderas.



Constantin Liambey, director de la Banca de Mónaco, que ha sido detenido en tierra de Francia. Han desaparecido más de mil millones

El Estado de Mónaco tiene un enorme movimiento turístico y el juego produce una cosecha fabulosa de ingresos.

Al principio, en su primeros tiempos, Constantin Liambey abrió una joyería en el boulevard des Moulins. Es evidente que la joyería es un arma de combate porque, como siempre, al griego le interesa el oro. Así tuvo que ser porque, pocos años después, se trasladó al Parc-Palace. ¿Qué pone allí? La joyería queda un poco atrás. Ahora se trata de una verdadera ofici-

na de metales preciosos. Un despacho importante en un sitio único: en Montecarlo.

Cuando llega la guerra, el destino de Liambey es desconocido, pero nada más verificada la liberación del pequeño Estado reaparece como si nada hubiera ocurrido. La guerra no ha debido ser mala cosa para él cuando se decide a comprar una hermosa finca, la villa Mirafior, que está en venta. ¿Para qué? No, desde luego, para hacerla casa de recreo, lugar de reposo. El señor Liambey es un especulador que se ha hecho rico y que de vez en cuando desaparece en misteriosos viajes al extranjero.

Meses después de adquirir Mirafior, la ambición y el objetivo de su compra está claro: quiere convertirse en banquero. Funda rápidamente la Sociedad de Banca y Metales Preciosos de Mónaco y comienza una nueva etapa. Lo importante es convencer a los personajes que rodean al príncipe Reiner, Jefe del Estado. Cuando consigue esto las cosas ruedan solas. Lo que se llama la intriga de Palacio tiene éxito.

Así que la obra se consuma con un cliente de máxima importancia: el Tesoro de Mónaco. Queda dicho, naturalmente, que esa disposición de confianza del Estado a la nueva Banca sirve de garantía a los demás. Rápidamente afluyen los clientes: la gran jugada, en su primera parte, está realizada. Y digo en su primera parte porque en esos momentos iniciales la Banca no es nada más que una simple Banca de depósitos. La segunda parte es convertirla en Banca de negocios. A Constantin Liambey no le interesan los pequeños tantos por ciento. Se trata de un especulador, y el dinero es, según él (aunque no sea el suyo) para arriesgarlo. ¿Cómo consintió el Gobierno de Mónaco semejante cosa? La contestación a esa pregunta es quizá fundamental. Pero la complicidad se extiende a altas esferas. Mientras tanto, la villa Mirafior se convierte en el centro comercial. En la Banca.

#### LA GUERRA DE BANCAS Y LA GUERRA DE LAS ONDAS

La mayor parte de los negocios de Mónaco, los grandes bocados, están tomados ya cuando Liambey se presenta, poderosamente armado de dinero y de influencias, en la palestra. Un multimillonario griego, Sócrates Onassis, el hombre que tiene la mayor flota petrolífera del mundo y que ha sido capaz de hacer frente, de poder a poder, a varios Estados, es el dueño de la Sociedad de Baños. Es decir, tiene en su poder el turismo y la mayor parte del juego de Montecarlo. Es uno de los pocos también que no hace un solo ingreso en la Sociedad de Banca y Metales Preciosos, a pesar de que ésta, en el fondo, por tener en depósito más de mil millones del Estado de Mónaco, es la Banca oficial.

Quedaba, sin embargo, un grande y bonito negocio: la radio, y con la radio, la televisión. El capital o la masa de mani-

obra de Liambey pasa de los dos mil millones, y el especulador intenta la suerte. Pero aquí está lo grave: no se puede pensar que los futuros movimientos de la Banca se realicen sin consentimiento tácito de «arriba».

El primer movimiento se dirige hacia la televisión. Mónaco vivía desde hacía varios años bajo una verdadera fiebre experimental. Un grupo financiero, el de Charles Michelson, antiguo director de Radio Tángier, había fundado un extenso grupo: Images et Son, que controla Tele-Montecarlo y Tele-Sarre en la cima del monte Angel, en el mismo puerto, se ve la altísima antena de Tele-Montecarlo. Todo ello, en fin, parecía ser el porvenir.

Porque la S. B. M., la Sociedad de Baños está en manos de Onassis y significa, simplemente, el Casino, el hotel París, el Hermitage, el Montecarlo, el Tiro de Pichón, el cinema de verano, el golf de Mónaco, los «ballets» de Montecarlo y otros negocios parecidos.

Hasta 1939 los negocios de la Sociedad fueron perfectamente, pero después de la guerra los negocios y el juego bajaron. Era ya un recuerdo del pasado el viejo Citroën que perdía en una sola jugada 10 millones. Entonces aparece Onassis. El príncipe cree que el fabuloso armador griego financiará grandes trabajos de obras públicas y se le venden 600.000 acciones. Pero el negocio es malo. Onassis explota los bonitos negocios, que poco a poco van restableciendo las cifras, y no se ocupa de más.

Por ese tiempo es cuando los concejales de Rainier III piensan en la radio y la televisión.

#### EL DINERO DEL PRINCIPE TAMBIEN JUEGA

En esos momentos Constantin Liambey se decide a intervenir. La Banca que dirige adquiere 53.500 acciones en la Sociedad Imágenes y Sonido, pero con la consideración de que no menos de 5.000 acciones se adquieren con dinero del Tesoro del Principado. Todo ello significa, en números redondos, unos 535 millones de francos. Pero es entonces cuando la historia comienza.

El verdadero negocio estaba, como ocurre siempre en la radio, en los contratos de publicidad. Un contrato de esa índole debía enlazar y ligar la publicidad de Radio Montecarlo y la de Tele-Montecarlo. La idea, que primitivamente era de Michelson, es aceptada como buena por el nuevo presidente del Consejo de Administración de la Radio, y firma, con muy buena letra, todos los papeles. El hombre que adquiría semejante compromiso se llamaba César Solamito... y era consejero privado del príncipe Rainier. El firmante había olvidado una sola cosa: que el 80 por 100 de las acciones de Radio Montecarlo pertenecían a una Sociedad francesa nacionalizada, la Sofirad, y que ésta no estaba al corriente de las negociaciones.

Inmediatamente en el Parlamento francés se denuncia el contrato y Michelson jugando a la buena frase de «a enemigo que huye, puente de plata», se

retira del negocio. El resultado práctico, y por lo pronto el inmediato, es que queda sola y aislada una Sociedad: Images et Son. La segunda medida imprevista es que la Bolsa francesa, el 31 de enero último, se niega a la introducción de sus acciones. Y una tercera y más grave termina el golpe. Esta última corresponde a la «guerra interior».

Se trataba en este caso de un grupo financiero adverso que sa-



Los guardianes de la ley. A izquierda: Henri Soum, ministro de Estado del Principado de Mónaco.—A la derecha: Joseph Simon, presidente del Consejo Nacional

bia y malévolamente juega a la baja de las acciones. Unas semanas más tarde los títulos de Imágenes y Sonido sufrían una baja que alcanzaba casi a un 50 por 100 de su valor. Significaba simplemente una pérdida superior a los 250 millones.

Sin embargo, en materia de Banca ninguna situación es desesperada hasta que ésta no llega a conocimiento del público. Constantin Liambey opera ahora a la desesperada. En vez de vender adquiere nuevos compromisos. En este caso importantes paquetes de acciones de la R. B. V. R. I. asociada a Images et Son.

La operación temeraria da estos resultados: el 28 de enero las acciones estaban a 33.800 francos; poco después, a 25.000; más tarde, a 20.000, y el día 2 de julio se cotizaban a 16.000. ¿Quién sufría las pérdidas? Evidentemente, los depósitos efectuados por el Tesoro del Principado. Parecía que el dinero del príncipe jugaba también, fuera de la ruleta del casino, sin oír las famosas voces del «Ren ne va plus», una partida peligrosa.

#### DESDE UNA MESITA DE UN BAR SE DIRIGE LA BOLSA

Todavía, hasta un incidente imprevisto que más tarde contaremos, la situación de la Banca de Liambey no era del dominio público. Todas las transacciones se han realizado en el misterio.

Cada mañana, como cualquier turista, Constantin Liambey gus-

ta de pasear por los jardines. Pasa por el casino y entra en un pequeño «snack-bar» que está próximo, donde desayuna. Los camareros le tienen siempre reservada la misma mesa. Inconscientemente, aunque diariamente se repitiera la escena, todo el mundo aguarda impaciente el momento principal. La mesita tiene acoplado un teléfono y desde él, como si por el hilo pasara la fortuna, el especulador, daba cada mañana las órdenes a sus empleados en la Bolsa.

Desde lejos, mientras Montecarlo comenzaba un nuevo día de movimiento, nadie podía suponer que aquel hombre de mirada fría y avispada estuviera jugando un poco con el dinero de todos. En aquellos momentos nadie lo suponía: Constantin Liambey es un magnate.

Nadie sabía también que Liambey dirigía subterráneamente una campaña contra la Société des Bains de Mer, con objeto de neutralizar la influencia y el dominio que ejerce Sócrates Onassis sobre el Principado.

#### UN CLIENTE SE SUBLI-VA: «NO QUIERO QUE MI BANCO ME HAGA LA COMPETENCIA»

Durante meses, durante años quizá, la guerra de las Bancas y de los grupos financieros podía haber sido desconocida para el gran público, si no hubiera sido por dos causas.

La primera correspondía a la grave naturaleza del déficit, calculado en unos 750 millones de francos. Por esta razón el director de la Sociedad bancaria se creyó en la necesidad de realizar nuevas inversiones. Con inversiones importantísimas en la televisión, y poco dispuesto a seguir por el mismo rumbo, Constantin Liambey pensó que la cosa más segura era la construcción. Rápidamente se puso de acuerdo con diversos constructores y puso en circulación otros 400 millones.

La segunda parte, la que pudiera ser anecdótica y pintoresca, tuvo por protagonista a un negociante impulsivo: el señor Gildo Pastor. Este hombre, de profesión constructor, descubrió una mañana, desde luego casualmente, en deshilvanada conversación con un colega, que la Banca de Mónaco financiaba la construcción de un importante inmueble y que dicho trabajo se había confiado a una Empresa que no era la suya.

El señor Gildo Pastor se dirigió sin perder un solo momento a la finca Mirafior y pidió autorización para ver al director.

Cuando Liambey se levantaba para saludarle se encontró con un hombre descompuesto que le decía:

—Yo he depositado mi dinero en vuestro Banco y resulta que usted financia la construcción de un inmueble y concede la realización de las obras a un competidor mío. En suma, se utiliza mi dinero en beneficio de un concurrente. En esas condiciones, señor mío, yo vengo a retirar mi cuenta...

Lo malo es que la cuenta del hombre de negocios subía a la bonita cifra de 50 millones.

Su sorpresa fué mayúscula

cuando se le anunció que no podía reembolsarsele (inmediatamente). El hombre, de peor humor todavía, concedió a la Banca un plazo improporcionable de quince días. Pero... unas horas más tarde conocía todo Mónaco la situación de la Sociedad de Banca y Metales Preciosos. Conocía al menos lo que se llamaba públicamente dificultades.

Lo grave no fué eso, sino que se produjo una colosal fila india de personas que iban a recoger o a que se les devolvieran sus depósitos.

#### EL CONSEJO NACIONAL DE MONACO: DIECIOCHO HOMBRES QUE BUSCAN RESPONSABLES

La situación se resolvió en el primer momento con ayuda del Estado. El Consejo Nacional, que sabía bien que la Banca era casi, por qué no decirlo, oficial, votó un anticipo de 250 millones para que con ellos se restableciera la confianza.

Pero el Consejo Nacional, organismo consultivo que agrupa dieciocho ciudadanos, consintieron en el indispensable avance de la Tesorería con una condición: que se buscara a los culpables.

Las miradas de los investigadores encontraron rápidamente un grupo propicio: cuatro hombres a quienes, bien o mal, se considera las eminencias grises del príncipe Reiner III. Esos cuatro hombres eran: Arthur Crovetto, César Solamito, Pierre Rey y Raúl Pez.

Cada uno de ellos tiene su personalidad. El más importante, Crovetto, secretario de Estado, es un hombre gordo, elegante y pulcro, muy pequeño, que pasa por ser el consejero íntimo del príncipe. Tiene sesenta años, y profesionalmente es ingeniero, aunque dedicado a la política desde los veinticinco años, que ha tenido por este camino una vida brillante. Como curiosidad, puede decirse que pertenece a una vieja familia de Mónaco, que casi tiene todos los cargos principales: un comisario general de Finanzas, un director del Presupuesto del Tesoro, un juez de Instrucción, un antiguo alcalde de Mónaco y, por último, un compositor.

Pierre Rey es banquero. Un hombre prudente y muy afecto a la familia del príncipe que fué antes desherido de Rainier III, administrador de los bienes de su padre, Luis II. Fué representante personal del príncipe en la Sociedad de Baños, donde ocupó el puesto de presidente del Consejo de Administración.

César Solamito, conocido abogado, fué llamado a la Casa del príncipe en 1949 como consejero jurídico. Más tarde, cuando las conocidas inversiones, pasó, como hemos visto, a ser presidente del Consejo de Administración de Radio Montecarlo.

Por último, Raúl Pez es el más joven de todos. Tiene treinta y tres años y forma parte del cuadro de amistades íntimas y personales de Rainier III. Estudiaron juntos en la Universidad de Montpellier la carrera de Derecho, y desde entonces han formado una invariable y constante amistad. Raúl Pez, que también está licenciado en Ciencias

Económicas, es el director general del casino de Montecarlo

#### LAS CUATRO DIMISIONES Y UNA PEQUEÑA REVOLUCION EN EL DECORADO DEL CASINO Y LA OPERETA

El Consejo Nacional se reúne y se vuelve a reunir. Después de muchas discusiones se llega a un punto muerto: los cuatro consejeros del príncipe tienen que dimitir.

Lo curioso es que a la pequeña revolución de los dieciocho hombres que están nombrados en sus cargos por un período de cinco años se unen algunos miembros de los Sindicatos. El tono de la Comisión es de verdadero respeto al príncipe, pero de verdadera firmeza en cuanto a sus propósitos: o los «cuatro» o la dimisión completa del Consejo Nacional.

El príncipe Rainier III, que es un hombre afable, de una vida estudiosa y que posee unas condiciones notables de domador que asombran a los profesionales, se retira a una finca que posee en Saint-Jean-Cap-Ferrat. Pero hasta allí llega, perseverante, su Consejo Nacional.

El príncipe duda durante una hora en recibirles, pero al fin se decide. Para sorpresa de los convocados les advierte que desde el día anterior había pedido la dimisión de los «cuatro». Después por espacio de tres horas, firmemente, se discuten las medidas a tomar. Dos declaraciones se realizan: una, confirmando la dimisión de los consejeros del príncipe; otra, por la que el Estado garantiza los depósitos de la Banca.

De la reunión, que ha sido una pequeña revolución en la bandera de colores amarillo y rosa, sale el nombre del nuevo director de la Banca: M. Chialvo.

Cuando las cosas parecían aparentemente más serenas, el viernes día 8 de julio, en la misma hora que por todas las carreteras se acercaban los turistas a Montecarlo para asistir a la primera gala del verano del Sporting Club, el ministro de Estado en Mónaco firmaba la petición al Gobierno de Francia para juzgar en Montecarlo al griego Constantin Liambey.

Las cosas, por sus pies rodados, van a tener, ahora, toda su importancia: la quiebra financiera tendrá que explicarse en todos sus sentidos y direcciones.

#### MIENTRAS TANTO, EN UN YATE, GRETA GARBO Y SOCRATES ONASSIS

Onassis ha permanecido, al menos «oficialmente», neutral ante los acontecimientos. Este hombre, que tiene despachos en treinta y tres países del mundo, ocupa una posición brillantísima, como hemos explicado, en la vida de Mónaco. Cuando se le pregunta qué interés podía tener para un hombre como él, multimillonario en dólares, la adquisición de la Sociedad de los Baños de Montecarlo, da esta contestación sorprendente:

—Ninguna. Yo pasaba por aquí casualmente. Vi este sitio y este decorado, y pensé: es una lástima que tal enorme capital turístico se vaya al agua.



El príncipe Reiner III de Mónaco durante el momento, mejor y más feliz que el actual, en el que el ex Presidente Auriol le imponía la medalla de la Legión de Honor

Amarrado en el muelle está un soberbio yate blanco. Las letras doradas de la proa pregonan un nombre de mujer: Christina. Pero otra mujer, una misteriosa mujer navegará en el yate hasta Arabia Saudita, donde el 19 de julio tendrá lugar el bautismo del petrolero mayor del mundo. La mujer es, simplemente, Greta Garbo.

Ninguna información ha sido posible, como es su costumbre, conseguir de Greta Garbo. Todo lo más unas fotografías. Desde lo alto del puerto, con teleobjetivo, unos periodistas consiguieron la maravillosa exclusiva fotográfica: la mujer paseaba, a sus largos y solitarios pasos, por el yate.

Antes de zarpar, Onassis dijo estas últimas palabras:

—Extraño al «affaire» no me pertenece comentar el nuevo episodio de la detención de Liambey. Sin embargo, ese hombre no ha tenido en el asunto nada más que un papel secundario. Es un excelente contable y un especialista del arbitraje financiero como quizá no haya una docena en el mundo, pero no hacía nada más que ejecutar unas órdenes...

Sin embargo, Onassis tiene demasiados intereses en Mónaco para que sus palabras sean, como él quiere decir, un testimonio neutral. Los negocios son los negocios. Quizá crea que alguna otra cosa se puede ir al agua.

Por lo pronto, hasta el momento, tales son los hechos. Más de mil millones han desaparecido. Una banca ha saltado en Mónaco.

# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

Montecarlo bajo el sol, la representación de los ballets y en un momento de actuación real del príncipe Reiner III



**SALTA LA BANCA  
DE MONTECARLO**



**UN ESCANDALO FINANCIERO  
HACE DIMITIR AL GOBIERNO**